

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS
PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE GÉNERO

Nunca terminamos de salir del clóset.

Un estudio sobre subjetividades con varones homosexuales en la Ciudad de México

Tesis que presenta

Erick Rubio Galván

Para obtener el título de

Maestro en Estudios de Género

Directora

Dra. Karine Tinat

Lectores

Dra. Ana Paulina Gutiérrez

Dr. Rodrigo Laguarda

Agradecimientos

La tesis que presento en las siguientes páginas es el resultado de dos años de trabajo intenso como parte de la promoción 2018-2020 de la Maestría en Estudios de Género que ofrece el Programa Interdisciplinario de Estudios de Género en El Colegio de México. Quisiera agradecer la oportunidad de cursar este programa con el apoyo económico del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT). Esta investigación fue posible gracias a todas las personas que mencionaré a continuación.

En primer lugar, agradezco el apoyo, seguimiento y guía constante de la Dra. Karine Tinat, quien acompañó mi proceso de investigación desde el inicio y quien confió y reiteró constantemente que esta tesis era importante y debía ser escrita. Gracias también a la Dra. Ana Paulina Gutiérrez, quien desde su meticulosa mirada inspiró constantes discusiones que permitieron un análisis más profundo del objeto de investigación. Aprecio enormemente, también, el tiempo y dedicación del Dr. Rodrigo Laguarda para leerme y brindar su invaluable conocimiento y experiencia a esta investigación y a mi proceso formativo.

En segundo lugar, quisiera reconocer el trabajo de todas mis compañeras de la MEG, con quienes compartí estos dos años llenos de altibajos y a quienes aprecio enormemente. A lo largo de este programa repasamos y analizamos los feminismos desde las palabras escritas en textos; sin embargo, son mis compañeras de quienes me llevo las enseñanzas y reflexiones más valiosas.

Toda persona que haya escrito una tesis, pienso, puede empatizar con la relación extraña de amor y odio que se tiene hacia ella. Intentar hacer sentido de teoría, metodología y conocimiento empírico en un número determinado de páginas y bajo un límite de tiempo corto no es algo que sucede sin dejar a quien lo hace con diversas frustraciones, las cuales fueron agravadas al atravesar una pandemia que afecta a todo el mundo. Es por eso que especialmente quiero dar gracias a mis papás, a mi hermana, que vivieron junto conmigo este proceso y quienes siempre me han brindado su apoyo incondicional. Así también, por segunda vez en una tesis, agradezco a mi novio, por los consejos y por seguir caminando conmigo a lo largo de las distintas etapas de la vida.

Por último, quisiera agradecer a los hombres que me brindaron su tiempo y sus historias. A partir de escucharles pude hacer sentido de una experiencia en común que nos

oprime, pero que también permite crear vínculos entre nosotros y, con suerte, nos deja entender y empatizar con las vivencias de los demás. Esta tesis está dedicada a ustedes, con el deseo de que, como surgió en nuestras conversaciones, algún día nadie más tenga que salir del clóset.

Índice

Introducción.....	6
Capítulo I Planteamiento del problema y discusiones teórico-conceptuales sobre el clóset	11
<i>Planteamiento del problema</i>	<i>11</i>
<i>Del “coming out” al salir del clóset.....</i>	<i>13</i>
<i>El clóset y el poder.....</i>	<i>17</i>
<i>El camino a la deconstrucción.....</i>	<i>20</i>
<i>Clóset, estructura, agencia y estrategias</i>	<i>23</i>
<i>Preguntas y objetivos de investigación</i>	<i>25</i>
<i>Reflexiones</i>	<i>26</i>
Capítulo II Aproximación metodológica a las experiencias de construcción y deconstrucción del clóset de varones homosexuales	27
<i>Técnicas, estrategias metodológicas en el trabajo de campo, los informantes y sus lugares.....</i>	<i>28</i>
<i>Las entrevistas</i>	<i>33</i>
<i>De la saturación a la participación observante: La marcha 41</i>	<i>35</i>
<i>La visión heterosexual</i>	<i>38</i>
<i>Un proceso en común.....</i>	<i>40</i>
<i>Reflexiones</i>	<i>42</i>
Capítulo III La identificación de la diferencia y la construcción del clóset.....	43
<i>La sexualidad infantil y adolescente</i>	<i>45</i>
<i>La expectativa de la heterosexualidad y la familia</i>	<i>49</i>
<i>Aprender a ser hombre – normas familiares y estereotipos de género</i>	<i>59</i>
<i>Agencia y estrategias para lidiar con las normas de género</i>	<i>67</i>
<i>Reflexiones</i>	<i>73</i>
Capítulo IV Entre la aceptación y la(s) declaración(es): la deconstrucción del clóset 75	75
<i>La auto-aceptación de la diferencia</i>	<i>77</i>
<i>Deshacer la expectativa familiar al declararse</i>	<i>84</i>
<i>¿Más de una salida? La constante decisión de declararse</i>	<i>95</i>
<i>Los niveles de la colectividad.....</i>	<i>102</i>
<i>Reflexiones</i>	<i>109</i>

Capítulo V La (posible) futura desaparición del clóset	111
<i>Las distintas perspectivas sobre “salir del clóset”</i>	<i>112</i>
<i>Visibilidad necesaria vs. declaración obligatoria.....</i>	<i>116</i>
<i>La visión del futuro</i>	<i>123</i>
<i>La transformación de la(s) declaración(es)</i>	<i>128</i>
<i>La desaparición de las dicotomías</i>	<i>132</i>
<i>Reflexiones</i>	<i>135</i>
Conclusiones	137
<i>Limitaciones y rutas para seguir</i>	<i>143</i>
<i>Reflexiones finales</i>	<i>145</i>
Referencias bibliográficas	147

Introducción

“Dicen que lo que se ve no se pregunta”, respondió el cantante Juan Gabriel ante el cuestionamiento de un periodista sobre su orientación sexual y, desde entonces, ésta es una de las frases con las que es recordado el cantante. Sin embargo, ¿qué tan cierto es esto? ¿qué tan necesario es preguntar y explicitar aquello que “se ve”? De forma coloquial, el hecho de que una persona salga del clóset usualmente se entiende como el momento en que se revela de forma pública una orientación sexual o identidad de género distinta a la norma heterosexual, y se entiende también como un proceso fundamental para la conformación de un individuo completo y “auténtico”. No obstante, como investigador y también como varón homosexual, me parece que es necesario dar algunos pasos atrás para re-problematizar este concepto como un proceso social y comunicativo muy particular, así como los factores que permiten que éste siga siendo necesario para muchas de las personas que conforman la diversidad sexual.

Esta preocupación por la declaración es, en buena parte, lo que ha despertado y nutrido mi curiosidad a lo largo de esta investigación. Como sujetos homosexuales pareciera ser como si los momentos en los cuales expresamos ante otros que no somos heterosexuales fueran puntos de partida de nuestra vida “real”, más allá de los escondites y de las mentiras. Sin embargo esta idea de “liberación” resulta engañosa, sobre todo porque, de cierta forma, niega la experiencia del sujeto previa a la declaración. Aunado a esto, la “salida del clóset” suele tomarse como un momento catalizador, el *point of no return* para alguien homosexual, a partir del cual éste entra al mundo gay y deja atrás los estereotipos y prejuicios que le hicieron “ocultarse” por tanto tiempo. En este sentido, desde que el fenómeno del *coming out* se empezó a estudiar hacia finales del siglo veinte, se ha expuesto que esta última aseveración dista de ser cierta. Incluso Cass (1979) explica en su modelo que el sujeto puede avanzar y retroceder en el proceso de conformación de la identidad homosexual. Sin embargo, este modelo (y los subsecuentes) no profundizan en la experiencia subjetiva del sujeto y en las motivaciones que los llevan a disimular o a declarar estratégicamente su orientación sexual.

Como varón homosexual, entiendo la importancia y la necesidad en los sujetos de declararse. Recuerdo tener un pensamiento constante durante mi adolescencia: “¿seré gay?”,

seguido de un, casi automático, “no, no puedo ser gay”. Como varios de mis informantes me relataron, durante muchos años negué, ante mí mismo y ante otras personas, el hecho de que me atraían personas de mi mismo sexo, temiendo el momento en el cual alguien se pudiera dar cuenta y evitando a toda costa las conversaciones que, de cierta forma, pudieran revelar este “secreto patógeno” (Sedgwick, 1990). A pesar de haber crecido en un contexto posterior al movimiento de liberación homosexual en México, en el cual el activismo de la diversidad sexual alcanzaba el acceso paulatino a los derechos civiles, por lo menos en la Ciudad de México, el aceptar que era homosexual fue mi preocupación más grande durante muchos años.

Lo anterior me permite ubicar el objeto de estudio desde la experiencia propia, lo cual es una pieza clave en esta investigación, primero porque enmarca las motivaciones personales que tiene ésta y, segundo, contextualiza mi visión inicial sobre el objeto de estudio. En este sentido, entiendo la importancia de la declaración y su lugar preponderante en la construcción de los relatos de los informantes, así como lo muestran otras investigaciones que me han servido como referentes importantes en el proceso de construcción del problema de investigación. Asimismo, comprendo la función política que ha cumplido el “salir del clóset” ya que a partir de mostrarse y declararse masivamente se ha forzado a la sociedad a reconocer, si bien no aceptar ni respetar, nuestra existencia. El poder nombrarse es una noción poderosa y fundamental en la construcción de los sujetos; no obstante, desde mi perspectiva, resulta también un arma de doble filo, ya que el nombre o la categoría brinda visibilidad solo a partir de enunciarse y, en consecuencia, invisibiliza lo anterior a la enunciación. Con esto quiero decir que el enfoque en la declaración y en las reacciones posteriores a ésta suelen dejar de lado al sujeto antes de esta acción. Este es un conflicto interesante que lleva a la pregunta: ¿antes de declararse como homosexual, el sujeto es homosexual? Por lo tanto, el objetivo principal de esta investigación es comprender los procesos de construcción y deconstrucción del clóset, a partir del análisis de las particularidades y puntos en común que tienen las experiencias subjetivas de varones homosexuales que residen en la Ciudad de México.

Esta investigación muestra la complejidad que representa entender a los sujetos más allá de la declaración. Además del uso de las categorías dicotómicas hetero-homo, hay que resaltar que la centralidad de la “salida” del clóset limita el análisis de la experiencia de los

sujetos, ya que implica un antes y un después de nombrarse homosexuales. Esta investigación permite analizar la constancia de la declaración en la vida de los sujetos, en tanto que éstos deben decidir en qué momentos es propicio compartir su orientación sexual con otras personas, con qué personas es posible hacerlo y con quiénes no, así como qué posibles consecuencias puede llegar a tener la declaración en su vida personal, profesional y social. Los relatos presentados en esta investigación demuestran que el clóset no tiene un final claro en la vida de los sujetos, sino que ellos aprenden a emplear estrategias que les permiten sobrevivir en el mundo y ser inteligibles para los demás. Desde distintas perspectivas, los informantes describen cómo han sorteado las normas de género desde antes de asumirse como varones homosexuales, hasta los distintos momentos de declararse. Los puntos en donde se asemejan las experiencias vividas por estos hombres y aquellos donde divergen hacen que el panorama se expanda a ver los procesos que viven los sujetos homosexuales como algo más que una serie de pasos que conforman un modelo y deja ver que el clóset se vive de distintas maneras, en distintas intensidades y significa cosas distintas para ellos.

Una pregunta que guió el trabajo de campo y el análisis de esta tesis fue si era posible que el clóset estuviera desapareciendo. A lo largo de las múltiples conversaciones que tuve con los varones que hacen este trabajo posible, me di cuenta de que el “salir del clóset” puede llegar a ser visto como algo del pasado, no solo de ellos mismos, sino de la comunidad LGBT en su totalidad. La actual apertura y visibilidad que la comunidad LGBT+ tiene en la Ciudad de México (y en otros lugares del país y del mundo) indica, por lo menos en los discursos de mis informantes, que en un futuro no muy lejano, e incluso desde el presente, declarar o hacer pública la orientación sexual podría dejar de ser un rito de paso necesario para las personas no heterosexuales. En el ir y venir de sus relatos, los informantes, incluso los más jóvenes, comparaban lo que les sucedió cuando ellos enfrentaron estos momentos de declaración con lo que los jóvenes ahora experimentan. Este fue uno de los hallazgos que más llamó mi atención y que me llevó a preguntarme qué tan posible sería esto, sobretodo en el momento histórico actual en el que la lucha por los derechos humanos suele encontrar opiniones sumamente polarizadas, en México y en muchas otras partes de mundo. En este tenor, mi postura en esta tesis no va encaminada a decir que “salir del clóset” es algo añejo, sino que,

como Sedgwick (1990), pienso que es un tema que es necesario seguir retomando y analizando en su constante evolución.

En esta tesis el foco se encuentra en los procesos de construcción y deconstrucción del clóset, por lo cual fue necesario indagar en los relatos de los informantes para comprender cómo opera el clóset en los sujetos, tanto de forma individual como en lo colectivo. A lo largo de esta investigación me refiero al clóset como un mecanismo biopolítico o del biopoder, siguiendo a Foucault (1988) y el trabajo de Serrato y Balbuena (2015). Al emplear este concepto quiero dejar en claro que el clóset se gesta a partir de las relaciones de poder que definen la heterosexualidad como algo superior a la homosexualidad. El entender el clóset como un mecanismo de la biopolítica señala estas relaciones de poder y muestra la constante represión de los individuos para no ser sujetos de esta opresión. Para analizar el clóset desde esta perspectiva empleé una perspectiva cualitativa recopilando los testimonios de diez varones homosexuales de distintas generaciones, todos habitantes de la Ciudad de México y su área conurbada. Asimismo se realizaron técnicas complementarias que permitieron añadir información valiosa al análisis. La primera fue un ejercicio de participación observante durante la Marcha del orgullo LGBTQ+ número 41 en la Ciudad de México, y la segunda fue un cuestionario en línea a personas heterosexuales sobre su perspectiva de lo que representa y significa el clóset y salir de él.

El capitulado de la tesis se articula en tres momentos: construcción, deconstrucción y la posible futura desaparición del clóset. En el primer capítulo describo el planteamiento del problema, cómo llegué a construir el objeto de estudio y hago un breve recorrido por la evolución del término “salir del clóset”, desde el *coming out* de finales del siglo XIX. Asimismo, abordo algunas perspectivas desde las cuales se ha estudiado el salir del clóset y cómo me posiciono yo en esta investigación. El segundo capítulo presenta el marco metodológico que empleé para llevar a cabo el trabajo de campo. En estas páginas relato, de la manera más detallada posible, el camino empírico de esta investigación y de qué forma afectaron mis propias coordenadas sociales como investigador que estudia un grupo al que pertenece. En el tercer capítulo, titulado *La identificación de la diferencia y la construcción del clóset*, abordo de lleno el análisis de las experiencias subjetivas de mis informantes desde su infancia y en el proceso de interacción estratégica con la heteronormatividad, es decir, la

construcción del clóset. En esta sección retomo varios fragmentos de relatos que exponen la importancia de la familia en la construcción y operación de este mecanismo biopolítico. El cuarto capítulo lo empleo para describir lo que yo ubico como el proceso de deconstrucción del clóset. En esta parte de la tesis se podrán ver los matices y las diferencias específicas entre las experiencias de mis informantes, así como su visión del mundo como varones homosexuales. Finalmente, en el capítulo V desarrollo lo que me parece el punto más importante en esta investigación: la posible futura desaparición del clóset. En este último capítulo analítico me aproximo a una conversación que ha estado presente por varios años y, no obstante, sigue pareciendo, y de cierta forma es, parte de un futuro incierto. La desaparición del clóset, como ahondaré más adelante, nos incita a preguntarnos cuestiones complejas que, incluso, permiten pensar en un mundo en el cual no sea necesario para los sujetos homosexuales nombrarse como tal.

Capítulo I

Planteamiento del problema y discusiones teórico-conceptuales sobre el clóset

Planteamiento del problema

A finales del siglo XX, cuando la homosexualidad salió del catálogo de enfermedades mentales, el salir del clóset fue analizado con el fin de explicar cómo se conforman las identidades homosexuales no patologizadas. De acuerdo con Lee Beaty (1999), la literatura en esos años buscaba demostrar los factores que influían en que una experiencia de *coming out* tuviera más o menos obstáculos y afectaciones al sujeto. De igual forma, investigaciones como las de Cass (1979) o Troiden (1989) buscaban delimitar ciertas etapas compartidas por todos los sujetos homosexuales que revelaban su orientación. El problema con estos estudios, además de su temporalidad, es que también buscaban generalizar y normalizar el salir del clóset como un rito de paso en la vida de las personas no heterosexuales sin cuestionarla ni problematizarla a partir de factores como el género, la clase social, la etnia, entre otros. Este estudio cualitativo busca comprender, desde lo subjetivo, las formas en que este proceso tan normalizado, que se da a lo largo de la vida de una persona, puede jugar en la conformación de sujetos que se identifican como homosexuales.

En México existe un debate en torno al papel que este proceso juega en la vida y en la construcción de sujetos homosexuales con diversas identidades. Por ejemplo, Susana Vargas Cervantes propone una clara diferencia entre lo que significó la salida del clóset del Movimiento de Liberación Homosexual en México (la Ciudad de México, sobre todo) y su homólogo en Estados Unidos. Dicha autora especifica que “en México, entonces, tal salida [del clóset] no es el proceso clave en la formación de sujetos, como sí lo es para el mundo anglosajón descrito a partir de las teorías de Sedwick y Butler” (Vargas, 2014, pp. 157). Dicha postura, aunque válida a partir del análisis del surgimiento de un movimiento político impulsado en gran medida desde la izquierda y un contexto social y cultural distinto al de Estados Unidos y el mundo anglosajón, no responde enteramente a los cuestionamientos sobre los que esta tesis pretende echar luz.

Retomo a Vargas (2014) porque me parece importante señalar que, si bien indagaré sobre la incidencia del movimiento político en la construcción de sujetos, enmarco esta investigación a partir de las experiencias y diferencias individuales de los sujetos. En este sentido, Brah (2004) concibe la experiencia como algo que está culturalmente construido, lo cual quiere decir que no existe una forma directa de acceder a la verdad, sino que debe tomarse como una suerte de proceso de significación y construcción de los sujetos. Brah considera que la experiencia y la formación del sujeto son procesos que afectan la noción de agencia y desbaratan la concepción de identidades universalizantes, fijas y preexistentes. De este modo, las diferencias entre las distintas historias individuales resultan también fundamentales para la cohesión de las historias colectivas.

Quisiera apuntar algunas facetas del concepto de experiencia que permitan esclarecer de mejor manera la forma en la que estoy pensando este concepto y de qué forma lo empleo en este texto. De acuerdo con Scott (1992/2001), este es un concepto que no suele ser empleado con la rigurosidad que requiere, sobretodo en los análisis históricos. Según la autora, el peligro yace en concebir la experiencia como “evidencia incontrovertible y como punto originario de la explicación (...)” (p. 47), es decir, que aquello que pudieran describir los sujetos individuales sea tomado como la única y más confiable verdad, sin pasar por el filtro de la reflexión fina. Cuando esto sucede se dan por sentado los matices en el análisis puesto que “la experiencia se convierte entonces en evidencia del hecho de la diferencia, más que una forma de explorar cómo se establece la diferencia” (p. 48).

Me parece relevante traer a colación el debate que plantea Scott ya que, en el caso de la presente investigación, la experiencia tiene un papel clave en la conceptualización del clóset. En esta misma reflexión, la historiadora pone como ejemplo las “historias que documentan el mundo “oculto” de la homosexualidad” (p. 48), haciendo referencia a la obra de Samuel Delany y su visión del mundo *gay underground* (subterráneo) de Nueva York en los años 50 y 70, y expone que visibilizar la experiencia, en este sentido, “deja fuera el examen crítico del funcionamiento del sistema ideológico mismo (...)” (p. 49). A pesar de lo que expone la autora, yo sostengo que visibilizar la experiencia de varios hombres homosexuales y su relación con el clóset permite, justamente, comprender de mejor forma el

sistema ideológico que propicia la existencia del clóset y que atraviesa la subjetividad de los sujetos y que media las relaciones sociales que los interpelan.

Scott no propone dejar atrás la experiencia del todo, sino que, a lo que alude es a una mayor reflexión sobre el funcionamiento y lógicas de los mecanismos represivos que se exponen a partir de la experiencia de ciertos sujetos. Para esto es necesario “dirigir nuestra atención a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a los sujetos y producen sus experiencias” (p. 49). De esta forma, pensar la experiencia de forma histórica permite también “dar historicidad a las identidades que produce” (p. 50). Este punto es de vital importancia en el caso de esta investigación, ya que las experiencias construidas por mis informantes no son aisladas, sino que responden a un contexto histórico-social específico. A lo largo de esta tesis, cuando me refiera al concepto experiencia, estoy hablando del conjunto de sucesos construidos y ordenados por los sujetos, permeado por un contexto histórico-social, que les permiten hacer sentido de lo que viven y vivieron.

Del “coming out” al salir del clóset

En primer lugar es importante resaltar que, a pesar de que tienda a contemplarse como algo individual, la metáfora del clóset es intrínsecamente social. Además, es necesario ubicar la expresión como parte de un contexto cultural y político específico del pensamiento occidental del siglo XX en el cual diversos grupos de la disidencia sexual (homosexuales, lesbianas, personas trans, *drag queens*, etc) comenzaron a movilizarse públicamente en distintos países. De acuerdo con Sedgwick (1990), los disturbios de Stonewall en Nueva York en 1969 fueron pieza importante dentro de los factores que impulsaron este movimiento de “descubrimiento” (*self-disclosure*) de muchas personas que no encajaban en el esquema heterosexual. Sin embargo, ella misma apunta que el hecho de que la movilización política haya puesto en primer plano la visibilización de la homosexualidad no implicó que, de manera general, la secrecía que envolvía a las transgresiones al género y la sexualidad hegemónicas fuera derrotada. No es coincidencia, entonces, que una década más tarde en México las primeras apariciones del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR) sea ubicado como el momento en que los homosexuales mexicanos “salieron del clóset” (Diez, 2011). Con lo anterior me interesa recalcar que la metáfora de “salir del clóset” funciona a partir de los

momentos históricos, específicamente luego de la década de los 60, en los cuales se difuminan las fronteras entre los ámbitos público y privado, es decir, como un medio para construir una identidad en donde “lo privado es político”. Esto no quiere decir que antes de las manifestaciones masivas de mediados del siglo XX no existieran otras formas de resistir, sino que no se presentaban en el espacio público. En este sentido, vale la pena, dado que esta expresión es una importación del mundo anglosajón, dar una mirada a la evolución del término *coming out*.

En su análisis sobre la cultura y la creación del “mundo gay” en Nueva York de 1890 a 1920, Chauncey (1990) destaca que, a pesar de que hoy existe una relación directa entre la metáfora del clóset y cómo se piensa la historia gay antes de los años 60, hay que recordar que este término nunca fue empleado por personas gay antes de este momento. El mismo autor resalta que esto no quiere decir que no sea posible emplear el concepto de manera retrospectiva, sin embargo es importante considerar los contextos en los cuales se emplea, ya que incluso, previo al clóset, “muchos hombres gay, por ejemplo, nombraban la negociación de su presencia en un mundo que muchas veces era hostil, como vivir una doble vida, o usar una máscara y quitársela” (1990, p. 6)¹. Esto es relevante porque apunta la idea de que el clóset funciona solo a partir de la dicotomía público-privado de la orientación sexual. Como lo explica Sedgwick (1990), “la imagen de salir del clóset regularmente conecta con la imagen del clóset, y su aparentemente poco ambivalente posición pública, como una certeza epistemológica que se opone a la idea equívoca del clóset como algo privado” (p. 71)².

En esta línea, el *coming out* de antes de los años 60 se alejaba de esta “certeza epistemológica” que describe Sedgwick (1990) y del binarismo público-privado puesto que, como explica Chauncey, durante los años previos a las guerras mundiales, las personas homosexuales concebían este término como aquel que se empleaba para las “presentaciones en sociedad” de las jóvenes debutantes de las clases altas. Así, el *coming out* significaba una inducción del sujeto a la “sociedad homosexual” o el “mundo gay”, normalmente a partir de su presentación en grandes fiestas de travestismo (*drag balls*) que se llevaban a cabo en grandes ciudades como Nueva York, Chicago, Nueva Orleans o Baltimore (1990, p. 7). En

¹ Traducción propia del inglés.

² Traducción propia del inglés.

México también es posible ubicar este tipo de manifestaciones, caso muy emblemático es el del famoso Baile de los 41. Este suceso hace referencia a una redada que se llevó a cabo el 16 de noviembre de 1901 en una fiesta privada en la Ciudad de México, en la cual sus asistentes eran un grupo de homosexuales de clase alta. Como lo describe Gutiérrez (2014), así como en varias ciudades del mundo occidental, el reflector que se puso sobre este acontecimiento muestra que “[s]eguramente este tipo de reuniones eran bastante comunes en el último tercio del siglo XIX debido a que las condiciones eran propicias” (p. 79).

Como bien lo describe este autor, el Baile de los 41 se enmarca en un contexto en el cual México pasaba por un periodo de modernización en el cual el referente principal eran las ciudades europeas. Es por esto que no resulta sorprendente la similitud entre esta reunión y aquellas que, por ejemplo, narra Oscar Wilde en su “escandalosa” obra *Teleny* (1893), las cuales, a su vez, coinciden con la forma en la que en el mundo gay, tal como lo describe Chauncey (1990), el *coming out* era una presentación en sociedad. Adicionalmente, este suceso en específico resulta interesante, sobretodo por la contradicción que surge del análisis de Gutiérrez (2014), ya que, por un lado, el autor dice que el Baile de los 41 hizo que la homosexualidad en México “saliera del clóset”, en tanto que “dio inicio al reconocimiento público de lo que se mantenía en silencio (...)” (p. 87). Sin embargo, por el otro lado, el autor enuncia que “[e]sta aparente libertad en la que vivían los homosexuales a finales del siglo XIX terminó de manera abrupta y dramática con la famosa redada de 1901” (p. 101). Resalto esta contradicción porque me parece una buena forma de comprender lo que intento demostrar en esta investigación y es que, el salir del clóset suele ser asumido como este “reconocimiento público” de la homosexualidad, sin embargo, como lo mostró la represión que sufrieron los homosexuales a finales del siglo XIX en México, este reconocimiento suele tener doble filo. En el caso de la redada de 1901, el reconocimiento trajo consigo no solo la criminalización de los sujetos, sino que “[d]e la libertad se pasó al señalamiento, de la fiesta al drama, del silencio a la injuria pública, de la complicidad soterrada a la mirada acusatoria y de la tolerancia simulada a la homofobia declarada” (Gutiérrez, 2014, p. 101). Es fundamental señalar esto porque, como veremos más adelante, la declaración de la homosexualidad dista mucho de ser el final en el proceso de deconstrucción del clóset para los sujetos homosexuales.

Es importante tomar esto en cuenta para ubicar desde donde surge la idea contemporánea del clóset y su relación con las identidades. Como lo describe Sedgwick (1990), hay un cambio que ella identifica en el pensamiento europeo en donde se pasa de observar la (homo)sexualidad como una serie de actos genitales prohibidos, incluso cuando existieran estos mundos “ocultos a simple vista”, hacia algo definitorio de la identidad. Me detendré un poco en este punto para explicar las formas en que el clóset ha sido estudiado como parte de procesos identitarios individuales. Durante la segunda mitad del siglo XX la psicología clínica, sobre todo, se volcó ante la creación de modelos que delinearán de manera muy clara las etapas que atravesaba una persona con una orientación sexual distinta a la heterosexual para “adquirir” una identidad homosexual. Para este proceso, el salir del clóset era uno de los pasos fundamentales, pues implicaba la aceptación de la homosexualidad por parte del mismo sujeto y la revelación de esta disidencia ante la sociedad, principalmente la familia. Dichos estudios, al buscar la creación de modelos, partían desde un paradigma cuantitativo con el fin de encontrar reglas generales que pudieran explicar el comportamiento y desarrollo de personas homosexuales.

Entre estos estudios, uno de los principales es el de Cass (1979) quien propuso un modelo teórico que consistía en seis etapas para la formación de la identidad homosexual:

1. La confusión al percibir que sus pensamientos, acciones, deseos tienden a la homosexualidad.
2. La comparación ante la norma heterosexual.
3. La tolerancia en donde existen dos caminos, uno que ve la homosexualidad como algo deseable y otro que no.
4. La aceptación producto que un contacto mucho más constante con el ambiente homosexual.
5. El orgullo que surge ante la identificación colectiva con otros homosexuales y produce un rechazo ante la estigmatización de la sociedad.
6. Síntesis de la identidad, basada en el contacto positivo con personas no homosexuales y la asimilación de la homosexualidad como una parte más del carácter del individuo y no como la principal.

La propuesta de Cass ha sido considerada como la primera que desarrolla un modelo de la conformación de la identidad, a lo cual le siguen otros postulados como las cuatro etapas de Troiden (1989), las cuales se definen a partir de la edad del individuo, o las cinco etapas descritas por Coleman (1982), desarrolladas alrededor del proceso de salir del clóset (pre-salida, salida, exploración, primeras relaciones, integración de la identidad). Esta literatura, como lo destaca Lee A. Beaty (1999), surge como una necesidad de virar de una mirada patológica de la homosexualidad a la de la conformación de una identidad homosexual positiva, es decir, que el individuo se sienta pleno y feliz de ser homosexual.

No obstante, y como destaca Sedgwick (1990), el clóset va más allá del individuo, es un dispositivo social, que se traslada y se comparte. Como lo ejemplifica la filósofa estadounidense, este “secreto patógeno” (*pathogenic secret*, p. 80) se puede contagiar, en tanto que la madre de una hija homosexual podría concebir la “salida” de ésta como algo que ahora la hace a ella (la madre) “entrar” a un clóset con la comunidad conservadora de la cual forma parte. Por eso, modelos como los de Cass (1979) resultan problemáticos para explicar la complejidad del clóset como dispositivo disciplinario, sobretodo al pensar que “salir del clóset no deshace la relación del sujeto con el clóset, aun cuando éste sea el de otra persona” (p. 81)³. Lo anterior no quiere decir que el clóset no sea parte de un proceso identitario y subjetivo, sin duda lo es y en esta tesis resalto justamente las diferencias entre sujetos; sin embargo, lo que también quisiera aclarar es que los modelos de la identidad que se han planteado con el centro en los procesos psíquicos individuales suelen pasar de lado todas las dinámicas de poder que están implícitas en las formas en que los sujetos experimentan el clóset.

El clóset y el poder

Siguiendo esta línea de pensamiento, retomaré lo que expone Butler (2001b) respecto a los cruces entre los procesos psíquicos y el devenir subjetivo a partir de la subordinación a las normas. En esta investigación se analiza el clóset como un dispositivo de poder, por lo tanto, el pensamiento de esta autora me parece útil para abordar las dinámicas y la injerencia del clóset en los sujetos, puesto que propone que “el poder no sólo actúa sobre [*acts on*] el sujeto,

³ Traducción propia del inglés.

sino que actúa [*enacts*] al sujeto en sentido transitivo, otorgándole existencia” (p. 24). Esto quiere decir que el poder tiene un papel central en los sujetos, no solo de subordinación (*action*), sino también de sujeción (*enacts*) y de subjetivación. Aquí, la autora analiza las formas en que el poder traspasa lo social hacia la psique, haciendo que los sujetos internalicemos las normas. Esta visión permite comprender la imagen del clóset en tanto que, “[a]unque se trata de un poder que es *ejercido sobre* el sujeto, el sometimiento es al mismo tiempo, un poder *asumido por* el sujeto, y esa asunción constituye el instrumento de su devenir” (p. 22). Con esto quiero decir que, en efecto, el clóset es una estructura definitoria de la opresión que viven las personas homosexuales (Sedgwick,1990), pero también es un dispositivo de disciplinamiento, en términos de Foucault, que incide directamente en el proceso de devenir sujeto de estos individuos, en tanto que “el proceso de internalización *fabrica la distinción entre vida interior y exterior*, ofreciendo una distinción entre lo psíquico y lo social que difiere sustancialmente de una descripción de la internalización psíquica de las normas” (Butler, 2001b, p. 30).

De acuerdo con Serrato y Balbuena (2015), el clóset es un recurso de la biopolítica que se gesta desde la familia a partir de la vigilancia de la sexualidad. Retomando la propuesta de Foucault, estos autores entienden el clóset como el lugar en el que no solo se invisibiliza la homosexualidad, sino que “[d]esde ahí se reafirman las estructuras sociales, se intentan consolidar las representaciones sociales de la sexualidad, y se intentan mantener las costumbres y los estereotipos” (p. 153). En este sentido, estos autores mexicanos aluden al clóset que se construye, alejándose así de la acción de entrar. Este dispositivo se construye también a partir de la vigilancia del ejercicio de la sexualidad, como lo enuncia Foucault, “el que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder: [...] las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo y [...] se convierte en el principio de su propio sometimiento” (Foucault, 2005, citado en Serrato y Balbuena, 2015, p. 160).

Desde la óptica de estos autores, es en la familia en donde se ejerce este dispositivo para mantener la norma heterosexual e impedir las transgresiones de género, a partir de dos acciones principales: el destierro y la invisibilización. No obstante, apuntan también que la “ideología heteronormativa” no solo es impuesta a través de los integrantes heterosexuales

en la familia, sino que es asumida por los homosexuales “de manera que al hacerlo, asumen también que su sexualidad *no debe* incluirse en los discursos que circulan en ella” (Serrato y Balbuena, 2015, p. 169). Esta idea hace eco con lo que plantea Butler, puesto que la autora relaciona la prohibición de la homosexualidad con las instancias psíquicas del duelo y la melancolía de no poder cumplir el deseo homosexual, por lo tanto, éste se vuelve sobre sí mismo y “[e]sta vuelta sobre sí es la acción de la autocensura y el sentimiento de culpa” (p. 157). En este sentido, no resulta extraño que las investigaciones que abordan el “salir del clóset”, incluyendo esta tesis, pongan a la familia como uno de los centros importantes del análisis.

Como lo presentaré más adelante en el análisis de los datos, la familia es un componente fundamental en el proceso de construcción y deconstrucción del clóset ya que es a partir de esta institución que suele afianzarse la “ideología heteronormativa” (Serrato y Balbuena, 2015). Varias investigaciones ponen el foco en el momento específico en el cual el sujeto revela o declara su orientación sexual a su familia, específicamente a sus padres y, por consiguiente, cómo reaccionan los parientes. Estos momentos en los que nos exponemos frente a nuestros núcleos más cercanos suelen estar envueltos de emociones que hacen que el sujeto se sienta, de cierta forma, alienado o distanciado de la “normalidad” de su familia (Perrin-Wallqvist y Lindblom, 2015). Estos sentimientos se respaldan en que las familias, sobretodo en el contexto mexicano, se conforman y funcionan bajo la premisa de las normas de género dominantes, es decir, la heterosexualidad obligatoria (Monroy Limón, 2007). En este sentido, como también retomaré en el capítulo IV de esta tesis, la declaración cumple con una función importante y es la de deshacer la expectativa de la heterosexualidad que se construye desde la familia.

Uno de los puntos que suelen ser obviados en las investigaciones que abordan el salir del clóset y las reacciones familiares, es la idea común de que los padres “ya sabían” o “presentían” que su hijo/a era homosexual. Como también retomaré en los capítulos analíticos de esta investigación, los estereotipos de género, entendidos como el conjunto de factores normativos que se performan constantemente para reforzar la matriz heterosexual (Butler, 2001a), operan de diversas formas en las dinámicas familiares, pero siempre en conjunción con la expectativa de la heterosexualidad. Incluso cuando los padres no piensen

conscientemente en la sexualidad de sus hijos/as, el orden social asumido hace que, muy probablemente, tomen un “desarrollo heterosexual” del sujeto por sentado (Aveline, 2006). Este aspecto resulta elusivo porque se toma por sentado lo que Butler (2001a) comprende como la matriz heterosexual, en donde la concordancia entre sexo, género y orientación sexual es obligatoria en los sujetos. Este es uno de los factores que muchas de las ópticas que ubican el salir del clóset como uno de los pasos en la construcción identitaria de los sujetos suelen pasar por alto. Como acertadamente resalta Aveline (2006), existen muchos atributos que pueden conformar este “ya lo sabía”; sin embargo, todos giran en torno a los estereotipos de género. Este autor encuentra, por lo menos, tres indicadores recurrentes en sus entrevistas:

- a) Atributos de género típicos o atípicos.
- b) La forma de relacionarse con hombres y mujeres.
- c) Participación o interés en actividades deportivas.

Si bien, estos tres puntos se enfocan en las experiencias de padres de hijos homosexuales en Estados Unidos, pueden también resonar en otros contextos, como veremos más adelante. Este autor denomina al conjunto de indicadores que dan pistas sobre la orientación sexual de los sujetos como “paradigmas culturales de interpretación de la homosexualidad”⁴. Asimismo, Aveline (2006) comprende que los puentes que se tejen entre homosexualidad y estos atributos de género atípicos, descansan en el hecho de que en la cultura occidental existe una relación histórica entre comportamientos socialmente designados como “femeninos” y homosexualidad masculina.

El camino a la deconstrucción

Un punto que quisiera resaltar a partir de la revisión bibliográfica sobre cómo se ha estudiado el fenómeno de salir del clóset es que, de forma general, todas las investigaciones que describen la identidad homosexual como algo que se forma a partir de un proceso, suelen abordar un patrón similar, el cual incluso pude identificar en mis propias entrevistas:

⁴ *Cultural Paradigms for Interpreting Homosexuality*. Traducción propia.

- Identificación de la diferencia (con respecto a la heterosexualidad obligatoria).
- Negación de la diferencia/ conflicto.
- Autoaceptación.
- Declaración(es) = “Salir del clóset”.
- Identificación con una comunidad afín.
- Entablar relaciones sexo-afectivas con sujeto del mismo sexo.

Si bien estas “etapas” o “pasos” llegan a ser factores en común para los sujetos homosexuales, es importante reconocer que, si lo que se busca es analizar los procesos subjetivos, desde mi perspectiva sería erróneo partir desde la premisa de que todos los sujetos atraviesan de la misma manera estas etapas. Como lo pone Monroy Limón (2007), es importante distinguir entre “el proceso de construcción de una identidad no estigmatizada de la sexualidad disidente y la salida del clóset como una de las estrategias subjetivas posibles que apoyan este proceso (...)” (p. 41). A esto yo añadiría que también es fundamental extraer el clóset y la “salida” de éste y dejar de verlo como un elemento más del proceso y, en cambio, poderlo observar como lo que estructura de forma más esencial a estos procesos identitarios. Hago este apunte ya que, me parece, el clóset suele pensarse como algo que “simboliza el aislamiento, el individuo sin la sociedad: un desconocido incluso para sí mismo (...) Al salir del armario, la persona espera dejar atrás la excesiva autoconciencia” (Weston, 2003, citado en Monroy Limón, 2007, p. 38). El problema con esta visión, desde mi perspectiva, es que, justamente, coloca al sujeto que está “dentro del armario” fuera de la sociedad, lo cual ignora por completo el hecho de que el clóset se construye para poder ser inteligible ante una sociedad heterosexista.

Con lo anterior no quiero decir que los esfuerzos por comprender los procesos identitarios a partir de modelos no sean valiosos. Sin duda son útiles para analizar, por ejemplo, la forma en la que otros factores sociales como la etnia, el género, la generación (edad), entre otros, afectan los procesos identitarios de personas no heterosexuales (Grov, Bimbi, Nanín y Parsons, 2006). La limitación que encuentro con el estudio del clóset a partir de modelos es que, al final, lo toman como algo finito, que culmina cuando el sujeto se declara, marcando así una línea entre el sujeto privado (en el clóset) y el público (fuera del

clóset). A riesgo de parecer repetitivo, me parece básico para la comprensión de esta tesis, tener en mente que yo no suscribo a esta forma de ver el clóset, pues me parece que propone una falsa separación entre lo público y lo privado. En este sentido, resulta más afortunada la visión de Tony E. Adams (2011), quien destaca, de forma mayormente autoetnográfica, que la identidad gay se define a partir del clóset como una construcción metafórica canónica que se convierte en una característica fundamental de una persona con atracción al mismo sexo, ubicando así algunas condiciones para la existencia del clóset, en vez de etapas que los sujetos necesariamente atraviesan.

Por otro lado, si entendemos al clóset como una construcción biopolítica, es decir, como un conjunto de acciones (y omisiones) que buscan subyugar a los sujetos (Foucault, 1976/2017), comprendemos que el fin último es lograr que el sujeto se autorregule y asimile las normas, en este caso las que reprimen la homosexualidad, como lo correcto. Esto implica que el proceso de deconstrucción del clóset se compone de contradicciones a las que el sujeto se enfrenta, en tanto que debe no solo declararse, sino que también debe comprender su papel en una sociedad en la cual su existencia representa una ruptura. Por ejemplo, que existan ciertos momentos o entornos “indicados” para declararse homosexual y para no hacerlo expone el hecho de que el sujeto homosexual debe vivir en un vaivén constante de desafiar o no las estructuras de poder. Es por eso por lo que la “salida del clóset” se considera un acto político, e incluso necesario (Adams, 2011), ya que quienes lo hacen están tomando una postura ante dichas estructuras al manifestarse como sujetos fuera de la norma.

Para hablar de la construcción del clóset retomo la postura de Serrato y Balbuena (2015) que indica que “el clóset es una construcción dialéctica que se explica a partir de la heteronormatividad, su ideología (dominante) y las regulaciones que la familia, en tanto dispositivo disciplinario, ejerce sobre la sexualidad de sus miembros” (p. 173). El clóset, por lo tanto, no existe en un vacío, esperando a que los sujetos entren en él, sino que se conforma de su experiencia y de aquellos que les rodean. Al decir que el clóset se construye se alude al hecho de que, aunque las normas buscan uniformar a los sujetos, ninguno vive este proceso de manera idéntica, sino que es atravesado por las circunstancias que lo rodean. En este sentido, concuerdo en que el clóset es un dispositivo de la biopolítica que busca vigilar y controlar a los sujetos no heterosexuales, al igual que con la propuesta de los autores que

concibe el proceso de salir del clóset como algo más allá de la mera enunciación como homosexual, sino también “confrontar poco a poco, en la cotidianeidad, a través de discursos y prácticas transgresoras, la política sexual del espacio familiar” (p. 178). En la misma línea, hablar de la biopolítica y del clóset como dispositivo de esta, indica que éste se conforma de distintos componentes (discursos, normas, medidas de represión, etc) definidos y resguardados por instituciones heterosexistas, donde la más relevante es la familia; sin embargo, como muestran los relatos expuestos en esta investigación, este dispositivo también es empleado por otras instituciones como las leyes, los medios de comunicación o el sistema educativo.

Clóset, estructura, agencia y estrategias

Otra discusión importante en este capítulo es la que se da en torno al binomio estructura-agencia. En el caso de esta tesis, es necesario discernir de qué forma se entiende la agencia de los sujetos cuando el clóset es un factor clave dentro de las relaciones de poder que atraviesan a los sujetos homosexuales. Cuando hablo de las normas de género y la heteronormatividad, me refiero a las estructuras, en tanto que dan forma a las prácticas de las personas, pero que también son reproducidas a partir de estas prácticas (Sewell, 2006). Como lo describe Sewell (2006), construyendo desde la teoría de la dualidad de Giddens, las estructuras no son monolíticas, ni eternas, sino que existe la posibilidad de ser empleadas de distintas formas, e incluso modificarlas, mediante los recursos que empleen los sujetos.

Las estructuras, como la heteronormatividad, son reglas, pero no existen aparte del sujeto, en tanto que son creadas y reproducidas por éstos; sin embargo, estas reglas no se reiteran exactamente igual por todas las personas en todos los contextos. La verdadera prueba del conocimiento de una regla es tener la capacidad de aplicarla exitosamente en distintos casos (Sewell, 2006). Esta capacidad para transponer y extender los esquemas a nuevos contextos es lo que se entiende como agencia (Sewell, 2006). No obstante, como lo resalta este autor, la agencia no se ejerce de manera uniforme por todos los sujetos, sino que está, de cierta forma, condicionada por el género, la orientación sexual, la etnia, la posición social, etc., lo cual implica que hay un acceso diferenciado a los recursos que se pueden emplear para transformar las estructuras.

A lo largo de esta investigación emplearé el concepto de agencia en conjunto con la propuesta de estrategias de Foucault (1988). La razón de hacerlo así es que, desde mi perspectiva, esto pone en un plano principal a las relaciones de poder que se forjan desde el clóset. Como lo pone el autor, las relaciones de poder no son por sí mismas una renuncia de libertad, aunque tampoco implican un consentimiento, por lo tanto, una relación de poder es “un modo de acción que no actúa de manera directa e inmediata sobre los otros, sino que actúa sobre sus acciones” (1988, p. 238). Esto hace sentido en el contexto del clóset ya que, como lo mostrarán los testimonios presentados en los siguientes capítulos, este dispositivo incide en las acciones de los sujetos; es decir que, el hecho de que un sujeto “se encuentre en el clóset” tiene que ver con las constantes decisiones que debe tomar sobre su actuar para no parecer fuera de la estructura. No obstante, esas decisiones que se dan en distintos contextos, a pesar de reproducir los esquemas de opresión, son también como se manifiesta la agencia. Como lo pone Goffman (citado en Sewell, 2006), todos los miembros de la sociedad emplean repertorios complejos de habilidades en la interacción para controlar y preservar el curso de las relaciones sociales.

Al entender las acciones de los sujetos como estrategias se plantea que el clóset propicia relaciones de poder en las cuales la heterosexualidad se sobrepone a la homosexualidad; sin embargo, en el caso de los varones homosexuales, éstos buscan, por un lado, no sufrir opresión y, en consecuencia, mantener una posición de poder dentro de la estructura heteronormativa. Las estrategias desplegadas por los sujetos no necesariamente se enfocan en reproducir las normas, la declaración, por ejemplo, es uno de los recursos/estrategias que los sujetos homosexuales emplean como forma de transformar las estructuras. No obstante, como veremos, la declaración resulta un proceso complejo que sucede en contextos y de formas diversas. Al ser una interacción comunicativa, ya sea mediante el discurso verbal o a partir de acciones no verbales, la revelación de la orientación sexual es una ruptura en la preservación de las relaciones sociales de los sujetos, como habían sido hasta ese punto. La declaración implica, necesariamente, una respuesta incierta y que, en muchos casos, es incómoda o incluso violenta. La incertidumbre ante las respuestas es lo que hace que los sujetos eviten esta interacción, o bien, sean muy cuidadosos sobre cuándo, con quién y cómo revelar de manera segura esta información (Gibson, 2000).

Preguntas y objetivos de investigación

En la etapa de elaboración del protocolo de investigación, uno de los supuestos que me motivaban era la idea de que la definición de la identidad de género de varones homosexuales podría estar ligada o cruzarse en el proceso de “salida del clóset”. Conforme el proyecto fue afinado, esta dejó de ser la principal preocupación y dio paso a un cuestionamiento más general, el cual inquiría sobre cómo se construyen de forma individual y colectiva sujetos homosexuales a partir de la experiencia subjetiva de salir del clóset. Con esa pregunta en mente, realicé el trabajo de campo con mis informantes y comencé a emprender la tarea de analizar las primeras narraciones; sin embargo, el hecho de que el término “salir del clóset” fuera central en mi interrogante hacía de esta labor algo incómodo. En el nuevo cuestionamiento que presento, en línea con el análisis empírico, es: **¿En qué consiste el proceso de deconstrucción del clóset de varones homosexuales que residen en la Ciudad de México y qué particularidades y puntos en común se encuentran en sus experiencias subjetivas?**

A partir de esta pregunta general, presento también las siguientes preguntas específicas que ayudarán a contestar la principal:

- ¿Qué factores a lo largo de la vida de varones homosexuales forman parte de la construcción de un clóset particular?
- ¿Cómo se relacionan con la heteronormatividad los varones homosexuales durante los procesos de construcción y deconstrucción del clóset?
- ¿Cómo se manifiesta la agencia de estos varones homosexuales con relación a la heteronormatividad?
- ¿Qué estrategias emplean los varones homosexuales para comunicar y/o hacer explícita su orientación sexual?
- ¿Cómo influyen factores como la edad, el capital económico, cultural y social en el proceso de salir del clóset de varones homosexuales?
- ¿Cómo ha cambiado la percepción de varones abiertamente homosexuales en torno a la idea de “salir del clóset”?

El objetivo general de esta investigación consiste en **comprender los procesos de construcción y deconstrucción del clóset, a partir del análisis de las particularidades y puntos en común que tienen las experiencias subjetivas de varones homosexuales que residen en la Ciudad de México.** Es fundamental recalcar, como lo haré a lo largo del documento, que, dado que el foco central de la investigación se encuentra en las experiencias particulares, sin embargo, también es necesario explicitar que el hecho de que las experiencias particulares no son ajenas a las estructuras sociales, sino que también las reflejan. Como explica Brah, la construcción colectiva se ubica en las relaciones sociales, en tanto que la diferencia resalta los “regímenes macro y micro de poder en los que formas de diferenciación como el género, la clase o el racismo son instituidas en términos de formaciones estructuradas” (Brah, 2004, p. 124).

Reflexiones

En este primer capítulo quise exponer desde qué lugares parto para llevar a cabo esta investigación. Remarqué la importancia de estudiar no solo el salir del clóset, sino el proceso de construcción y deconstrucción del clóset, entendido como un mecanismo de la biopolítica que rige la vida de los sujetos homosexuales. Para cumplir esto, me pareció fundamental presentar el recorrido histórico-epistemológico que tiene la acepción *coming out (of the closet)* y que derivó en la metáfora de “salir del clóset”, retomando un poco el contexto mexicano. Asimismo, quise desarrollar brevemente, desde una revisión bibliográfica, las distintas aproximaciones desde las cuales se ha estudiado este fenómeno. El propósito de esto es, primordialmente contrastar el marco teórico y epistemológico desde el cual propongo la presente investigación con otras formas de analizar este objeto de estudio, poniendo especial énfasis en lo que yo observo como una falsa distinción entre los procesos identitarios “íntimos” o privados y la interacción social de los sujetos.

Finalmente, enlisto los cuestionamientos y objetivos que han guiado y moldeado la presente investigación con el fin de que quien lea este trabajo pueda tenerlas en mente a lo largo del camino analítico que he recorrido.

Capítulo II

Aproximación metodológica a las experiencias de construcción y deconstrucción del clóset de varones homosexuales

Este relato metodológico busca explicitar el camino recorrido durante el tiempo en que llevé a cabo el trabajo de campo para la presente investigación. En las siguientes líneas, además de describir las técnicas empleadas para recabar información y enunciar las preguntas que, en principio, guiaron este proceso, quisiera también explicar algunas de las motivaciones que han guiado mi interés por este particular objeto de estudio. De esta manera, esperararía que mediante este relato pudieran dibujarse, también, las formas en que mis propias coordenadas como investigador han incidido en el análisis de un proceso que viví y que, por lo mismo, busco cuestionar: el salir del clóset como hombre homosexual.

La presente investigación se realizó con un enfoque cualitativo en el cual se priorizan los relatos de los sujetos sobre la propia experiencia para así desmenuzar los significados y transformaciones que ha experimentado un proceso en común para muchos hombres homosexuales. Como lo enuncian Taylor y Bogdan, “el investigador cualitativo estudia a las personas en el contexto de su pasado y de las situaciones en las que se halla” (1996, p. 20). Partiendo de la conceptualización del “salir del clóset” como un proceso que incide de distintas formas y en distintos momentos de la vida de los sujetos y no como un momento estático, la metodología empleada se basó en los fundamentos del método biográfico, el cual busca descubrir las dimensiones de la realidad social a un nivel micro (Rojas, 2013). Para esto llevé a cabo una conjunción de técnicas que me permitieron extraer los hilos presentes en la narración con interacciones colectivas.

La estrategia metodológica de la investigación incluyó entrevistas semi-estructuradas biográficamente orientadas con diez hombres residentes de la Ciudad de México que se identifican como homosexuales, con un rango de edad de entre 21 y 59 años, a quienes caracterizaré en líneas posteriores, participación observante durante la Marcha del Orgullo LGBTTTI+ de la Ciudad de México y un cuestionario realizado a personas heterosexuales en el cual pregunté sobre su percepción y conocimiento acerca del concepto “salir del clóset”. El núcleo del trabajo de campo estuvo concentrado en el periodo de junio y julio de 2019, meses en los cuales llevé a cabo el grueso de las entrevistas, así como la participación

observante, el sábado 29 de junio de 2019. A pesar de esto, es importante aclarar que el contacto con los informantes, así como las primeras entrevistas, las llevé a cabo desde enero de 2019, lo cual impactó en la cantidad de veces que pude reunirme con algunos de los entrevistados.

En este sentido, también he de resaltar las motivaciones para delimitar el campo a personas que residían en la Ciudad de México, así como aclarar que, aunque todos los informantes de esta investigación viven o realizan la mayoría de sus actividades en esta entidad, varios de ellos no son originarios, o han tenido periodos de entradas y salidas de la ciudad. Dicho esto, poner el foco en la capital del país tiene que ver con la posición de privilegio que ésta mantiene frente al resto del territorio en materia de protección de derechos humanos y acceso a derechos civiles de la comunidad LGBTTTI+. Así pues, el impacto que tiene la ciudad en mis informantes con relación a cómo viven su orientación sexual difiere de forma importante a sus experiencias en otras partes de México. En muchas ocasiones la exposición al “ambiente gay”, la apertura, libertad y la relativa seguridad que tienen los sujetos no heterosexuales en esta ciudad juegan un papel importante en el proceso de deconstrucción del clóset. Por otro lado, dado que uno de los intereses de esta investigación está en indagar sobre los procesos identitarios colectivos y que uno de los escenarios para inquirir sobre éstos fue la marcha del orgullo en Ciudad de México, me pareció importante contar con informantes que tuvieran un referente, más o menos claro, de este evento.

Además de esto, es necesario enfatizar que esta investigación no busca ser representativa de la experiencia de varones homosexuales en México; sin embargo, mediante la presentación de estos diez casos diversos, logré complejizar la noción del clóset y de qué manera los sujetos se encuentran en constante construcción y deconstrucción de éste.

Técnicas, estrategias metodológicas en el trabajo de campo, los informantes y sus lugares

A continuación, describiré el proceso que llevé a cabo durante los meses de trabajo de campo para emplear las técnicas que sostienen la estrategia metodológica de esta investigación. De igual manera, ahondaré en las características principales de cada informante que colaboró en las entrevistas, con el fin de que el/la lectora puedan ubicarlos a lo largo del texto.

Los informantes en esta investigación son diez varones que se identifican como homosexuales y/o gay⁵. Me referiré a ellos mediante el uso de seudónimos con el fin de mantener su anonimato a lo largo de los relatos. En la siguiente tabla coloco las características principales de este grupo de varones:

Informante	Edad (al momento de las entrevistas)	Lugar de origen	Ocupación
César	21 años	CDMX	Estudiante / empleado en institución pública
Diego	22 años	Norte de México	Empleado en institución pública /recién egresado
Ernesto	27 años	Zona Metropolitana CDMX	Empleado en empresa privada
Jesús	29 años	CDMX	Empleado en empresa privada
Jair	30 años	Norte de México	Estudiante de posgrado
Pablo	32 años	CDMX	Empleado bancario
Raúl	36 años	CDMX	Empleado bancario
Fernando	49 años	CDMX	Empleado en empresa privada
Santiago	53 años	CDMX	Empleado en institución pública
Edgar	59 años	CDMX	Emprendedor / ingeniero

Tabla 1. Características de los informantes

⁵ Dentro de este grupo de varones la mayoría se identifica como gay u homosexual, como identidades iguales, excepto el caso de Jair, quien explícitamente se refiere a sí mismo como homosexual, en lugar de gay. Desde la academia y el activismo existe un debate constante en torno al término gay como parte de una herencia imperialista proveniente de Estados Unidos. Quisiera aclarar que estoy consciente de este debate y no es mi intención obviarlo, sin embargo al no ser ese el tema central de esta tesis, aclaro que a lo largo del texto utilizaré el adjetivo “homosexual” para referirme a la orientación sexual de mis informantes y únicamente emplearé el término gay cuando los testimonios lo traigan a cuenta.

La selección de estos diez informantes se dio, en mayor medida, a partir del criterio de bola de nieve, sobre todo en el caso de Jair, quien me contactó con César, así como Pablo, que me dirigió hacia Raúl y Jesús. Los demás informantes llegaron a mí al ser referidos por otras personas que estaban al tanto de mi tema de investigación. Procedí de esta manera con el fin de contar con un abanico de sujetos que quisieran participar del proyecto. Con esto me refiero a que, luego de finalizar la entrevista con alguno de los informantes, y que ellos tuvieran conocimiento del tipo de preguntas que realizaba, ellos pudieran referirme a alguien, dentro de los criterios delimitados, que estuviera interesado en participar. Conforme el proceso de selección de informantes fue avanzando, coincidí con personas que compartían ciertas características. Por ejemplo, todos mis entrevistados contaban con, o estaban en proceso de obtener, educación universitaria y reciben un sueldo mensual a partir de sus actividades laborales. Algunos cuentan con estudios de posgrado y varios vivían, al momento de las entrevistas, con sus parejas sentimentales. Lo anterior no quiere decir que todos los relatos fueran iguales, ya que cada uno cuenta con particularidades que responden al contexto en el cual los informantes viven y vivieron a lo largo de sus vidas. Las diferencias entre los sujetos se distinguen mucho más al revisar los distintos contextos desde donde provienen.

Ahora bien, con respecto a los relatos de mis informantes, me parece importante retomar la discusión que planteo al inicio de este documento con relación al concepto de experiencia. Si bien he mencionado que la presente investigación se centra en las experiencias subjetivas de mis informantes, también es necesario recordar que estas experiencias son construidas con base en el recuerdo. Como lo recalca Scott (2001) la experiencia “en bruto” no es el análisis, sino que, como también expone Bertaux (1989), lograr comprender cómo el “objeto sociológico”-una norma, una obligación social, un rol, un proceso, el efecto de una relación estructural, etc (...) se desprende de lo social y no de lo psicológico, de lo colectivo y no de lo individual (...)” (pp. 91-92) para así alcanzar un nivel de saturación. Aquí, Bertaux está haciendo referencia a los tres niveles o funciones que tiene el relato de vida en la investigación sociológica, específicamente la función analítica, en la cual “el objetivo ya no es explorar sino analizar” (1989, p, 90). En el caso de esta investigación esta fase es valiosísima, puesto que para comprender mejor el clóset como un

recurso de la biopolítica que transita entre lo individual y lo social, es necesario poderlo ver como un “objeto sociológico”, al igual que como un proceso de subjetivación.

En este grupo de varones una de las características que diferenciaba mucho su relato y sus opiniones era, por supuesto, la edad. Las brechas generacionales entre, digamos, César (21 años) y Edgar (59 años) me permitieron observar los cambios importantes que se han dado, sobre todo en la Ciudad de México, desde los inicios del movimiento de liberación homosexual y hasta la fecha. Esto es relevante ya que permite ubicar los procesos sociales en un contexto, lo cual abona a la premisa de esta investigación, la cual insiste en que aunque la construcción y deconstrucción del clóset se dan de formas particulares en los distintos sujetos, también es posible encontrar elementos en común que permita crear los puentes entre los procesos individuales y las estructuras sociales. En este sentido, pues, no es analíticamente útil pensar estos procesos de forma ahistórica, ni como algo en común para todas las personas homosexuales.

De este mismo modo, hay una clara división entre los deseos de los más jóvenes por cuestionar las normas de género tradicionales y la resistencia de las generaciones anteriores para hacerlo. Este punto es importante ya que implica también mi relación con ellos, ya que, dadas mis coordenadas sociales, soy mucho más cercano a las experiencias de aquellos informantes que están en sus veintes y, a la vez, al conversar con personas como Edgar o Fernando, sentía cierta discrepancia ante algunas de sus opiniones más conservadoras. Estas coordenadas a las que me refiero son, por supuesto, mi edad, mi trayectoria académica, mi nivel socioeconómico, entre otras, pero, sobretodo tienen que ver con mi experiencia como varón homosexual. Con esto me refiero no solamente a mi “salida del clóset”, sino a que debido al momento en que nací, por ejemplo, no viví conscientemente la crisis del SIDA; no sé, como lo sabe Edgar, lo que significa perder a un amigo por causas relacionadas a esta enfermedad, pero tampoco conozco un mundo en el que el VIH no existiera y el miedo al contagio no interviniera en la vida sexual de un hombre homosexual.

Mi relación con el movimiento político es distinta a la de algunos de mis informantes porque nuestros acercamientos a él han sido en momentos y bajo circunstancias distintas. Esas son las coordenadas, según lo percibo, que me diferencian en mayor medida de mis informantes. Para ilustrar, en una de las ocasiones que platicué con Edgar le pregunté acerca

de su opinión sobre la marcha del orgullo, ante lo cual él destacó que ya no le encontraba sentido a la manifestación, que ésta había perdido el propósito y ahora era una razón para celebrar el libertinaje, en vez de la libertad. Esta postura se opone a mi opinión sobre esta movilización social, por lo tanto, fue importante recordar que el propósito de entrevistar a Edgar no era darle mi opinión o contradecir la suya, sino poder capturar, de la mejor manera posible, su visión del mundo como un hombre homosexual.

El caso de Ernesto fue distinto, ya que, por un lado, la cercanía en edad procuró una confianza inicial la cual le permitió compartir diversos aspectos de su vida y, por el otro, existía también una suerte de conocimientos “en común” que, por ser ambos varones homosexuales y jóvenes, él asumía que yo debía comprender enteramente. Éste fue un reto metodológico importante, ya que, en efecto, varias de las cosas que Ernesto me contaba me hacían sentido de manera superficial, sabía a lo que se refería e incluso, a veces, me identificaba con ellas. Esto incidió, también, en que, por lo menos la primera vez que conversamos, yo tuviera una mayor participación, interviniera más, como sería en una plática que no estaba siendo grabada para luego ser analizada. Una parte en donde esta relación puede notarse es cuando me comparte que él “siempre ha sido muy gay” y nunca ha realizado un esfuerzo por ocultarlo. La intuición me decía que se refería a la asociación entre actitudes, gustos y elecciones que en el contexto mexicano han sido categorizadas como “femeninas” o aptas únicamente para mujeres, sin embargo, no podía guiarme únicamente por mi intuición. Al percatarme de esto intenté pedirle descripciones más extensas, sin embargo, aunque elaboraba un poco más, le era complicado realizar una descripción minuciosa de cuáles eran sus referencias para estipular(se) como alguien “muy gay”.

Luego de reflexionar sobre este punto y de pasar por un momento de frustración en la cual pensaba que no estaba realizando las preguntas de la manera adecuada, me di cuenta de que, de hecho, la incapacidad para nombrar explícitamente lo que hace (o no) que alguien “parezca” gay forma parte de la construcción social del salir del clóset. Desde la trinchera metodológica es importante resaltar que, a veces, las preguntas que uno realiza no provocan las respuestas esperadas, pero sí las necesarias para profundizar y analizar el objeto de estudio. Asimismo, resalto este ejemplo porque, además de ser un punto importante del análisis que realizaré posteriormente, ejemplifica esta identificación que se da entre

informante e investigador, que surge, sobretodo, cuando el objeto de estudio interpela al segundo.

Las entrevistas

En total llevé a cabo 19 entrevistas de enero a julio de 2019, y sobre todo en los últimos dos meses. Los criterios iniciales de selección fueron tres: a) que se identificaran como varones homosexuales/gays; b) que residieran, o bien, llevaran a cabo sus actividades laborales/sociales en la Ciudad de México; y c) que hubieran atravesado un proceso de “salida del clóset”. Este último criterio resultó ser más complejo de lo que anticipé, ya que la concepción de estar “fuera” no es idéntica para todos los informantes. Por ejemplo, para Santiago ser homosexual es un aspecto de su vida que puede (y debe) pasar desapercibido en sus interacciones cotidianas, sobretodo en su lugar de trabajo. Este hecho resultó interesante durante la entrevista, dado que se llevó a cabo en su oficina y, mientras conversábamos de este y otros temas, tuvimos que pausar brevemente la conversación debido a la presencia repentina de algún compañero de trabajo que llegaba a preguntarle algo. Aunque él no me dijo explícitamente nada sobre lo anterior, esto generó un sentimiento de incomodidad en mí, no solo por la interrupción en el hilo de la plática, ya que estos cortes eran algo común al realizar ésta y otras entrevistas, ya fuera por una mesera en un café, el ruido de una motocicleta, y demás cuestiones ajenas a quienes charlábamos, sino que, de cierta forma, temía a poner en riesgo esta anonimidad laboral que Santiago, en particular, me explicitaba.

Desde el punto de vista metodológico, el que uno de mis informantes no compartiera su orientación sexual en su entorno laboral suponía algunos inconvenientes, como los cambios en el volumen de voz cuando alguien se acercaba, o, incluso, que mi informante tuviera que dar por terminado la entrevista antes de que pudiera terminar mis preguntas. Realicé las entrevistas en distintos lugares, dependiendo enteramente de la decisión del informante. Al entablar el primer contacto les preguntaba en dónde querían llevar a cabo la entrevista, teniendo en cuenta que los temas referentes a la propia sexualidad pueden ser delicados para ciertas personas y, por ende, no quería imponer un lugar público si ellos no se sentían cómodos hablando de sus experiencias y opiniones. Los dos principales lugares de encuentro fueron la vivienda del informante o cafeterías en distintas zonas de la ciudad,

dependiendo de la cercanía y conveniencia para ellos. El resaltar el lugar de la entrevista es importante ya que permite también observar cosas sobre mis informantes que el discurso quizás no delata.

Analizar la disposición de los objetos en las casas de mis informantes parecería, en primera instancia, superfluo, sin embargo, hay importantes datos que pueden dejarse de lado si no se fija la atención en esto. Por ejemplo, de los cuatro informantes que entrevisté en sus viviendas, dos de ellos contaban con una serie de elementos que mostraban de manera explícita no solo su orientación sexual, sino su identificación ideológica, política y cultural con el colectivo LGBTQ+. La bandera del arcoíris colgada en la ventana y los múltiples libros de temática LGBTQ+ en casa de Jair y las piezas de arte homoerótico en las paredes del departamento de Pablo son algunos de los elementos que sirven también para reforzar la narrativa de los sujetos en relación con su sexualidad. En contraste, la casa de Edgar no solo no contaba con ningún objeto similar a los enlistados anteriormente, sino que el espacio resultaba austero, sin fotografías de él, ni de su pareja, lo cual abona al énfasis de su discurso que ubica a la orientación sexual como algo privado, que ocurre detrás de la puerta de su recámara. Por último, Raúl, quien también me recibió en su casa, tampoco contaba este tipo de símbolos de forma visible; sin embargo, debo aclarar que en este espacio me mantuve en la estancia, mientras que los otros tres pude recorrer algunos pasillos y recámaras adicionales al sillón donde conversamos. Esta información es compleja de sistematizar, ya que no todas las entrevistas se llevaron a cabo en la casa de los informantes. No obstante, no es algo que pueda pasar desapercibido ya que, desde un punto de vista metodológico, permite observar cuestiones más allá del discurso hablado.

Para llevar las conversaciones implementé una guía de preguntas que me permitía seguir ciertos hilos que me interesaba abordar. Este guion se dividía en cinco apartados que buscaban indagar en la experiencia subjetiva de aceptar y vivir públicamente la orientación sexual. El primer inciso contenía preguntas para tener el contexto general de los informantes, por ejemplo, su edad, a qué se dedicaban, si había alguien que dependiera económicamente de ellos, si tenían hijos/as, entre otros datos. Seguido de esto iniciaba la conversación directamente con el apartado específico sobre el proceso de salir del clóset. El motivo para ubicar estas preguntas al inicio de la entrevista tuvo que ver con que, al narrar este proceso,

los informantes podían abrir la puerta a comentar sobre sus relaciones familiares, sociales, laborales, etc., y, de esa manera, permitirme profundizar en ciertos aspectos. El siguiente tema se enfocaba en el contexto familiar y biográfico de los entrevistados, el cual pretendía comprender sus relaciones primarias durante sus años formativos y de qué forma éstas impactaron en su concepción de lo que significaba ser homosexual. El cuarto bloque de preguntas estaba destinado a conocer las formas en que su expresión de género se ha construido a lo largo de sus vidas, así como su relación con los roles de género. El quinto apartado tenía por objeto hacer que los informantes reflexionaran sobre sus propias percepciones de lo que significa ser hombre homosexual, desde sus posturas sobre la masculinidad y la feminidad. Luego de realizar las primeras entrevistas, agregué unas cuantas preguntas enfocadas a sus experiencias y opiniones en torno a las marchas del orgullo LGBT. Además, el final del guion incluía otras preguntas sobre la(s) manera(s) en que los entrevistados se relacionaban sexo-afectivamente con otros varones homosexuales; sin embargo, conforme avanzaba el trabajo de campo tomé la decisión de no seguir realizándolas ya que resultaban redundantes y no me parecía que aportaran al análisis sobre el objeto de estudio.

A las preguntas que incluía el guion se fueron agregando varias más que surgían a raíz de la narración de los informantes. En la mayoría de los casos la narración del informante se sobrepuso al orden de las preguntas. Esto enriqueció la información recabada y generó un mayor entendimiento de lo que resultaba importante para los sujetos. Sus posicionamientos políticos, sus decisiones laborales e incluso sus experiencias sexuales fueron aspectos que surgieron en el flujo de la conversación y que enriquecieron las preguntas que yo proponía.

De la saturación a la participación observante: La marcha 41

Respecto a la de investigación sobre la construcción colectiva de sujetos homosexuales, la curiosidad académica me llevó a pensar en el papel que cumplía la manifestación pública en el proceso de asumir la propia orientación sexual. Refiriéndome a Jordi Diez (2010), sobre la significancia de las primeras manifestaciones colectivas de homosexuales en México, y su paralelismo con un “salir del clóset”, quise cuestionar esta premisa para ver si seguía vigente.

Para esto, realicé un ejercicio de participación observante durante la marcha número 41 del Orgullo LGBTTTTI+ en la Ciudad de México el 29 de junio de 2019.

Delimitar las dimensiones temporales de mi participación en la manifestación es complicado, puesto que no hubo un inicio y un final claros, sobretodo al considerar el tiempo y las actividades de preparación que llevé a cabo previo al día, así como los momentos de traslado hacia y desde los puntos de concentración. Tomando esto en cuenta, podría decir que, de manera activa, mi participación duró alrededor de siete horas, en las cuales incluyo la llegada y partida a la Avenida Paseo de la Reforma a bordo del metro, así como el recorrido desde el Ángel de la Independencia hasta el Palacio de Bellas Artes. En este sentido, la razón por la cual considero sobreponer la participación por encima de la observación es que, como lo enuncia Pons, en ésta se privilegia la idea de “sujeto encarnado”, sobre la del observador pasivo que se recarga en la vista y el oído (2018, p. 28). Con esto me refiero a que esta marcha me atravesaba como sujeto, no iba únicamente a observar, sino que intervenían también mis afectos y mis convicciones políticas.

La marcha del orgullo de 2019 en la Ciudad de México fue particularmente significativa ya que, al ser la número 41, se conmemoró uno de los episodios más emblemáticos en la historia de la comunidad homosexual en México: el baile de los 41. Dada la relevancia que tenía esta marcha, decidí que me era importante llevar algo que indicara que era parte del movimiento, por lo que pinté una chamarra de mezclilla con el número 41 y los colores de la bandera LGBT. Además de esto mi atuendo, que de haber sido cualquier otro día del año probablemente no me hubiera puesto, consistía en unos shorts bien por arriba del muslo que compré en una tienda en línea. Esta prenda, más que lo demás de mi presentación, causó reacciones de sorpresa en mi casa, ante la evidente porción extra de piel que decidí mostrar. Una vez que emprendí el camino hacia el centro de la ciudad, donde se realiza la manifestación, acompañado por mi hermana y mi novio, decidí poner la incomodidad que me producían las miradas ajenas y continuar como si nada pasara. El trayecto en el transporte público, que cualquier otro día hubiera sido algo incómodo llevando este atuendo, fue interesante ya que desde el primer momento en que abordamos el vagón de metro pude observar a más personas con atuendos que resaltaban los colores del arcoíris, hombres maquillados, y algunos con atuendos mucho más pequeños que el mío.

El objetivo de asistir a esta manifestación fue identificar elementos que pudieran estar relacionados con un salir del clóset colectivo. Por lo tanto, estaba en la búsqueda de consignas, pancartas con algún mensaje que pudiera ser considerada una declaración pública de la orientación sexual. De igual forma quería poner atención en las distintas formas en que el género se expresaba en los cuerpos y acciones de quienes asistieron, qué elementos se utilizaban para explicitar que alguien era parte de la comunidad y, a su vez, un sujeto en sí mismo.

A diferencia de la observación empleada en el método etnográfico, la participación en la marcha imponía un componente claro de dificultad: el tiempo. Mientras que los etnógrafos deben hacer uso de la sutileza y el paulatino conocimiento de las reglas sociales que rigen al grupo estudiado (Guasch, 2002), para mí fue casi imposible concentrarme en una sola cosa, al estar rodeado de miles de personas que hacían algo distinto, y que caminaban en diversas direcciones y cantaban distintas consignas. Decidí entonces enfocar mi atención lo mayor posible al contingente con el cual marchaba, el cual contenía a familias homoparentales, al mismo tiempo que trataba de capturar las acciones de los demás integrantes de la marcha. De igual manera, hay algo importante a resaltar aquí y tiene que ver, de nuevo, con la distancia del investigador y el objeto de estudio. Si bien es cierto que durante esta manifestación me sentí saturado, cansado y, a veces, sobrepasado, también es cierto que varias cosas me parecían, a escasez de una mejor palabra, “normales”. Las personas casi, o completamente, desnudas no me impresionaban, los atuendos estrafalarios, aunque llamaban mi atención, no me parecían fuera de lugar, y pude disfrutar del evento como un caminante más. Pienso que, si yo no fuera un hombre gay, o incluso si lo fuera, pero esta fuera la primera marcha del orgullo a la que asistía, esta experiencia hubiera sido distinta.

Dicho esto, asistir a este evento me permitió ver varias cosas. Por un lado, está la relativa uniformidad que brinda la bandera del arcoíris, en contraposición con las expresiones individuales que buscaban resaltar por medio de la ropa, o bien, la desnudez, el maquillaje, y los mensajes políticos. Por otro lado, a pesar de las restricciones de tiempo y espacio que implicaba estar dentro de la marcha, el emplear esta técnica me permitió contrastar lo que mis informantes narraban en torno a sus experiencias en este evento con mi propia experiencia. Además, me di cuenta de que la marcha no es solamente eso, sino que ha

evolucionado para ser muchas cosas distintas que se reúnen bajo el paraguas de la manifestación política colectiva. La marcha es, al mismo tiempo, una exposición artística, un lugar de encuentro, un mitin político, una fiesta colectiva, una oportunidad de *marketing* para grandes empresas, entre otras. La presencia de las marcas y las empresas era difícil de evadir, puesto que durante todo el recorrido se podían ver globos, folletos, playeras, banderas, condones, alimentos, y un sinnúmero de elementos más “brandeados”⁶ con diversos logotipos. La constante tensión entre lo político y lo comercial es algo notable, sobretodo al considerar que esta marcha está inserta en un contexto histórico particular. Es decir, observar todas estas manifestaciones me permitió pensar en las experiencias de mis informantes insertas en estos contextos. Así pues, la gran saturación y la magna visibilidad de este evento permite pensarlo como una ventana al marco global en el cual se ponen en juego, precisamente, aspectos como la existencia del clóset en la vida de la comunidad de la diversidad sexo-genérica.

La visión heterosexual

Por último, dentro de la estrategia metodológica, llevé a cabo un cuestionario en línea con 50 personas heterosexuales con el fin de ampliar la visión sobre el tema y mostrar todo el sesgo que existe en la comprensión del clóset y el “salir del clóset”. Esto podría pensarse, de cierta forma, en términos de Bertaux (1989) como “casos negativos” que pongan en contradicción el modelo” (p. 92), aunque este autor lo observa como los relatos otras personas que pertenezcan a categorías menos exploradas, en este caso voltear la mirada hacia la visión heterosexual me permitió contraponer las experiencias de mis informantes con el “contexto heteronormativo” (Serrato y Balbuena, 2015, p. 178) en el cual los sujetos tienen que enunciarse como homosexuales.

Así pues, la importancia de preguntarle a personas heterosexuales lo que entienden por “salir del clóset”, entre otras cosas, no radica en las respuestas, sino en cómo estas respuestas se relacionan con lo que mis informantes relatan. En la investigación de Serrato y Balbuena (2015), ellos emplearon la lógica de “casos negativos” entrevistando a varios familiares de sus informantes homosexuales. En el caso de la presente investigación, no me

⁶ Que llevan la imagen de una empresa o producto específico en el empaque.

fue posible recabar más relatos, ni entrevistar a los familiares y amistades de mis informantes, por lo que decidí emplear esta otra técnica para poder contar con este contraste.

De forma similar, la limitante temporal no me permitió llevar a cabo estas pequeñas entrevistas de forma personal, por lo que decidí recurrir a las herramientas tecnológicas disponibles actualmente para llevar a cabo un cuestionario que podía ser contestado en línea. Lo anterior plantea una serie de ventajas y obstáculos en sí mismo, puesto que la facilidad de compartir dicho cuestionario mediante un URL vía mensaje de texto y redes sociales también impedía filtrar quién respondía las preguntas. El cuestionario estuvo activo desde finales de julio de 2019 y hasta las primeras semanas de septiembre del mismo año, periodo durante el cual lo compartí entre diversos contactos a quienes, a su vez, pedí que lo compartieran con personas que estuvieran interesadas en contestarlo. En este sentido las 50 personas que completaron el cuestionario residían, en su mayoría (90%) en la Ciudad de México, e incluso un par lo contestaron desde Estados Unidos y Barcelona y se dividían en 80% mujeres y 20% hombres. Dentro de este grupo, la mayoría se encontraba en un rango de edad de entre 25 a 30 años (28 personas) y solo dos respondientes de más de 40 años. Asimismo, 84% afirmó tener una relación cercana con una persona no heterosexual y 100% afirmó conocer la expresión “salir del clóset”.

La falta de profundidad del instrumento tampoco permite indagar más allá en el relato de los respondientes ni en los factores que los llevaron a contestar de la forma en que lo hicieron. Sin embargo, dado que no se planteó una metodología mixta, ni el objetivo inicial de este cuestionario era llevar a cabo un análisis cuantitativo y estadístico de las respuestas, tampoco existen grandes complicaciones para emplearlo en el análisis. El motivo principal por el cual decidí llevar a cabo este cuestionario no era para contrastar la visión heterosexual con la homosexual, o siquiera para poder contradecir lo que pudieran pensar los sujetos heterosexuales de la experiencia de salir del clóset, sino que me parecía algo necesario para poder, de nueva cuenta, tomar un poco de distancia y analizar el objeto de estudio desde otra perspectiva, una menos involucrada, si así se pudiera decir.

En estricto sentido, para conocer y analizar la subjetividad de los varones homosexuales, parecería incluso extraño preguntarle qué piensa del “salir del clóset” a alguien que no ha recorrido los mismos caminos de una persona homosexual. Empero, con

esta investigación no solamente quiero develar las distintas experiencias y negociaciones de los sujetos homosexuales con la sociedad, sino cuestionar también este proceso, desnormalizarlo para poderlo ver como un proceso que surge de la desigualdad e injusticia en una sociedad que aún posiciona la heterosexualidad como la norma. Para mí era necesario contar con un referente simple para luego complejizar un proceso que dista mucho de serlo.

Un proceso en común

Sería falso decir que el acercamiento a este tema tiene un componente meramente académico y que no atraviesa mi propia subjetividad. Al ser un varón homosexual pasé por situaciones similares a las que algunos de mis informantes me compartieron, por lo que no me costó trabajo empatizar con ellos. Por otro lado, aunque las distancias entre ellos y yo eran cortas, por ejemplo, todos mis informantes contaban con educación universitaria y estaban empleados o recibían un ingreso mensual, las diferencias eran sustanciales. Aquí me parece importante resaltar que hubo ciertos factores que incidieron en el *rapport* generado entre los informantes y yo, iniciando por la diferencia de edades.

Para explicar este punto utilizaré el ejemplo de Edgar, un hombre de 59 años que vive con su pareja desde hace más de 10 años. Luego de agendar nuestra cita por teléfono, Edgar me recibió en su casa (la cual describiré a grandes rasgos en líneas posteriores) y casi de inmediato inició nuestra conversación. El primer punto que me llamó la atención fue el peso que le daba a su trayectoria profesional como ingeniero, detallando cada uno de los puestos en los que ha trabajado y haciendo hincapié en que nunca ha dejado un trabajo por mal desempeño, sino por otras circunstancias. Luego de unos minutos relatando sus diversas experiencias profesionales, la misma conversación llevó a que Edgar me contara que a él le gustan los hombres “por hombres”. Con esto se refería a que a él no le gustaban ciertas transgresiones de las normas de género, como puede ser el travestismo o los “amaneramientos”; ante esto y viendo de reojo mis uñas, en ese momento pintadas con esmalte verde, realicé un movimiento sutil para esconderlas debajo de mis muslos.

De acuerdo con Taylor y Bogdan, el entrevistador tiene la obligación de generar un ambiente cómodo para llevar a cabo la conversación con su interlocutor, en sus palabras “en la entrevista cualitativa, el investigador intenta construir una situación que se asemeje a

aquellas en las que las personas hablan naturalmente entre sí sobre cosas importantes” (1996, p. 120). Sin embargo, aunque me gustaría pensar que este movimiento fue calculado con base en mi estrategia metodológica, lo más acertado sería calificarlo como un reflejo cuasi involuntario que en muchas otras ocasiones he llevado a cabo, como en el transporte público, o en sitios donde no estoy seguro si la persona frente a mi tenga una actitud de rechazo frente a este elemento “femenino” presentado en mi cuerpo de varón. Este suceso lo narro, no por presentar un juicio ante la forma de pensar de Edgar, sino para recalcar que, a pesar de que ambos somos parte de un mismo grupo minoritario (los hombres homosexuales), esto no quiere decir que las experiencias hayan sido las mismas, ni que nuestra visión del mundo se asemeje, por lo cual es vital analizar los relatos de mis entrevistados como unidades compuestas de diversos y complejos factores, más allá, incluso, de la orientación sexual.

Estas distancias entre el entrevistado y el entrevistador también las noté en una de mis conversaciones con Fernando, otro de mis informantes con más de 40 años. Durante la entrevista varias veces se transitó la idea de que hoy en día los jóvenes LGBT “la tienen más fácil” y que, incluso, ya no les es necesario “salir del clóset”. Los argumentos de Fernando para tener esta postura se respaldaban en el incremento en la visibilidad de la comunidad en el ojo público, las muestras de afecto desinhibidas y un componente más subjetivo, y bastante común entre los informantes, que refiere a la “intuición de madre”, desde la cual para un hijo no es necesario explicitar que es homosexual ante su madre, puesto que ella “siempre lo presintió”. La validez (o no) de esta idea la problematizaré más adelante en la tesis, sin embargo, lo importante a resaltar aquí es que en este punto de la conversación mi papel como entrevistador viró 180 grados y, por unos momentos, fui entrevistado, ya que Fernando me preguntó directamente: “tú no se lo tuviste que decir a tus papás, ¿o sí?” Ante mi respuesta afirmativa Fernando dudó y atribuyó el hecho de que yo sí hubiera declarado mi homosexualidad a mis padres como algo inusual, pero que quizás tendría que ver con que soy de una generación mayor a los jóvenes que él tenía en mente, como sus sobrinos adolescentes.

Como lo resalta Tinat, “el investigador tiene un proyecto de conocimiento, donde el distanciamiento respecto al objeto es necesario para el análisis” (2014, p. 33), no obstante, aquí el distanciamiento era complejo de dilucidar ya que había muchos puntos en común:

orientación sexual, nacionalidad, acceso a oportunidades similares, acceso a la educación formal, sin embargo, y sin el afán de suponer que existen distintas clasificaciones, algunos de mis interlocutores y yo éramos gays muy distintos.

Reflexiones

A lo largo de estas líneas quise explicitar la ruta metodológica que seguí para llevar a cabo el trabajo de campo en esta investigación, tomando en cuenta las decisiones, expectativas y realidades que éste trajo consigo. Con el fin de plantear la base para el análisis me pareció importante resaltar las implicaciones que tuvieron mis propias coordenadas como un sujeto que forma parte del grupo que estudia para llevar a cabo las distintas técnicas empleadas. Y no solo eso, sino también como varón homosexual, sino como alguien con una experiencia particular que difiere y se cruza con los diversos relatos que componen los datos de la investigación.

Además de esto, este relato metodológico busca transparentar el camino recorrido durante el periodo de tiempo destinado al trabajo de campo, en aras de que quien lea esta tesis pueda comprender los contextos en los que se obtuvieron los datos y el razonamiento detrás del análisis de la información obtenida. Los siguientes capítulos muestran el análisis basado en los datos empíricos recabados durante el tiempo de trabajo de campo.

Capítulo III

La identificación de la diferencia y la construcción del clóset

El objetivo de este capítulo es doble. Primero busco exponer las formas en las que mis informantes se identifican en oposición a la expectativa de la heterosexualidad. También abordaré los distintos episodios en los que la sexualidad y la experimentación se juntan con el reconocimiento de las normas de género, en el entendido de que estas normas no afectan por igual a todos los informantes. Segundo, pretendo analizar cómo esta identificación de la diferencia se pone en juego con distintos elementos que llevan a la construcción del clóset.

Mediante el análisis de los relatos de mis informantes, propongo que el clóset no es estático ni es igual para todos los sujetos. El clóset debe ser analizado de manera contextual y a partir de las experiencias subjetivas de quien lo construye. Aunado a esto, me interesa plantear que el clóset no es completamente anterior al sujeto, sino que, como lo exponen Serrato y Balbuena (2015) “es una construcción dialéctica que se explica a partir de la heteronormatividad” (p. 173); en este sentido, el clóset se construye a la vez que éste construye al sujeto mismo. Estos procesos se dan en una relación multidireccional, por lo tanto, es sugerente analizar de forma crítica la idea de que las personas “entran” al clóset, como si éste existiera previo al sujeto autónomo y, de esta forma, éste desapareciera una vez que el sujeto logra librarse de las expectativas de género que le son impuestas. Es importante cuestionar esto ya que, en principio, los procesos de sujeción no pueden verse como algo que inicia y concluye en momentos específicos.

Aquí quisiera explicitar cómo estoy entendiendo las normas de género y los procesos de sujeción en la construcción del clóset. Primero, me parece importante resaltar, como lo expone Butler (2001b), que “[l]a “sujeción” es el proceso de devenir subordinado al poder, así como el proceso de devenir sujeto” (p. 12), lo cual reafirma el planteamiento de la autora respecto a que no es posible hablar de un sujeto “esencial” existente previo a las normas, sino que es a partir de la subordinación a las normas que el sujeto llega a formarse. Sin embargo, esto no quiere decir que los sujetos sean meras copias de las normas, como tampoco lo son sus acciones. En el ámbito de la sexualidad, como indica Butler, “la sexualidad que surge dentro de la matriz de las relaciones de poder no es una simple réplica o copia de la ley misma

(...) [sino que] involuntariamente movilizan posibilidades de “sujetos” que no sólo exceden los límites de la inteligibilidad cultural, sino que efectivamente expanden las fronteras de lo que, de hecho, es culturalmente inteligible” (2001b, p. 63). Dicho lo anterior, en el caso del presente análisis, cuando indico que el clóset no es completamente anterior al sujeto, no me refiero a que el sujeto sea anterior a las normas, en tanto que el clóset no es la norma *per se*, sino que es un recurso biopolítico que funciona también a partir de las normas. Destaco, entonces, como lo mencionan Serrato y Balbuena (2015) que los sujetos no están en una posición de pasividad absoluta ante la heteronorma, sino que ellos mismos demuestran agencia para construirse, a partir de las decisiones que toman con base en las distintas normas y restricciones que se les presentan al ser homosexuales en contextos heteronormados.

Antes de entrar de lleno en este capítulo, me permito hacer una salvedad más. Aunque lo problematizaré a lo largo de las próximas páginas, es conveniente puntualizar que los relatos que presento a continuación se dan en el contexto mexicano, el cual no es solamente uno. Más allá de que mis informantes vengan de distintos estados del país, o incluso de distintas zonas de la Ciudad de México, no todos ellos han vivido el mismo México como hombres homosexuales. Aquellos que vivieron los inicios del Movimiento de Liberación Homosexual y los que se identifican más con la Diversidad Sexual han experimentado países distintos; así como quien nació y creció en algún estado en el que, aun hoy, los derechos de la comunidad LGBTTTI+ son cuestionados y negados, tendrá otra visión de quien tiene a la CDMX como referente. Al puntualizar esto no quiero decir que los relatos sean tan particulares que no puedan existir puentes entre unos y otros; más bien quiero resaltar que las normas de género y, por consiguiente, la heteronormatividad no son idénticas para todos los sujetos, por lo que el análisis está, como dice Bertaux (1989) en el traslado de estas diversidades individuales al “objeto sociológico”.

Para llevar a cabo los objetivos delineados en esta introducción, divido el capítulo en cinco subapartados en los cuales desarrollo las ideas expuestas anteriormente. En las siguientes páginas abordaré, en primer lugar, la sexualidad infantil y adolescente como medio y espacio para la identificación de la diferencia sexual, así como los inicios de la construcción del clóset. El segundo apartado lo dedico a explicar la expectativa de la heterosexualidad en la familia y cómo ésta opera en los sujetos. La tercera sección del capítulo la empleo para

describir, a partir de los relatos de mis informantes, los aspectos socioculturales que se asocian con la homosexualidad y que, por ende, llegan a “delatar” al sujeto inserto en el proceso de construcción de un clóset. Abordo las normas familiares y los estereotipos de género que sostienen los cimientos del clóset. Por último, retomo los elementos más indicativos de la existencia de este dispositivo, que tienen que ver con la agencia que los sujetos entrevistados despliegan para lidiar con la imposición de normas de género. Con esto me refiero a las acciones y/u omisiones que mis informantes llevan a cabo para ser considerados sujetos que aceptan, asumen o rechazan de diversas maneras la ideología heteronormativa.

La sexualidad infantil y adolescente

Al preguntar a mis informantes desde qué momento ellos se asumían como homosexuales, todos hicieron énfasis en que no fue algo que sucedió de la noche a la mañana, sino que primero identificaron su atracción por otros varones, incluso desde la infancia, y en ocasiones, exploraron estos deseos sexuales hacia otros varones. Por ejemplo, Edgar⁷ tiene presente una serie de experiencias durante su infancia que le permitieron explorar su atracción a otros varones sin la necesidad de nombrarla o adjetivarla como algo negativo o positivo:

No es que qué pensara, es que todo lo que traía. A los cinco años yo entré a la primaria, y un niño de sexto me gustaba mucho, ¿por qué? no lo sé, me atraía mucho. Yo seduje a un niño de sexto para que hiciera cosas en el baño cuando yo tenía cinco años (...) En cuarto [de primaria] hice cosas con mis compañeros, pero no las veía mal, pero yo no sabía, no entendía eso de las orientaciones, no existía eso de las orientaciones, ni nada de eso (*Edgar, 59 años*).

De forma similar, Fernando⁸ recuerda sus primeros acercamientos a las relaciones sexuales desde lo lúdico. Los juegos con sus vecinos de la cuadra y los toqueteos “por debajo de las

⁷ Edgar tiene 59 años en el momento de esta entrevista. Es originario de la Ciudad de México, donde ha pasado casi toda su vida, excepto algunos años en los que vivió y trabajó en otro estado del país. Vive con su pareja desde hace aproximadamente ocho años y, desde hace varios años, se considera fuera del clóset con su familia, quienes conocen y aceptan a su pareja. Sin embargo, prefiere mantener esta parte de su vida privada y no cree necesario explicitar su orientación sexual en otros ámbitos, como el laboral.

⁸ Fernando tiene 49 años en el momento de realizar esta entrevista. Es originario de la Ciudad de México y actualmente está al cuidado de su madre en la misma casa donde creció. No le gustan las relaciones de pareja y, en cambio, enfoca muchos de sus afectos en los integrantes de su familia. Fernando se considera fuera del

sábanas” desde los seis años, fueron la ventana para identificar su diferencia con la heterosexualidad. Luego de estas primeras experiencias, él describe otro momento con uno de sus vecinos, entre los 14 y 15 años, que fue su inicio a las relaciones sexuales. Este momento es importante porque Fernando identifica los inicios del clóset luego de esta experiencia:

Cuando yo estaba chico, entonces era la convivencia con mi vecino, sí, con mis vecinos había juegos, y dentro de los juegos ya empezaba un poquito la hormona. Y ahí fue cuando tuve la primera relación sexual realmente, sería a los 14 años aproximadamente, ¿sí? Y, no duró mucho tiempo, nos cacharon, otra vez te metes, como que, al clóset (*Fernando, 49 años*).

Estos testimonios son interesantes, ya que ponen en tensión la idea generalizada de que los niños, primero, no son conscientes de la dimensión sexual y de sus deseos y, segundo, si llegan a serlo, esta conciencia se manifestaría desde la heterosexualidad obligatoria. Lo que describen mis informantes también indica que existe un momento, previo al clóset, en el cual la homosexualidad o, mejor dicho, las experiencias homosexuales, se encuentran, de cierta forma, libres de juicios por parte del sujeto. Sin embargo, en estos ejemplos es complicado identificar un momento específico en el cual las fronteras del clóset se comienzan a delimitar, ya que Edgar comprende que, aunque no le parecía algo intrínsecamente malo, decidió no externarlo (fuera de las personas con quienes había tenido estas experiencias sexuales). Este momento también lo identifican Serrato y Balbuena (2015) en su investigación, e incluso destacan la “naturalidad” y “normalidad” que los sujetos sentían en torno a su atracción por alguien de su mismo sexo.

No obstante, aunque aquí los varones se destaquen como agentes sexuales, sobre todo Edgar, quien recalca la acción de “seducir” a otro, es importante tener presente que, como indica Butler (2001b), “[a]unque la dependencia del niño no sea subordinación primaria en la dependencia lo vuelve vulnerable a la subordinación (...)” (p. 18). Es decir que los niños, por encontrarse en una de las etapas más marcadas por la precariedad, entendida como esta

clóset y resalta que él ya no tiene ningún problema con que cualquier persona lo sepa, e incluso lo podría aclarar en caso de que alguien pensara que es heterosexual.

necesidad humana de depender de otro, se encuentran más vulnerables a la subordinación por las normas. Lo anterior quizás se pueda ver de forma más clara en el relato de Diego⁹:

Una anécdota que me ha marcado mucho, tenía un amigo, que era muy buen amigo mío, ay, con el que...nos masturbábamos juntos, de hecho (...) Muy buen amigo (risas). Y siempre jugábamos como a, bueno, no jugábamos, yo no creo que era juego, o sea, por ejemplo, una vez estaba encima de mi, no sé por qué, pero yo sí lo estaba disfrutando y mi papá llegó a mi cuarto y nos vio así y como que fue, pero estábamos con ropa, solamente estábamos como hechos bolas, hecho bolita, uno encima de otro (*Diego, 22 años*).

Diego me contó que luego de este suceso su madre lo cuestionó sobre lo que estaban haciendo, ya que su padre se enfureció al verlos en esa posición, e incluso le prohibieron seguir invitando a su amigo a su casa. En este caso, no es que Diego tuviera una concepción neutra de la homosexualidad, o que pensara que tener este tipo de interacciones sexuales con otros varones era algo aceptado en su familia; más bien, la represión y prohibición automáticas jugaron un papel importante en reforzar la necesidad de un clóset. De esta forma, “la heterosexualidad se produce no sólo poniendo en práctica la prohibición del incesto, sino imponiendo previamente la prohibición de la homosexualidad” (Butler, 2001b, p. 150). Este planteamiento de Butler hace referencia a la noción de melancolía propuesta por Freud, y comprende que la “*prevención* de la posibilidad (...) convierte a la homosexualidad en pasión no vivible y pérdida no llorable” (p. 150); es decir que, desde el disciplinamiento biopolítico, se despoja al sujeto de la posibilidad de los vínculos homosexuales.

Por otro lado, César¹⁰ tuvo una experiencia similar con un amigo con quien también solía masturbarse. Como él lo recuerda, su abuela fue quien lo cuestionó sobre lo que hacían ambos cuando estaban solos en su cuarto, pero César evadió el tema. No obstante, tampoco se dio un rechazo explícito a la posibilidad de que César fuera homosexual, como sucedió

⁹ Diego es originario del norte del país, pero migró a la Ciudad de México para estudiar la licenciatura en Ciencias Políticas hace varios años. Actualmente es recién egresado de la universidad y se encuentra trabajando en una instancia de gobierno. Su familia, compuesta por su madre, padre y tres hermanos/as menores, sigue viviendo en su ciudad de origen. La familia de Diego es conservadora y mantienen esquemas tradicionales de género en los cuales su madre es ama de casa y su padre es el proveedor económico. En el momento de la entrevista Diego tiene 22 años y recién ha compartido su orientación sexual con sus familiares, y sigue en proceso de lograr que su padre pudiera aceptar que él fuera homosexual.

¹⁰ César tiene 21 años en el momento de esta entrevista. Es originario de la Ciudad de México, donde ha estado toda su vida. Actualmente estudia la licenciatura en Derecho y trabaja de medio tiempo como asesor en una instancia de gobierno. César vive con sus padres, su hermano menor y su abuela, sin embargo, al momento de la entrevista, aún no les había compartido que es homosexual.

con la familia de Diego. En ambos casos se puede notar la concepción de la sexualidad como algo prohibido o ajeno a la infancia y la adolescencia. Sin embargo, vale la pena discutir el hecho de que, a pesar de estos dispositivos disciplinarios como la familia y su constante vigilancia, la sexualidad no se reprime del todo, o no en el sentido en el que el que se esperaría. En el relato de César es claro que las acciones de su familia no resultan en una represión de su deseo erótico, sino que, como explica Butler (2001b) retomando a Foucault, “el aparato disciplinario fracasa a la hora de reprimir la sexualidad precisamente porque el aparato mismo es erotizado” (p. 115).

Hay otros varones, como es el caso de Jair¹¹, quien, similar al relato de Diego, nació y creció en un estado conservador del norte de México, que sí expresan una cierta represión de la sexualidad. Jair recuerda una identificación temprana de su atracción sexual por otros niños, incluso, como Edgar, experimentó episodios de lo que él llama “sexualidad infantil” con compañeros y niños de su misma edad. Sin embargo, lo que me interesa resaltar del caso de Jair es que, a diferencia de otros informantes a quienes “cacharon”, Jair mismo fue quien “bloqueó” estos episodios por parecerle algo “perverso”. Aquí, a pesar de que Jair exponga que no fue directamente la noción de ser homosexual, o de desviarse de la norma de sexo-género, lo que lo llevó a ignorar su orientación sexual, no podemos separar la homosexualidad de la “sexualidad en general”, puesto que son instancias que se forman también desde la subordinación al poder y a las normas. En otras palabras, aquí la heteronormatividad se encuentra en acción, ya que, como la concibe Granados (2002), ésta “prescribe la heterosexualidad como una asignación “natural” y procede de la diferencia biológica asociada a la reproducción de la especie” (citado en Serrato y Balbuena, 2015, p. 165). Lo que se puede leer en el relato de Jair es que, la sexualidad es algo prohibido durante la niñez porque no existe esta posibilidad “natural” para procrear en esta etapa de vida, por lo tanto, estas expresiones deben ser reprimidas.

A partir de estos ejemplos se pueden ver los factores involucrados en la construcción del clóset, los cuales, más allá del rechazo familiar explícito y violento hacia la

¹¹ Jair tiene 30 años en el momento de la entrevista. Es originario del norte del país en donde realizó el grueso de sus estudios. Hace varios años migró a la Ciudad de México para realizar estudios de posgrado, mediante los cuales conoció a su pareja actual, con quien actualmente vive. La familia de Jair es conservadora, sobretudo su madre, quien practica la religión cristiana y con quien tuvo más conflictos al declarar su orientación sexual.

homosexualidad, involucra, en gran medida, la censura de la sexualidad en la infancia. En este tenor, vale la pena resaltar que la exclusión de la sexualidad de los temas que son aptos para explorarse durante la niñez no es algo que se vea únicamente en sujetos homosexuales. De hecho, como lo expone Robinson (2012), aludiendo al debate en torno al acceso de los/as niñas a una ciudadanía sexual, la sexualidad se percibe como una de las fronteras tajantes entre el mundo de los adultos y el de la infancia. De esta forma, la autora indica que la sexualidad no es únicamente un saber que los adultos encuentran incómodo e inapropiado para la niñez, sino que sostiene relaciones de poder importantes entre adultos y niños que, a su vez, operan como reguladores de los sujetos. Los/as niñas, de acuerdo con Robinson, se vuelven marcadores del *status quo* heteronormativo. Esto quiere decir que la ciudadanía “normal” y “natural” es la de los sujetos heterosexuales, por lo tanto, para los homosexuales, ser considerados como ciudadanos sexuales queda fuera de sus opciones.

Dicho lo anterior, en las próximas líneas abordaré, precisamente, las maneras en que la expectativa de la heterosexualidad afecta en diversas maneras a los sujetos, a partir de los relatos de mis informantes.

La expectativa de la heterosexualidad y la familia

La existencia del clóset está intrínsecamente relacionada con el hecho de que la homosexualidad no se encuentra, como lo pone Diego, al igual que Robinson (2012), dentro de una canasta de posibilidades de ser del sujeto. En el caso de mis informantes, si bien se destacan algunas situaciones en las que integrantes de la familia, o incluso amistades, “ya sabían” o “presentían” que podrían llegar a ser homosexuales, lo cierto es que ninguno de los varones que entrevisté inició su proceso de aceptación con la premisa de que ser homosexual pudiera ser parte del orden familiar y social. En el apartado anterior describí las formas en las que mis informantes identificaron que eran distintos debido a su atracción por personas de su mismo sexo, sin embargo, este descubrimiento no hubiera sucedido de no de no ser por la prescripción de la heterosexualidad desde la familia.

Butler (2001b) indica que “si el sujeto se produce mediante el repudio, ello quiere decir que se produce por una condición de la que, por definición, se encuentra separado y diferenciado” (p. 20). Con esto podríamos decir que, al crecer en un contexto

heteronormativo, los sujetos homosexuales se encuentran distanciados, y a la vez oprimidos por las normas. Para empezar a desarrollar este tema, emplearé el relato de Fernando. Durante nuestras conversaciones, él me indicó que era algo común en las reuniones familiares imaginar su vida de acuerdo con el modelo heterosexual; es decir, que se casara con una mujer y tuviera hijos con ella:

En la familia siempre era el *ay, ahora que tengas tus hijos, ¿no?*, empezando por la mamá, por el papá, por los tíos más cercanos. Y después llegabas a las reuniones y *¿por qué no tienes novia?*, y *¿cuándo la novia?* Y mi abuelita, en ese entonces, también *ay, hijo y ahora que ya tengas tus hijos, van a ser muy altos como tú ¿no?*, o, *van a ser blanquitos como tú*, [y yo] *ah, sí abuelita*, pero realmente no, pues, todavía no identificabas tú realmente qué es lo que pasaba ¿no? (*Fernando, 49 años*).

En este fragmento se puede notar que la homosexualidad no llega siquiera a ser una opción de vida para el sujeto, no por el rechazo explícito hacia ella, sino porque el esquema familiar no contempla que un hombre pueda, siquiera, ser soltero o no ser padre. Como lo indican Serrato y Balbuena (2015), “[e]s por la fuerza de estas ideologías [la heteronormatividad] que en la conformación de la vida social e interacciones cotidianas se da por hecho que todas las personas son heterosexuales y que los hombres, masculinos y heterosexuales, deben cumplir con los roles que les han sido asignados” (p. 165). El relato de Fernando refleja todas las imposiciones de género que se asume se cumplirán por el simple hecho de tener un cuerpo de hombre.

La expectativa de la heterosexualidad tiene distintos niveles y matices más allá del rechazo o la imposición. En primer lugar, la invisibilización y la evasión de la homosexualidad como parte de las temáticas familiares es algo más frecuente en los testimonios de mis informantes que el rechazo o las ofensas directas, aunque, por supuesto, las últimas también están presentes. Para Fernando, esta invisibilización tenía que ver con la falta de información sobre temas de género y de sexualidad durante la época en la que él creció. Como él lo recuerda, no había necesidad de hablar de la homosexualidad en familia porque el único referente que se tenía de alguien homosexual era el de “la jotita”¹², quien,

¹² El término “jotita” hace referencia a un varón con rasgos delicados, culturalmente visto como “afeminado”.

hoy en día, él incluso cree que era una mujer trans. Por lo tanto, al no identificar a nadie que encajara en ese estereotipo, no había necesidad de tocar el tema en las discusiones familiares.

De manera similar, Edgar explica que éste tampoco era un tema que siquiera se tuviera en el horizonte dentro de su familia, salvo cuando, como él lo pone, había las “reprimendas normales al hacer berrinche”, en las cuales se les ordenaba a los varones no ser “mariquitas”. También recuerda una anécdota en la cual varios tíos alardeaban de haber golpeado a un travesti, luego de sentirse atraídos hacia esta persona y descubrir que tenía genitales masculinos. Fuera de estos episodios en los que ser homosexual era, no solo ajeno, sino algo que ameritaba ser violentado, la homosexualidad no existía dentro del universo familiar de Edgar. Es importante resaltar esto, ya que, a pesar de los episodios sexuales que Edgar cuenta en el apartado anterior, vivir una vida como hombre homosexual no fue una opción que él contemplara como posibilidad, incluso durante un periodo de su vida en el que llevó a cabo trabajo sexual con otros hombres, no por dinero, como él lo pone, sino para “satisfacer su apetito”. Lo normal para Edgar hubiera sido casarse con una mujer y tener una familia como hombre heterosexual, por lo tanto, aquí el clóset se construye como un dispositivo de asimilación de la norma, más que de evasión de ésta.

De manera similar, Santiago¹³ reflexiona sobre los motivos que lo llevaron a sentir, en su infancia, que había algo distinto en él, incluso algo “malo”, con relación a otros varones de su edad:

Ah, porque yo siempre veía [en] las películas, y todo eso, que se casaban y todo lo demás. Siempre [había] una idea de hombre y mujer, hombre y mujer, hombre y mujer; nunca te das una idea [de] hombre-hombre. Entonces, siempre son los temores o las cosas ¿no?, y más que recibes el ejemplo de tus papás. Ah, que están casados, me tengo que, tengo que ser y casarme igual como ellos. Son las ideas que tienes (*Santiago, 53 años*).

Retomando a Robinson (2012), aquí es notable la manera en que la familia y, en el caso de Santiago, los productos mediáticos-culturales actúan como espacios “normalizadores” del “buen” ciudadano sexual. Por lo tanto, en este afán por posicionar la heterosexualidad como

¹³ Santiago tiene 53 años en el momento de entrevistarlo. Actualmente vive en la Ciudad de México aunque pasó buena parte de su vida en Veracruz. Estudió ciencias de la comunicación y, actualmente, trabaja en una instancia de gobierno, por lo que prefiere mantener su orientación sexual privada y que nadie en su trabajo lo sepa. Él destaca que la relación con su familia es buena, en su mayoría, y que es aceptado por ellos, sobretodo por su madre.

la única posibilidad viable, los/as niñas identifican el matrimonio como el contexto “natural” y “normal” al cual deben aspirar.

En contraste, como lo pone Diego, al ser valorizado como algo negativo, hablar sobre la orientación sexual de alguien de la familia era parte del tabú que abarcaba el tema de la sexualidad. Los cuchicheos o hablar a escondidas sobre algún primo gay o una prima lesbiana era algo común, sobre todo cuando había niños/as presentes en la conversación. En su relato, como en el de Fernando, la presión para tener una pareja del sexo opuesto fue también un factor recurrente durante su adolescencia, así como la iniciación sexual con trabajadoras sexuales, como era la costumbre entre sus amistades. Incluso, Diego describe lo que él concibe como una racionalización por parte de su papá para convencerse a sí mismo de que su hijo era heterosexual:

Obviamente para mi papá, eh, yo creo que fue por etapas, en la primaria se le hacía raro, como, *¿por qué se llevará con puras mujeres?*, y ya, la secundaria que es cuando se supone que uno empieza la, esta cosa de, la sexualidad, y tener novia, ya era *no, está bien, de seguro era una cita o está saliendo con una morra, le gusta una morra y por eso va con sus amigas, ¿no?*, y yo feliz de que mi papá creyera eso (*Diego, 22 años*).

Ciertamente, esta invisibilización no es, en todos los casos, una cuestión directamente negativa para mis informantes, ya que servía de mediador ante el rechazo familiar. Por ejemplo, César relata que, durante su adolescencia, su casa era el lugar donde solía tener encuentros sexuales con sus amigos, ya que, al ser dos varones, su familia no encontraba nada raro en que estuvieran solos. César me dijo que luego de uno de estos episodios con un amigo, y por algo que él achaca a la falta de experiencia, la posibilidad de que él sea homosexual aparece en la mente de sus familiares. Esto deja ver que la invisibilidad de la homosexualidad es inestable y requiere también de un esfuerzo constante del sujeto para mantenerla así:

Pero por ejemplo él [su amigo], pues, cuando nos venimos [eyaculamos] y todo, sabía [que debía] tener como el rollo de papel al lado y ya, te limpias, me limpio y ya, el papel va al drenaje (...) Yo no sabía eso, o sea, sí me daba curiosidad, pero nunca me pasó por la cabeza. Entonces, luego, él fue a mi casa una vez, lo mismo, papel pa' limpiarnos (...) era así como de una bola de papel, ya, la tiro al bote de basura. Yo no contaba con que mi abuela iba a ver la basura (...) Entonces, mi mamá como de *oye eh, tu abuelita encontró algo raro en el bote de basura y pues, quiero saber si eres gay*. Y yo, *no, no*, y me dice *¿no hiciste nada?* [Y le respondo] *no, no* (*César, 21 años*).

De alguna manera, estos testimonios permiten analizar cómo el que la homosexualidad no sea una opción viable dentro de las expectativas familiares, permite que el clóset opere y sea operado por los sujetos en dos sentidos. El primero, para evitar el rechazo directo por parte de la familia, y, el segundo tiene que ver con la forma en que los sujetos evitan tener hacer una declaración sobre su orientación sexual. Dado que esto es un punto central en esta investigación, más adelante en el capítulo ahondaré sobre las formas en que los sujetos deciden afrontar estas expectativas sobre su orientación sexual.

“¿Se me nota lo gay?” – aspectos socioculturales que delatan la homosexualidad

De acuerdo con Sedgwick (1990), la imagen del clóset puede resonar para múltiples minorías oprimidas por cuestiones de raza, género, cuerpos diversos, etc. Sin embargo, es indicativa de la homofobia, en específico, en tanto que responde a una opresión que no se basa en un “estigma visible”, como lo puede ser el color de la piel, por ejemplo. No obstante, en el siguiente apartado quiero discutir que, si bien no pueden equipararse, tampoco es tan sencillo decir que la homosexualidad es algo que escapa lo visible. Con esto me refiero a que, ya que el clóset funciona como un dispositivo de la biopolítica a partir de la heteronormatividad, la orientación sexual y el género se vuelven parte de la misma expectativa. Como lo describe Butler, “[l]o masculino y lo femenino no son disposiciones, como a veces sostiene Freud, sino, por el contrario, son logros que emergen junto con la consecución de la heterosexualidad” (p. 150). En este sentido, asumir la orientación sexual de una persona mediante la asociación basada en estereotipos de género y en actitudes y rasgos de personalidad que un hombre o una mujer deben o no tener es algo, hasta cierto punto, común y es algo que también reflejan los datos obtenidos en mi investigación.

A partir de las respuestas del cuestionario que realicé a 50 personas¹⁴ heterosexuales, el 36% de los/as respondientes (18 personas) cree que la orientación sexual es, de hecho, algo notorio, que puede detectarse incluso cuando la persona no lo explicita. Dentro de los factores que se describen para sustentar estas respuestas se encuentran las “formas de expresarse”, las “actitudes”, el “actuar como el género opuesto”, la vestimenta y el lenguaje corporal, todas

¹⁴ Para más información sobre cómo se llevó a cabo este cuestionario, consultar el apartado metodológico de este documento.

estas intrínsecamente ligadas a normas binarias de género. Por el otro lado, 48% (24 personas) de las respuestas enfatizaban que la orientación sexual no se puede identificar a primera vista y que, de pensarlo así, se estaría estereotipando y juzgando a los sujetos en cuestión, el 16% (8 personas) restante no respondió la pregunta. El objetivo de resaltar este punto no es llegar a la conclusión verdadera sobre si se puede o no identificar la orientación sexual de una persona sin que ésta lo explicita, sino analizar los distintos aspectos pueden llevar a pensar que alguien es, o no, homosexual.

La frase “se me notaba que era gay” fue también algo recurrente en las entrevistas realizadas, incluso cuando hacían esta afirmación, por lo menos nueve de los diez entrevistados comentaron que habían tenido contacto con varones a quienes podían identificar como homosexuales, sin saberlo *de facto*. Al indagar sobre este punto en las entrevistas, surgen algunos puntos que hacen eco con las nociones de “actitudes” o “gustos” antes mencionadas. Por ejemplo, Ernesto¹⁵ describe una suerte de comunicación tácita a partir de los códigos inscritos en la vestimenta, así como un contraste directo con los varones heterosexuales que hacen que alguien pueda ser identificable como homosexual:

Como en, no sé, o sea, yo siento que entre nosotros identificamos algo. Siento que, de rasgos físicos, o formas de comportarse, no sé, algo que lo hace distinto a los güeyes heterosexuales, al güey que se la pasa jugando futbol todo el día y tiene su novia, o algo así. O sea, no sé, algo me decía, ¿sabes? (*Ernesto, 27 años*).

Ernesto incluso emplea, a manera de adjetivo, el término “gay” para distintas cosas, más allá de la orientación sexual de una persona. Por ejemplo, al referirse a cierto tipo de prenda como “muy gay”, o al ambiente de su preparatoria como “muy gay”, él reafirma que existen ciertas normas de masculinidad que delinear lo que es y no es apropiado para un hombre heterosexual, por tanto, entran en el terreno de “lo gay”. Él también entiende que alejarse de estas normas, como tener novia o jugar futbol, sería un indicador de una orientación sexual disidente. Por otro lado, no solo es esta intuición a la que Ernesto hace referencia, lo que le

¹⁵ Ernesto tiene 27 años en el momento de esta entrevista. La mayor parte de su vida la lleva a cabo en la Ciudad de México, aunque vive en el Estado de México con su familia. Estudió Ciencias de la Comunicación y actualmente trabaja en una empresa. Él se describe como “fuera del clóset” con todo mundo menos con su familia, con quienes, a pesar de que él está seguro que lo saben no lo ha compartido explícitamente.

hace saber que ciertos elementos forman parte de un repertorio que marca la divergencia de la norma:

Incluso me acuerdo una vez me compré yo unos tenis que me encantaban, en prepa, pero eran abiertos (...) eran como medio abiertos, así, de que, tenían agujetitas aquí, y mi papá me los tiró (risa). Así de *no, esto es de mujer*, y yo *ajá, pero yo me lo compré*, y él así de *no, no los vas a usar*, y me lo tiró (risas), y yo *bueno, no y ya* [risas] (*Ernesto, 27 años*).

En este segundo ejemplo de Ernesto, la represión violenta (tirar los tenis), refuerza estos límites binarios de los cuales el sujeto no tiene permitido salir. De esta forma, además de la expectativa de la heterosexualidad, el resguardo y protección de la masculinidad se vuelve central para formar el sujeto al que su padre aspira que Ernesto sea.

Por otro lado, la experiencia de Diego es interesante, ya que el rechazo a la desviación de las normas de género en torno a las actividades y los gustos permitidos para un hombre y para una mujer son muy evidentes. Por ejemplo, recuerda de manera clara las reprimendas por parte de su padre al expresar su gusto por la música pop, ya que para su padre ésta era “de putos”. Un punto para resaltar es el papel que jugaba su hermana en esta distinción binaria, ya que, desde pequeños, ambos mostraron interés por cosas que rompían con el orden de género. Respecto a esta defensa férrea de la masculinidad, Butler apunta que “mientras más hiperbólica y defensiva sea una identificación masculina, más intensa sea la carga homosexual no llorada” (2001b, p. 154). Por ejemplo, Diego relata que los juguetes permitidos para él eran los carritos a escala, mientras que a su hermana se le permitía jugar con muñecas, sin embargo, resulta que ninguno de los dos estaba contento con esta división, ya que él quería jugar con las muñecas de su hermana y viceversa:

Pero no, no podíamos. Yo me quedaba con el maldito carrito, y ¿sabes qué?, yo siempre lo hice, o sea, por eso te digo que yo creo creé un papel de niño, construí una persona diferente a mí, porque con las, cuando había gente sí, yo ahí jugando con el carrito *uuuh, qué cool, Mustang, uff*, pero cuando estaba solo, o cuando estaba con mi mamá en mi casa y que nadie me miraba, porque siempre fui una persona que me aislaba mucho, siempre me gustaba estar en mi cuarto o en mi computadora, pues, se me salían joterías (*Diego, 22 años*).

Me interesa resaltar estos casos, ya que sirven para comprender las distintas formas en que operan estos aspectos delatores de la homosexualidad. Por un lado, con Ernesto, el rechazo de su padre es claro; sin embargo, esto no resulta un mecanismo para negarse a sí mismo la

posibilidad de explorar estos gustos, incluso resalta que posteriormente tuvo la suficiente confianza para enfrentarse a este rechazo. Sin embargo, en el caso de Diego, las diversas prohibiciones lo llevaron a, como lo menciona, ocultarse y solamente expresar aquello que era repudiado por sus padres cuando estaba a solas en su cuarto. Además, en las reacciones del padre de Diego es posible observar de qué forma la heteronormatividad conjunta el rechazo de la homosexualidad con el rechazo a las transgresiones de género y la imposición de un esquema en el que se observa “una cultura de melancolía de género donde la masculinidad y la feminidad emergen como las huellas de un amor no llorado y no llorable [y] se ven fortalecidas por los repudios que llevan a cabo” (Butler, 2001b, p. 155).

Para Pablo¹⁶, estos aspectos también formaron parte en la construcción del clóset, en tanto que había una constante corrección de gestos asociados con la feminidad. La frase “no hables como niña” lo dejó marcado desde pequeño, así como la diferenciación entre él y los varones heterosexuales, en especial con su hermano heterosexual, la cual identifica desde muy temprana edad:

Claro, antes, de niño, a mí me gustaba *Xuxa* y me gustaban las sandalias rositas que promocionaba y escuchaba a Gloria Trevi y bailaba las de Gloria Trevi... mi hermano el mayor y yo nos peleábamos por la grabadora en ese entonces para que... yo quería poner mi casete de Cri-Cri y él de Caló en ese momento. Entonces, estaba como muy marcado el débil y el rudo (*Pablo, 32 años*).

Con estos ejemplos me interesa desarrollar dos puntos importantes. Por un lado, está la relevancia de los productos culturales como la música, o los gustos musicales, en la distinción generizada y la aplicación de las normas de masculinidad, y, en un plano más abstracto, se encuentra la división antónima entre lo débil y lo rudo. La relevancia de la música en esta discusión tiene que ver con que el clóset opera más allá de la orientación sexual, esto quiere decir que el clóset no funciona exclusivamente como dispositivo para ocultar la orientación sexual *per se*, sino que también ejerce sus límites en otros ámbitos de la vida de los sujetos, como las decisiones sobre un estilo de vida determinado, los gustos,

¹⁶ Pablo tiene 32 años en el momento de la entrevista. Desde pequeño vivió al sur de la Ciudad de México y, actualmente, vive con su pareja de hace más de siete años en un departamento hacia el centro de la ciudad. Pablo tuvo muchos conflictos para aceptar su homosexualidad y para compartirlo con su familia, especialmente su padre biológico, quien practica el Cristianismo. Él identifica un cambio en su vida desde que conoció a su actual pareja, quien lo ayudó a aceptarse a sí mismo y poder compartir aspectos de su orientación sexual con su familia. Al momento de entrevistarlo, Pablo había cortado la relación con su padre.

la música que se escucha, los juguetes que les divierten y las prendas que visten. Sin embargo, estos elementos funcionan de distinta forma en la experiencia particular de cada sujeto. En el caso de Diego, el hecho de que a él le gustara jugar con las muñecas de su hermana, o cierto tipo de música eran aspectos que debían reprimirse, mientras que, para Pablo, estos rasgos funcionaban a modo de distinguir las diferencias entre hermanos.

César identifica los aspectos que delatan su homosexualidad los mucho más cuando los observa en otras personas. Al preguntarle sobre los recuerdos que tenía de alguien homosexual en su infancia y adolescencia, él recuerda a una de sus vecinas de la cuadra a quien primero conoció presentada como un varón gay y posteriormente transicionó como mujer trans. Sobre ella, a quien apodaban “La Diablita”, César comenta que los rasgos que la identificaban en un inicio como alguien no heterosexual eran, en primer lugar, la vestimenta muy ceñida al cuerpo, sobretodo en un momento en el que este tipo de prendas no “estaban de moda” entre los varones. En contraste, él me explica que este tipo de identificadores nunca fueron algo que le preocuparan en su persona, ya que él nunca ha tenido un interés particular de resaltar mediante la ropa que usa, lo cual se debe, en sus palabras, a que “siempre ha tenido mal gusto para ello”. Sin embargo, sí hay una constante referencia en la narración de César a que, a pesar de que él no considera que su orientación sexual sea algo “obvio” o que puede percibirse a primera instancia, a veces algún ademán con las manos o una inflexión particular en la voz pueden confirmar las sospechas de otras personas. Este aspecto también lo resalta Pablo, mientras me cuenta que a él le sorprende cuando algunas personas le dicen que “no se le nota lo gay”, sobretodo porque él considera que es muy “torcido”. Al preguntarle qué significa para él esta expresión, me explica que tiene que ver con el lenguaje corporal de los hombres homosexuales femeninos, en los cuales “van caminando y se tuercen al caminar”.

Además de los aspectos discutidos anteriormente, existen otro tipo de factores que inciden en la especulación de la orientación sexual de mis informantes, ligados también a estereotipos de género, aunque más orientados a normas de organización social. Por ejemplo, a pesar de que Jair no recuerda haber tenido particular afinidad por cosas culturalmente catalogadas como “femeninas”, uno de los momentos sustanciales que él identifica en la

relación con su padre es cuando le contó que quería estudiar una licenciatura orientada al ámbito de las artes:

Cuando tenía 18 iba a entrar a la universidad y, pues, iba a estudiar en una universidad privada, entonces, pues, era importante que mis papás supieran qué iba a estudiar. Mi papá se negaba a que yo estudiara letras, le parecía súper improductivo y súper inapropiado, pero sí, en su momento me dijo *a ver, tu hermana estudió arte y está bien porque es mujer, pero tú no puedes estudiar letras ¿no?* (*Jair, 30 años*).

Este ejemplo tiene otro matiz sugerente: en este conflicto se conjuntan, por un lado, la posibilidad latente de que Jair pudiera ser homosexual, y por otro el dejar de ser hombre a ojos de su padre, a partir de la elección de actividad productiva (o, en este caso, no productiva). Más tarde me indicó que incluso a él le parecía inusual que este punto fuera un desacuerdo tan sobresaliente con su papá, incluso cuando pudieron haber existido otros episodios que pudieran ser mucho más indicativos de su orientación sexual:

Estoy pensando que me da mucha risa que con ciertas cosas pequeñas se les notaba cierto disgusto, pero cuando estaba en la secundaria, con los compañeros de la secundaria, en los festivales de fin de curso hacíamos tal cantidad de joterías [risa], que no puedo creer que no protestaran. O sea, bailábamos Britney Spears [risas] ¿sabes? (...) Y aparte era como, los tres mariconcillos del salón, dígame, otros dos y yo, [risas] y las tres niñas del salón, así, hacíamos toda la coreografía de la nueva canción de Britney, la bailábamos en el festival de fin de curso por voluntad propia, y mis papás jamás dijeron nada de eso, pero pues sí, era una cosa muy de cultura homosexual, ¿no? [risas] (*Jair, 30 años*).

Quisiera contrastar lo que cuenta Jair con la experiencia de Diego, ya que en ambos casos se puede distinguir la figura paterna como alguien que incide de forma importante en las decisiones de sus hijos. Además, ambos informantes crecieron en estados conservadores del país, dentro de una familia organizada a partir del modelo tradicional, en el cual la madre se dedicaba a las labores domésticas no remuneradas y el padre era el proveedor económico. A pesar de estas similitudes en las circunstancias de ambos sujetos, se pueden ver dos modelos distintos de masculinidad, los cuales abordaré más a detalle en el siguiente apartado. Lo que me interesa resaltar aquí es que estos aspectos delatores de la homosexualidad deben ser analizados de manera contextual. A partir de los datos de estas entrevistas no podría decir que escuchar música pop o jugar con muñecas son cuestiones que influirán en la construcción del clóset o que serán reprimidas cuando el sujeto está inserto en un contexto

heteronormativo, sino más bien quiero hacer hincapié en que tanto la heterosexualidad obligatoria como la necesidad de salvaguardar la masculinidad trabajan en conjunto para suprimir cualquier factor que pueda indicar una disidencia y, sobre todo, que pueda hacer esa disidencia algo notorio.

Es importante recalcar que la represión de estos elementos que atentan contra el orden de género en los sujetos no se da de manera unidireccional desde el exterior hacia la persona, sino que el sujeto mismo toma parte mediante una suerte de autorregulación. Con esto quiero decir que el sujeto no queda a merced de las normas impuestas, sino que es a partir de ellas que también se construye el sujeto. En términos de Butler, “aunque se trata de un poder que es *ejercido sobre* el sujeto, el sometimiento es al mismo tiempo un poder *asumido por* el sujeto, y esa asunción constituye el instrumento de su devenir” (2001b, p. 22). Incluso cuando esta estrategia sea ocultar ciertos gustos o rasgos de la personalidad, como lo explica Diego, o bien, imponerse ante la norma, como en el caso de Jair y su padre, el sujeto demuestra agencia para tomar ciertas decisiones que inciden en la construcción del clóset. A continuación, detallaré con mayor detenimiento la forma en que pude observar cómo operan las normas familiares de género en los relatos de mis informantes, así como las estrategias que despliegan ante ellas.

Aprender a ser hombre – normas familiares y estereotipos de género

En las entrevistas realizadas para esta investigación la familia es uno de los ejes primordiales para la construcción del clóset de mis informantes. Si bien existen otras esferas, como las relaciones de amistad, la escuela, el trabajo, es en la familia, como también indican Serrato y Balbuena (2015), donde las normas de género se ven mucho más claras y donde los sujetos identifican mayor interacción con ellas. En este sentido, quisiera notar que en todos los relatos identifiqué que la organización familiar de los sujetos se estructuraba con base en relaciones patriarcales. Si bien no el padre no siempre es la mayor figura de autoridad, en todos los casos las normas que imperan son las que buscan formar a estos sujetos a partir de la idea tradicional de “ser hombre”.

Esto se nota con mayor intensidad en las narraciones de varones que ocupan un lugar de “primogénitos” en su núcleo familiar. Por ejemplo, para Edgar ser el hermano mayor

implicaba tener un lugar específico en la organización al interior de su familia. Como él lo describe, quienes llevaban la batuta de las decisiones eran, normalmente, las mujeres, en específico su madre. Dentro de esta organización, la cual él nombra como un “matriarcado”, hay dos cosas que resaltar, por un lado, la concepción del poder está en las mujeres de la familia. Sin embargo, este poder está ligado al hecho de que ellas hacían que la dinámica familiar marchara, es decir, eran ellas quienes se encargaban de que todo mundo despertara a tiempo, hiciera sus labores, tuviera qué comer, además de ser las proveedoras de apoyo emocional.

Por otro lado, aunque Edgar identifique este poder en las mujeres de su familia, también tiene clara la importancia de la figura patriarcal. Esta dualidad se puede distinguir cuando Edgar describe que en su infancia era muy importante darle un lugar de autoridad a la figura del abuelo, sin embargo, quien “regía” era su esposa, la abuela. Asimismo, este mando fue heredado desde su abuela hacia su madre, para finalmente terminar en él como el “matriarca” de su familia. De esta forma, aunque quienes tomaran las decisiones fueran las mujeres, o ciertas mujeres, la figura del patriarca era imprescindible. Durante nuestras conversaciones él me contó un episodio que ilustra bien estos puntos:

En la mesa siempre, y eso fue un problema que yo tuve muy fuerte con un primo, por lo menos, siempre con ese matriarcado y esas reglas familiares de la parte de mi mamá, en la cabecera, en una cabecera principal se sentaba la mamá, exactamente en la otra cabecera, el hijo mayor, sea hombre o sea mujer, preferentemente siempre se sentaba el varón, si era mujer, tenía que haber un varón para sentarse en la cabecera, y luego se repartían los lugares hacia la derecha o hacia la izquierda, a la derecha el segundo y a la izquierda el otro, el tercero, y así se iban. Y siempre del lado izquierdo se sentaba el marido (*Edgar, 59 años*).

El conflicto al que se refiere Edgar es justamente un episodio en el cual, durante una reunión familiar, su primo mayor usurpó, de cierta forma, su lugar en la mesa (la cabecera), ya que, dadas las normas, ese lugar le correspondía. Según lo relató mi informante, en esta reunión su madre obligó a Edgar a que le cediera el lugar a su primo, aludiendo a la jerarquía por edad que imperaba en la familia. Como se puede ver en el relato de este informante, el género funciona en conjunción con la edad, como un aspecto estructurante de las dinámicas familiares. Nada de lo que se describe en la cita anterior es improvisado, sino que hay

lineamientos que se deben seguir para que el control parental funcione, sin importar las susceptibilidades de los miembros específicos.

El caso de la madre de Edgar es interesante, puesto que, a pesar de ser una mujer que podría catalogarse como transgresora durante su contexto, que era profesionalista, dentro de un campo mayoritariamente masculino (ingeniería), también era la principal responsable de las labores de cuidado en su hogar. De hecho, como lo recuerda Edgar, su padre “no jugaba ningún papel” en este orden familiar, y con quien él se identifica mayormente es, justamente, con su madre. Esto lo resalto porque aquí no es la figura del padre autoritario la que impone las normas de género en el sujeto, como veremos más adelante con Diego, sino que éstas se reproducen y se salvaguardan desde la figura materna. La relevancia de esto tiene que ver también con la forma en la que Edgar incorpora las normas en la construcción del clóset y de sí mismo, ya que en su relato no se nota una oposición directa a las normas de género, sino una aceptación sin cuestionamiento de éstas. Lo anterior se materializa también en los cuerpos que él desea, puesto que, en los primeros minutos de nuestra primera conversación, Edgar me explicitó que él es homosexual, y no solo eso, sino que a él le gustan los hombres “por hombres”. Es decir, que él busca otros sujetos que tengan, de cierta forma, las mismas normas de género que él, incorporadas en su comportamiento y en sus gustos.

En contraste, el caso de Diego permite analizar el papel del padre como única figura de autoridad en la familia. De acuerdo con lo que narra, ser el primer hijo, además de ser varón, llevó a que su padre depositara en él una serie de expectativas, sumadas a la heterosexualidad, encaminadas a construir un sujeto a imagen y semejanza de él mismo. A diferencia de Edgar, quien no brinda particular importancia al rol de su padre, Diego recalca que, mientras crecía, él estaba en un constante conflicto entre lo que él quería hacer y las cosas que a él le gustaban y las imposiciones de su padre. Un ejemplo claro de esto es la forma en la que se esperaba que Diego se vistiera cuando era niño. Por un lado, al venir de un contexto rural del norte del país, la vestimenta del padre de Diego, quien se dedica a la ganadería, involucraba dos elementos clave: botas y sombrero; por el otro, Diego creció en la intersección del contexto rural de su padre y la vida en la ciudad más grande de su estado. En ese sentido, este informante recuenta las incontables veces en que su padre lo obligaba a usar esta indumentaria al igual que él, para distintas ocasiones, en su mayoría para realizar

actividades relacionadas con el negocio familiar, pero también en ocasiones sociales “con puros hombres” en las cuales era importante que los amigos del padre vieran esta similitud entre ambos.

Además de estas tensiones entre el gusto de Diego y el gusto de su padre, de manera más amplia, también existían normas familiares que reforzaban el orden de género tradicional. De forma similar a lo que explicaba con la narración de Edgar, las normas familiares se materializaban durante la comida:

Yo tenía que irme, yo recuerdo que siempre había una diferencia muy marcada cuando comíamos, en quién comía primero, ¿no? Siempre comían primero los hombres, y yo me tenía que sentar en la mesa a comer con los hombres y al final comían ya todas las mujeres, mi abuelita y demás. Pero, o sea, podía sentarme con ellas, pero mi deber como hijo, varón, era sentarme a comer con mi papá, mis tíos o los amigos de mi papá que iban a visitar o cualquier cosa, ¿no? (...) [mi abuelita] siempre sí nos marcó muchas cosas como *la cocina es de mujeres, ¿no?, tú no puedes estar aquí, si tú quieres algo, tienes hambre yo te lo cocino y yo te lo doy, tú no vayas a preparártelo* (Diego, 22 años).

La distinción entre estos dos ejemplos es que en el caso de Edgar y la organización alrededor de la mesa se puede notar una alusión a la complementariedad entre hombres y mujeres, en tanto que, en la línea de los binarismos que expone Sedgwick (1990), como componentes de la cultura occidental, debía existir cierto equilibrio, jerárquico sin dudas, entre hombres y mujeres, el cual se encarnaba en los lugares alrededor de la mesa. Mientras tanto, en la familia de Diego hay una asimetría mucho más cruda en la jerarquía familiar: los hombres comen primero y son servidos por las mujeres. En este sentido, Diego tenía acceso a los privilegios que le daba el ser varón en su familia, sin embargo, también estaba sujeto a las responsabilidades y expectativas de género. En este ejemplo se puede observar este resguardo de la masculinidad, no solo a partir de la represión de su padre, sino que se entreteje una red entre todos los miembros de la familia. Aquí también es importante resaltar que el orden y la protección de la masculinidad tienen un propósito más claro, y es justamente el de rechazar la homosexualidad. Además de la vestimenta, para el padre de Diego, por ejemplo, como he mencionado anteriormente, había límites de género muy claros que un varón no debía cruzar, a menos que quisiera parecer “puto”.

En este punto, el contexto en el cual Diego crece y se desarrolla toma mucha relevancia, puesto que es originario de un estado del norte de México en el cual el

narcotráfico se vuelve parte importante de la cultura y, sobretudo, de la construcción de masculinidades. Diego recuerda que su padre tenía un gusto particular por los narcocorridos¹⁷, algo que difería diametralmente con los intereses de mi informante, quien gustaba de la música de intérpretes pop estadounidenses como Lady Gaga. Para Diego, estaba casi prohibido compartir esta música con su padre, y si lo llegaba a hacer recibía muestras fuertes de rechazo. A partir de este repudio hacia sus gustos musicales, él comprende que no puede compartir gustos que se encuentren en contraposición con lo que su padre considera “adecuado” para su hijo mayor.

Desde otro punto de vista, en los relatos de Fernando y de Santiago, las reglas son vistas como elementos formativos, y no restrictivos. Por ejemplo, en su relato, Fernando, como Edgar, recuerda que su padre biológico nunca tuvo un rol importante en su formación; sin embargo, los distintos hombres que él ubica como figuras paternas cumplieron, junto con su madre, con este papel disciplinario. Uno de ellos, su tío, lo presionaba para cumplir con aspectos institucionalizados de la masculinidad mexicana como el trámite de la cartilla militar, así como la imposición de otro tipo de reglas mucho más asociadas a la represión de la homosexualidad. En una de nuestras charlas, Fernando narra lo siguiente:

Pero, gracias a él tuve la cartilla y después ya tuve mi pasaporte y he viajado y todo ¿no? Él fue muy severo, muy rígido, fue el que me mandó a decir que sí, que le tenía que bajar unas rayitas a mi putería, porque no tenía por qué hacerlo, y sí, tenía razón, la verdad es que no tenía yo por qué andar de jotita, porque nunca lo fui, y, además, te digo, con mi fisionomía me veía hasta ridículo (*Fernando, 49 años*).

Este pequeño extracto posibilita el análisis de la visión de las normas para Fernando como un aporte a la construcción de sí mismo como sujeto. Asimismo, lo que relata este informante permite ver la forma en que la heteronormatividad funciona al servicio de la biopolítica, no solamente desde la familia, sino desde el Estado. Por un lado, esto lo veo a partir de la mención de Fernando a la cartilla militar como un rito de paso necesario únicamente para los varones. Lo que él recuerda es la intervención de su tío para realizar este trámite; sin embargo, aquí también se está imponiendo la heteronormatividad en tanto que los cuerpos

¹⁷ El narcocorrido es un subgénero musical de carácter popular que surge como variación del corrido mexicano. Las temáticas de los narcocorridos se enfocan en la filosofía de vida, normalmente asociada a la vida de goce y lujos y la muerte prematura que viene con la narcocultura derivada del crimen organizado en México.

de varón son sujetos por el poder del Estado a cumplir una función específica que, en la época a la que Fernando se remonta, seguramente a finales de los años 80, en México era obligatorio para los varones mayores de edad presentar este documento para acceder a una ciudadanía completa.

Por otro lado, Fernando hace alusión a que su “putería” era algo que molestaba a esta figura paterna. De acuerdo con lo que menciona inmediatamente después, se puede deducir que Fernando está empleando el término “putería”, que en otros contextos podría hacer alusión a la promiscuidad de una persona, como un sinónimo de “jotería”, en el sentido de los amaneramientos y comportamientos calificados como “femeninos”. Para el caso de este informante podrían existir distintas lecturas sobre esta represión de la jotería, sin embargo, como lo explica, para él tenía coherencia, puesto que, más bien, la jotería no era parte de su comportamiento cotidiano, era algo ajeno, sin razón de ser. La familia para Fernando es prácticamente el núcleo más relevante en su vida y, al igual que los dos casos anteriormente presentados, ser el primogénito traía consigo una suerte de responsabilidad adicional, sobretodo en las labores de cuidado como lavar la ropa a mano, cuando su madre no podía hacerlas.

Para Santiago, de forma similar a Fernando y a Edgar, las normas que le permitieron aprender a ser hombre también tenían un componente correctivo. Es decir, buscaban suprimir los aspectos que lo alejaban de la imagen ideal de masculinidad en su familia y que, por ende, podrían delatar su homosexualidad, como abordé en la sección anterior. Como él lo cuenta, las rectificaciones a su comportamiento estaban muy ligadas a su presentación y lenguaje corporal. Aquí, las frases “hable como hombre”, “no titubeé”, “camina derecho”, son algunas que lo marcaron durante su infancia, y que, a pesar de que en su momento le molestaban, hoy las agradece, pues le permitieron tener conciencia de su comportamiento para, justamente, poder reprimir todo aquello que pudiera delatar su orientación sexual.

Lo anterior tiene que ver con los referentes de masculinidad con los que Santiago creció: hombres fuertes, con cabello corto, propios, “muy machines, muy rectos” y mujeriegos. Mientras que este último aspecto no estaba dentro de las posibilidades de Santiago, los demás fueron rasgos que incorporó a su comportamiento con el fin de poder ser hombre en esos términos. Otro aspecto normativo que abona a los anteriores es la

distinción tajante en las actividades apropiadas para varones y para mujeres. Como lo describe este informante, durante su infancia, las actividades lúdicas estaban diferenciadas para niños y niñas:

Debían de sentarse bien, que no debían hacer juegos con hombres, que deberían ponerlas ahí, a jugar niñas con niñas y niños con niños. Hasta para dormir ¿no?, los niños de un lado y las niñas de otro, siempre así, cosas que a cada quién lo distinguían, estos juegos son para ellas, y estos juegos son para ellos (*Santiago, 53 años*).

Estas distinciones no son ajenas a las experiencias de otros informantes como Jair, quien, además de las discusiones con su padre sobre lo que debería o no estudiar, también recuerda episodios en que su madre reprimía actos inocuos como el que Jair quisiera aprender a tejer:

Entonces, llevé el tejido a la casa y tejía en la casa, bueno, mi mamá un día, o sea lo encontró en mi cuarto y lo tiró. Y como que, o sea como que nunca logré, o sea le reclamé, porque además ya estaba en la prepa, me quedaba muy claro que ella pensaba: *no está bien que mi único hijo hombre esté tejiendo en su casa (Jair, 30 años)*.

Luego de contarme este episodio, Jair enfatiza que, en general, a pesar de que él notaba que sus padres no estaban de acuerdo con las actividades extracurriculares que él elegía, nunca le prohibieron hacer cosas. Menciono esto con el fin de contrastar la experiencia de Jair con las de Edgar, Diego y Fernando, tres varones primogénitos en su familia nuclear. Jair, en cambio, se encuentra en una coyuntura especial entre ser el hijo menor, pero también el único varón, con dos hermanas mayores. En este sentido, Jair no sufría las represiones de la magnitud que Diego detalla, ni tampoco ubica esta responsabilidad adicional frente a la organización familiar, sin embargo, sí tiene presentes episodios en los cuales las normas de género y su aplicación en aras de proteger su masculinidad eran claras. Por supuesto, esto no es algo que se puede generalizar a partir de los datos presentados; sin embargo, resulta sugerente pensar la posición, tanto etaria como jerárquica, que ocupa el sujeto en la organización familiar, como un aspecto que puede llegar a incidir en la forma matizada en que opera la heteronorma.

Otro punto que me gustaría retomar en este apartado tiene que ver con la identificación de la diferencia de algunos de mis informantes frente a los varones heterosexuales con los que interactúan. Esta distinción tiene que ver también con los aspectos socioculturales que

llegan a denotar la orientación sexual de los sujetos; sin embargo, en este punto me gustaría resaltarla como el posicionamiento de los sujetos frente a las normas de género. Por ejemplo, al cuestionar a César y a Ernesto sobre qué los hacía diferentes a ellos de los varones heterosexuales, ambos distinguieron el interés en los deportes como un diferenciador clave, es decir, el que ellos no tuvieran menor gusto por jugar fútbol, por ejemplo, los separaba de sus “pares”. En esta línea, César es mucho más enfático en otros aspectos, cuando explica por qué durante su adolescencia tenía relaciones de amistad con más mujeres que con hombres:

Es que los vatos hetero eran bien pendejos. En secundaria, neta, [era] muy incómodo estar con un güey que, no sé, solo piensa en meterle su pito a las morras ¿no? O ese tipo de cosas estúpidas, honestamente (*César, 21 años*).

Aquí es posible notar que la postura de César frente a este modelo de masculinidad no solo es una de diferencia, sino que la rechaza categóricamente. Esto no quiere decir que por rehuir de las relaciones con este tipo de varones el sujeto también rechaza la heterosexualidad obligatoria, sino que es un elemento más en la construcción de un clóset particular. De esta forma, también es interesante analizar las distinciones entre los informantes más jóvenes y los mayores de 40 años y su relación con las normas.

Como he venido exponiendo, los tres informantes que pertenecen a esta generación mayor (Edgar, Fernando y Santiago) mantienen un discurso que los posiciona como sujetos coherentes con las normas, en tanto que observan este orden de género como algo “natural”, que, por lo menos en sus años formativos, no estaban para cuestionarse, sino para ser incorporadas en su forma de actuar y pensar. Por otro lado, los informantes más jóvenes (Diego, César, Ernesto, Jair y Pablo) expresan una posición mucho más crítica ante la imposición de las normas que buscaban encausarlos hacia los ideales de masculinidad designados dentro de sus familias. De manera especulativa, aunque no concluyente, se podría decir que esta distinción tiene que ver con los diversos contextos históricos en los cuales mis informantes crecieron, específicamente en relación con el desarrollo del movimiento político de liberación homosexual y el acceso a información enfocada a la diversidad sexo-genérica.

A manera de recapitulación de lo expuesto en esta sección, el aprender a ser hombre va de la mano de la represión de todas aquellas manifestaciones que puedan poner en peligro

los roles establecidos de género. A partir de los testimonios de mis informantes, afirmaré que estas normas pueden interpelarles en dos sentidos; el primero tiene que ver con la idea de norma como una camisa de fuerza que reprime las acciones del sujeto, mientras que, en ciertos casos, los sujetos las identifican como elementos que han abonado a su formación. No obstante, incluso cuando las normas se manifiesten como algo restrictivo, es importante retomar que los sujetos no quedan sin agencia para actuar en respuesta a ellas. Por lo tanto, a continuación, plantearé algunas de las estrategias que identifiqué en mis informantes para lidiar con las diversas normas que enmarcan este orden de género.

Agencia y estrategias para lidiar con las normas de género

A partir de las narraciones de mis informantes he mostrado que las normas de género afectan de maneras distintas a los sujetos; sin embargo, mi objetivo en estas páginas es también cuestionar la idea de que el contexto heteronormativo subordina a los varones homosexuales, y enfatizar que, al desplegar una serie de estrategias para sortear las normas éstos demuestran agencia al elegir uno u otro camino para navegar entre las distintas imposiciones del género. Quisiera plantear un diálogo entre lo que plantea Butler (2001b) y lo que propone Saba Mahmood (2006) en relación con la agencia y la resistencia de los sujetos subordinados al poder. Por un lado, Butler indica que “el poder que opera en el sometimiento se manifiesta (...) en primer lugar, como algo que es siempre anterior al sujeto, está fuera de él y en funcionamiento desde el principio: en segundo lugar, como efecto voluntario del sujeto” (p. 25). De este modo, la autora comprende que es a partir del sometimiento como se da el proceso en el cual “el sujeto se convierte en garante de su propia resistencia y oposición” (p. 25). Por otro lado, Mahmood sugiere que la agencia sea pensada no como la resistencia a la dominación, sino como la capacidad de actuar de los sujetos ante relaciones específicas de subordinación.

Me interesa este diálogo ya que las estrategias que observo en los relatos de mis informantes van, de cierto modo, por esos dos caminos que las autoras plantean. Por un lado, está la capacidad de actuar acorde a una relación de subordinación, asumiendo de cierta forma la heteronormatividad para poder ser inteligible, aunque no necesariamente procurando una resistencia a las normas y, por otro, están las estrategias que, como dice Butler, en la asunción

del poder se encuentra el devenir del sujeto. Entiendo que estas ideas están en diálogo, más que ser opuestas, ya que ambas autoras están conscientes de que los sujetos asumen las normas, sin embargo, el matiz se encuentra en que Mahmood (2006) no necesariamente ubica una resistencia obligatoria ni constante de los sujetos ante las normas. En el caso del clóset, justamente son estos dos polos los que se pueden identificar, ya que para algunos de mis informantes estas estrategias de asimilación de las normas eran un medio para sobrevivir, y también un “instrumento de su devenir” (Butler, 2001b, p. 22), mientras que para otros varones, la asunción de las normas tiene que ver con que éstas forman también parte de sus ideales morales, por lo que no indican un posicionamiento de resistencia ante ellas.

Para plantear este argumento, elijo dos estrategias principales que identifiqué como recurrentes en los testimonios de mis informantes: lo que llamaré la “pantalla heterosexual”, la cual engloba la negación, o bien, ocultar de la homosexualidad y, en la otra cara, retomo la oposición del sujeto, explícita o tácita, a las normas. Esta pantalla heterosexual tiene que ver con distintos aspectos y es, para varios sujetos, solamente una pieza en esta construcción del clóset. El caso más emblemático para explicar este concepto, entre los varones entrevistados, es el de Diego. La experiencia de este informante estuvo muy marcada por la relación con su padre y por la imposición de diversas normas basadas en estereotipos de género. Esta constante presión llevó a Diego a crear una suerte de personaje, al cual él llama “el Diego heterosexual”, la cual, según el relato de este informante, era una identidad estratégica que lo lleva a asumirse como tal durante un periodo de tiempo. En este sentido, Diego reconoce que la constante negación de la homosexualidad se mezcló con decisiones específicas que tomaba para acercarse al ideal de masculinidad que su padre esperaba:

Entonces, *no lo soy, no lo soy, no lo soy, no lo soy*, y no lo fui. Y, en prepa, creo que fue un momento en que me lo creí y sí tuve encuentros, empecé a salir con chavas, tenía una novia y todo y creo que en ese momento fue, pues sí, se me quitó la idea de esto de que era gay (*Diego, 22 años*).

En particular, tener parejas del sexo opuesto era algo que ayudaba a Diego a reafirmar esta pantalla heterosexual de manera efectiva, no solo con su familia, sino también con sus amistades y con él mismo. Según su relato, al llegar a estudiar a la Ciudad de México, el salir con mujeres le sirvió como estrategia para contrarrestar estos otros aspectos tácitos que hacían que las personas que empezaba a conocer pensarán que era homosexual:

Me decían, *es que yo creí que eras gay cuando te conocí, pero luego me di cuenta que no, porque sí salías con chavas y tenías como cosas con chavas, ¿no?*, y dije no, o sea, y a partir de eso fue, y realmente nunca ellos me cuestionaron, o sea si no que yo les preguntaba, pero me decían *ah, sí sospechaba o si sabía pero no estaba muy seguro porque, pues, sí salías con chavas y todo, ¿no?* entonces, por eso (*Diego, 22 años*).

No obstante, Diego también tiene presente que estaba en una constante lucha por que esta pantalla no se difuminara. Para ilustrar, mi informante me habla acerca de su relación con un primo, quien constantemente intentaba fisurar sus esfuerzos, recordándole de episodios de su infancia en los cuales Diego actuaba de manera “afeminada”, a descontento de su padre. En un tenor similar, César también refiere la molestia que le ocasionaban los constantes cuestionamientos directos sobre su sexualidad por parte de uno de sus primos. En el caso de este segundo ejemplo, la estrategia que empleó el sujeto, además de negar la homosexualidad ante la pregunta, fue distanciarse de este familiar:

Y luego, es un primo, también, muy machito, y lo que sí es cierto es como que ese tema, o sea, el clóset, creo que influye en que te separes de la gente, o sea con la gente que lo sabe pues eres más unido, en el caso de este primo, así, en cuanto entré a la prepa [fue una] distancia total ¿no? (*César, 21 años*).

A partir de estos dos ejemplos, cabe recalcar el hecho de que las estrategias y elecciones que los sujetos despliegan durante la construcción del clóset no son simplemente psíquicos, sino que tienen un componente relacional-social fundamental. Cuando me refiero, al inicio de este capítulo, a la idea de que el clóset se construye y a la vez construye al sujeto, quiero indicar que este dispositivo incide en las formas en que el sujeto se relaciona en la vida social.

Por otro lado, además de la negación, la experiencia de César tiene otro componente que merece la pena analizar, sobretodo porque incide directamente en su decisión para no compartir su orientación sexual con su familia y negarla cuando surge en conversaciones. A lo largo de nuestras conversaciones, César me explica que él no ha querido compartir que es homosexual con su familia directa debido a que su hermano menor también es homosexual. A diferencia de Diego, quien también tiene la idea de que una de sus hermanas puede ser lesbiana, pero no lo acepta, el hermano de César es abiertamente homosexual, lo cual ha

derivado en una inhibición para que el mismo César pueda tocar el tema con sus padres, e incluso hizo que él se asumiera bisexual durante un periodo de tiempo:

Como mi hermano sí les dijo así, tal cual, de joven, les dijo chico, yo ya me había dado cuenta, pero sí, desde que me di cuenta dije, como, *no, yo soy bisexual, y me voy a casar, y voy a tener hijos y voy a hacer felices a mis papás ¿no?* Con sus nietos, y a mis abuelos con sus bisnietos. Entonces, dije *no, no, no, yo no soy gay, me gustan los dos en todo caso (César, 21 años).*

Aquí podemos ver que la negación de la homosexualidad se lleva a cabo de distintas formas y en distintas intensidades. Por ejemplo, el nombrarse bisexual es también una divergencia de las normas de género tradicionales, sin embargo, en el caso de César, recurrir a la adopción de la bisexualidad resulta ser más una alternativa a la expectativa de la heterosexualidad en su familia (y suya). Esto no quiere decir que todos los sujetos que se asumen como bisexuales lo hacen como alternativa al rechazo que supone la homosexualidad, sino que, en ciertos casos, como el de César, asumir otra orientación sexual es una estrategia para sortear la heteronorma.

Ahora bien, así como la negación es una forma de manifestar la agencia para sortear las normas, también existen estrategias tácitas como la omisión. Tanto Edgar como Fernando, por ejemplo, hacen hincapié en que ellos no tienen interés en negar su orientación sexual, sin embargo, recalcan que tampoco creen necesario hacerla “notoria”. Al tocar el tema laboral, Edgar me dice que ser homosexual nunca le ha causado conflicto en ninguno de los lugares donde ha trabajado, salvo en dos ocasiones.

La primera de éstas ocurrió de manera indirecta, en tanto que su ascenso en la empresa en la que laboraba se vio interrumpido porque no daba la imagen adecuada para el perfil que se solicitaba, a menos que se casara con una mujer. En este momento, al ver coartado su crecimiento profesional, Edgar, si bien no decide compartir su orientación sexual, opta por salir de este lugar, ya que se da cuenta que nunca podrá ascender. La otra situación en la que este informante ahondó se dio en la última empresa en la que trabajó, en la cual, según cuenta Edgar, se empezaron a esparcir “chismes” sobre su sexualidad entre sus compañeros/as:

Desde mi punto de vista, no creo necesario andar pregonando qué eres o qué te gusta en tu trabajo. Alguna vez tuve algún problema con algunas personas de mi trabajo por algunos rumores que se suscitaron, que no supe nunca de dónde salieron, pero, bueno, salieron. No los desmentí, pero tampoco los negué, nunca hice nada. O sea, digo, nunca negué, nunca dije *no, no, no, no soy*, porque

me dijeron *eres gay*, [a lo que contestaba] *¿y quién te lo dijo? ¿cómo puedes afirmarlo?* (Edgar, 59 años).

Este ejemplo deja ver varias cosas: por un lado, es importante resaltar esta clara división que hace Edgar entre lo público y lo privado, lo que es apropiado compartir en el trabajo y lo que no, la cual abordaré de manera más detallada en el siguiente capítulo. Por el otro, la resistencia de mi informante para reafirmar su orientación frente a estos rumores indica que la construcción del clóset depende, en gran medida de los contextos en los cuales el sujeto se desenvuelve. Para Edgar, mantener una fachada neutra, es decir, sin desplegar una pantalla heterosexual explícita, pero tampoco siendo abiertamente homosexual, es una estrategia clave para su desenvolvimiento laboral.

La experiencia de Santiago tiene ciertas similitudes con el testimonio de Edgar, sobretudo al remarcar que existe una frontera que no se debe cruzar entre lo laboral y lo personal y, por ente, la sexualidad. En la misma línea de lo que refiere Edgar, Santiago prefiere no dar indicios de que su orientación sexual es distinta a la heterosexualidad, e incluso destaca que su apariencia tradicionalmente masculina juega como una ventaja para cumplir este propósito. Aun así, cuando sus compañeros de trabajo “vacilan” acerca de la posible homosexualidad de Santiago, él prefiere poner límites claros y no dar pie a una afirmación de ésta:

Sí, sí, sí, es más, ahorita en el trabajo que tengo, siempre, si quieren hablar de mi vida privada, la verdad no permito porque es mi trabajo y la vida, pues, es aparte, hay que respetar ahí todo eso. Igual, a lo mejor, se podrán imaginar, pero no podrán decir *ay, esto* [es homosexual]. Siempre, te digo, siempre trato de, la imagen, cuidar mucho esa imagen y, de hecho, fíjate, de amigos que tengo y todo, tienen la misma, bueno, a lo mejor es uno selectivo, pero son igual así, tú dices *ay será o no será* [homosexual] (Santiago, 53 años).

El tercer ejemplo que elijo para ilustrar esta mimetización con la norma heterosexual está en el relato de Fernando. Al igual que con los dos informantes anteriores, él tampoco ubica el espacio laboral como un lugar donde la orientación sexual deba ser explícita. No obstante, él explica que, más que hacer un esfuerzo constante por reprimir ciertas actitudes que pudieran “delatarlo”, el contexto en el cual él normalmente está no es tierra fértil para tenerlas. Para Fernando el hecho de que se “note” su homosexualidad no es una preocupación latente, puesto que él está inserto en un ambiente mayoritariamente heterosexual:

Mi familia es heterosexual, mis hermanas son heterosexuales, la mayoría de mis amigos son heterosexuales, mis compañeros son heterosexuales. Entonces, no vivo en un ambiente, además, que sea de gays, no trabajo en peluquería, en centros de moda, no tengo que venderle producto por ejemplo [de belleza] a las mujeres, entonces, pues no necesito nada de eso (*Fernando, 49 años*).

Este testimonio es interesante porque resalta el aspecto relacional entre estos aspectos socioculturales asociados a la homosexualidad (“jotear”), así como el contexto en el cual se desenvuelve el sujeto. De acuerdo con lo que cuenta Fernando, si un varón homosexual no se encuentra constantemente expuesto al “ambiente gay”, no tendría que notarse su orientación sexual.

En contraste con esta visión, quisiera retomar el relato de César para ilustrar otro tipo de relación y posicionamiento frente a las normas de género. Si recordamos la opinión de este informante respecto de los varones heterosexuales de su edad cuando asistía a la escuela, él se posiciona fuera de esa descripción; es decir, César identifica el funcionamiento de un tipo particular de vivir la masculinidad a partir de hablar constantemente de sexo con mujeres, en este caso, y decide distanciarse de ella. Esto genera otro tipo de tensión, ya que, al rechazar la norma, como explico en apartados anteriores, la orientación sexual del sujeto se vuelve socialmente notoria o, por lo menos, se generan sospechas sobre ésta. Entonces, el clóset de César se construye desde la inestabilidad que implica su la voluntad para oponerse a ser como los “vatos heterosexuales” y, por otro lado, su resistencia a romper las expectativas familiares.

Como se deja ver en el discurso de Fernando, el contexto en el cual se desenvuelve el sujeto es algo muy relevante para la construcción del clóset. Para Ernesto, cruzar la frontera entre el Estado de México y la ciudad fue algo que marcó de forma muy clara la forma en la que él decidía presentarse socialmente:

En la secundaria yo nunca salí [del clóset], como, por miedo. Porque, a final de cuentas, vivir en el Estado es bien distinto a crecer en la Ciudad, o sea, porque yo fui a la secundaria en el Estado y, literal, yo sentía que estaba en el pueblo, de que, todo mundo súper macho y *bullies*, ¿sabes? Y ya cuando llegué a la prepa en la Ciudad de México, dije *ok, o sea, esto es otro mundo*, ¿sabes? Súper abierto el pedo, los güeyes se besaban en la prepa y nadie decía nada. Entonces, fue como que llegué a una zona cómoda donde dije *ok, aquí puedo ser quien yo quiera* (*Ernesto, 27 años*).

En este fragmento, los límites del clóset son, incluso, límites espaciales. Ernesto es consciente de que las normas no operan de la misma forma ni en la misma intensidad en todos lados,

por lo tanto, él decide mantener su orientación sexual oculta en los sitios en donde él siente que podría estar en riesgo, dado que la masculinidad se manifiesta de maneras más agresivas. Las narrativas de Ernesto y Diego tienen similitudes, en tanto que el segundo también desplegaba ciertas estrategias ligadas al contexto geográfico. Incluso, al preguntarle, Diego afirmó que de no ser porque migró hacia la Ciudad de México para estudiar, la pantalla heterosexual que había creado seguiría intacta.

En esta parte, mi objetivo fue describir las diversas estrategias que los sujetos deciden llevar a cabo con relación a las normas de género en las cuales están insertos. A partir de los testimonios de mis informantes, pude distinguir, al menos, tres rutas que pueden darse al enfrentarse a las expectativas de la heterosexualidad. Por un lado, están aquellas acciones que buscan mantener la orientación sexual del sujeto desconocida o, incluso negarla, y por otro están aquellas manifestaciones de cierta resistencia a los estándares de masculinidad que se esperan de los sujetos. Conviene también aclarar que el oponer resistencia a ciertas normas y estereotipos de género no quiere decir que esos sujetos no vivan el proceso de construcción de un clóset particular, sino que, es justamente esta agencia para sortear estas imposiciones lo que hace que el clóset sea un dispositivo diverso.

Reflexiones

A lo largo de este capítulo planteé cinco aspectos que, de acuerdo con mi análisis, van hilvanando la lógica de construcción del clóset que intento plasmar a partir de esta investigación. En primera instancia, la censura de la sexualidad infantil como los inicios del establecimiento de la heteronorma, seguido de las formas en que se manifiesta la expectativa de la heterosexualidad por parte de la familia de los sujetos. En el tercer apartado busqué desmenuzar una idea coloquial y que es parte importante de los relatos de mis informantes: ¿ser homosexual se nota? De esta forma, describo los aspectos socioculturales que no están directamente relacionadas a la orientación sexual, pero que fisuran las expectativas sociales respecto a la heterosexualidad. Por último, las dos secciones siguientes refieren a los distintos modos en que los sujetos se relacionan con las normas, así como las estrategias que emplean para soslayarlas, o bien, adaptarse a ellas.

El punto central del capítulo fue plantear que el clóset no es anterior al sujeto, sino que este mismo lo construye en su constante interacción y adaptación a las normas, al mismo tiempo que este dispositivo va formando y construyendo una subjetividad particular. En este sentido, el clóset no es algo que le “pasa” al sujeto, o en el cual está encerrado, sino que, a partir de los testimonios de mis informantes, me permito decir que es un dispositivo que ellos crean, pero que también cuestionan, lo cual deja de lado la idea de que el clóset, o, bien, la heteronorma, deje a los sujetos desprovistos de agencia, a merced de dogmas opresivos. Los sujetos que entrevisté, de hecho, muestran una serie de estrategias que les permitieron (y les permiten) ser a partir de la identificación de su diferencia.

En el siguiente capítulo retomaré las experiencias de estos varones para mostrar la inestabilidad de este dispositivo (el clóset), mediante las formas en que dichos sujetos lo deconstruyen a partir de la reflexión individual, así como en la interacción social.

Capítulo IV

Entre la aceptación y la(s) declaración(es): la deconstrucción del clóset

Hablar de la deconstrucción del clóset es hablar de decisiones. Durante este proceso, el sujeto debe llevar a cabo una serie de acciones que muy probablemente pongan en riesgo su integridad física, emocional, psicológica y social. Tal como lo expresa Eribon (2000), “asumir la homosexualidad es siempre una elección, una decisión. Y esta decisión compromete toda la existencia de un individuo (...)” (p. 27). De esta forma, mientras que la construcción de este dispositivo también está atravesada por la agencia de los sujetos, las decisiones que se toman para mantener oculta la homosexualidad son distintas a aquellas en las que se pone en juego, esencialmente, la vida del sujeto. En estas líneas introductorias quisiera avocarme a explicar detalladamente el razonamiento detrás del planteamiento de un proceso de deconstrucción en vez de una “salida” del clóset. La razón primordial de llamarle un proceso de deconstrucción en contraste con “salida” tiene que ver con el hecho de que, desde el análisis resultado de los relatos de mis informantes, deshacer el entramado de expectativas, estereotipos de género y violencias que sostienen al dispositivo del clóset va más allá de la mera declaración.

Este capítulo se divide en cuatro ejes principales, desde los cuales me propongo explicar algunos de los factores que se ponen en juego durante la deconstrucción del clóset. En el primer apartado abordo la auto-aceptación de la diferencia, me refiero a los momentos cuando el sujeto deja de ser audiencia de su propio *performance* de la heteronormatividad. El camino que recorren los sujetos entre la identificación de la diferencia hacia la auto-aceptación de la misma es uno complejo y no siempre evidente. Como lo reflejan los testimonios de algunos de mis informantes, el reconocimiento social de la homosexualidad no está directamente relacionado con la auto-aceptación, por lo tanto no es un proceso meramente individual, sino que se sostiene también en la posibilidad de socializar esta diferencia. Lo que expongo aquí como apartados no deben ser comprendidos como “pasos de la deconstrucción”, sino como un hilvanado de situaciones y factores contextuales que pueden afectar el proceso de cada sujeto.

En este sentido, dedico el segundo y tercer apartado de este capítulo para analizar la compleja dinámica de las declaraciones de la orientación sexual. Utilizo el plural porque, precisamente, existe una idea generalizada que relaciona directamente la “salida” del clóset con la declaración; sin embargo, a partir de los testimonios de mis informantes, quisiera explicitar que en muchas ocasiones la declaración no es suficiente para romper con el clóset. Ciertamente el poder nombrarse es algo poderoso que ayuda a visibilizar y a poner en la conciencia de los demás este tema, no obstante, como lo recalca Butler (2001a), la mera declaración no garantiza la aceptación del otro, en tanto que “[e]l riesgo de renormalización está siempre presente: consideremos a la persona que “sale del armario desafiadamente” y declara su homosexualidad para recibir como única respuesta “Ah, sí, eres eso y sólo eso”” (p. 106). Ahora bien, no hay que restarle relevancia, ya que para llegar al punto de la declaración es necesario un nivel de auto aceptación importante, aunque tampoco hay que confundir esta última con el proceso de deconstrucción, ya que aquí solamente estoy hablando de cuando el sujeto acepta para sí mismo que es homosexual, no estamos hablando de que el sujeto ha superado los prejuicios, estereotipos y miedos con los que, precisamente, se construye el clóset.

En el último apartado de este capítulo me enfoco en los niveles de la colectividad, en donde, por un lado, abordo la importancia de las manifestaciones colectivas para la edificación de identidades y, por otro, el papel que llegan a jugar las redes sociales en relación con el clóset. En el primer punto resalto, a partir de los relatos de mis informantes y de mi propia experiencia observándola, la Marcha del Orgullo LGBTTTI+ en la Ciudad de México como uno de los eventos más emblemáticos del movimiento político de la diversidad sexual en el país. Finalmente, retomar el papel de las redes sociales surgió a partir de las conversaciones con varios de mis informantes, quienes hicieron que me percatara de la importancia de éstas como estrategias para evitar o maximizar las declaraciones. En resumen, el objetivo principal de este capítulo es mostrar la complejidad del proceso de deconstrucción del clóset, enfatizando que para poder, de hecho, declararse constantemente intervienen múltiples factores sociales, culturales e históricos.

La auto-aceptación de la diferencia

Quisiera explicitar la distinción que observo entre el reconocimiento de la diferencia que describo en el capítulo anterior y la auto-aceptación de esta diferencia (con respecto a la heteronormatividad). Esta distinción es, por supuesto, construida por mí, es decir que no es algo de lo que los sujetos distinguen de manera explícita en su discurso, sino que me parece una separación útil para comprender el proceso de deconstrucción del clóset. En este sentido, estos dos estados pueden llegar a confundirse el uno con el otro, o a fusionarse al grado de no poder discernirlos; sin embargo, para efectos de este capítulo, quisiera comenzar con una idea más simple. El reconocimiento de la diferencia lo ubico desde la construcción del clóset, sobre todo en la comparación del sujeto, sus gustos, acciones, actitudes y deseos, con todos aquellos modelos de ser a partir de los cuales ha sido formado. Este reconocimiento, sin embargo, no necesariamente va de la mano de la auto-aceptación, la cual es parte fundacional del proceso de deconstrucción, ya que va más allá del reconocimiento y da pie al cuestionamiento de la universalidad de dicha normatividad y abraza la posibilidad de la diferencia.

No obstante, estos dos momentos no se dan de forma lineal ni de forma consciente en el sujeto. De hecho, es un proceso con matices particulares muy sutiles. Por ejemplo, recordando un poco la experiencia de Edgar, es posible observar que, en el discurso que él ha construido, no existe, tal cual, un momento de reconocimiento, sino que desde muy pequeño él aceptó su atracción por los hombres como un hecho, lo cual se materializó en diversas experiencias sexuales en la infancia y a lo largo de su vida. Sin embargo, él mismo resalta que esto no significaba que él se asumiera como diferente, o que su propia sexualidad lo llevara a cuestionar la heteronormatividad:

Tenía mi novia, tenía, había planes de casarme, quería tener hijos. Por eso te digo, no es tanto que saliera, porque nunca, yo asumí que, tuve una novia, que hoy es mi mejor amiga, y ella me dijo (...) *me va a costar mucho trabajo si queremos casarnos, porque a ti no te gustan las mujeres*, y yo me quedé *¿cómo no? estamos aquí, -a ti no te gustan*. O sea, ella se dio cuenta y yo no, no que no lo supiera, pero no lo asumía, no que no lo aceptara, porque tenía una larga lista, pero no era, lo normal para mí era haberme casado y tener hijos – qué bueno que no lo hice. Hasta los 38 que fue cuando junté a mi familia y le dije (*Edgar, 59 años*).

Este ejemplo es interesante, ya que hay una suerte de punto de quiebre en el *performance* que, de cierta forma, fuerza al sujeto a asumir que lo que él consideraba su camino de vida “normal” podría, de hecho, no serlo. En el recuerdo que construye Edgar no queda claro el o los porqués de su entonces pareja para afirmar que a él no le gustaban las mujeres, lo cual abona al punto que he propuesto en apartados anteriores sobre los aspectos que “delatan” la homosexualidad. Ya sea que estos aspectos se hagan conscientes o no, es claro que forman parte del proceso de identificación y auto-aceptación de la diferencia.

Con este caso en mente, quisiera proponer un análisis a partir de lo que Goffman (1956) entiende como los equipos dentro del *performance* de los sujetos y la manera en que éstos tienden a funcionar. Como lo describe este autor, los equipos de *performance* (*performance teams*) son grupos de individuos que cooperan en escenificar una “rutina” específica. Ya sea que en el equipo se escenifique un solo *performance* en común, o que cada integrante tenga su propio, que se une en un *performance* común, lo verdaderamente importante es lograr la impresión deseada en la audiencia. En este sentido, Goffman también apunta que un individuo puede tomar distintos papeles dentro de su mismo *performance*, en tanto que puede ser actor y audiencia al mismo tiempo. Esto implica que el individuo incorpora los estándares que busca mantener frente a otras personas para sí mismo también, lo cual trae consigo una necesidad de ocultar ciertas cosas de la propia consciencia. Tomando en cuenta el relato de Edgar podríamos decir que su novia y él formaban un equipo escenificando un *performance* de heteronormatividad, del cual Edgar mismo estaba convencido. Por lo tanto, mientras que él aceptaba y ponía en práctica su deseo homosexual, no concebía la idea de asumir una identidad a partir de su deseo.

Un ejemplo de lo que menciono se puede observar en el relato de este informante, cuando me cuenta sobre la primera vez que un hombre le pagó por tener relaciones sexuales con él:

Alguna vez, dejando a mi novia, nos fuimos a tomar un café a un Sanborns, al Sanborns del Ángel, donde estaba el Hotel María Isabel, como ya era noche yo la puse en un taxi, porque me alcanzaba para el taxi, pero ya no me alcanzaba para regresarme a mi casa, entonces la puse en el taxi, ella se fue a su casa, y yo esperaba el camión. Pasó un carro y me preguntó que cuánto, y yo me subí y, entonces, yo creí que de eso se trataba. Y cobré, y fui, y no lo digo con orgullo, sino como parte histórica, fui el más caro de esa época – acostarse conmigo costaba 30,000 pesos. Estamos hablando de 1978, 77.

Entonces, ¿ahí tenías como 18 años?

18 años, sí. Todos tuvimos 18 años, éramos jóvenes, bellos y teníamos las carnes firmes. No lo hacía por necesidad, porque yo era hijo de familia, lo hacía por satisfacer mi apetito. Que yo supiera que había antros, o que había sitios especiales, no tenía amigos homosexuales, no tenía amigos gays, no conocía a nadie, entonces, yo creí que se trataba de eso (*Edgar, 59 años*).

En este episodio de la vida de mi informante es posible distinguir los matices de cómo opera el clóset. Para Edgar no era necesario reprimir este “apetito” del que habla, sino que coexistía con la pantalla heterosexual que mantenía. Este punto es complejo porque, ciertamente es probable que Edgar no describiera este momento de su vida como una pantalla, lo cual también indica que el clóset es un dispositivo performativo. Los sujetos no siempre están conscientes de estar cumpliendo con este guión heteronormativo, sino que lo observan como lo “normal”, lo “natural”.

Otro caso que me parece interesante de analizar desde esta arista es el de Diego, quien, como se observa en el capítulo anterior, describe este *performance*, del cual él mismo era audiencia, como su “yo heterosexual”. Inclusive, en el discurso que construye este informante, destaca que crecer implicaba “fingir mejor, ser mejor actor frente a mi papá y frente a mi familia, comportarme de una forma y ocultarme mucho como yo era, lo que yo quería. Yo creo que fue por eso que llegó un punto en el que sí me sentía heterosexual, como dicen, una mentira dicha mil veces se vuelve verdad.” (*Diego, 22 años*). Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre estos relatos, en tanto que Diego, ahora, comprende este *performance* como una mentira, mientras que para Edgar se trataba del flujo “normal” de lo que su vida debía ser y no como un *performance*.

Por lo tanto, es muy importante tomar en cuenta el momento histórico en el que estos relatos se ubican, ya que brindan pistas sobre las diferencias entre ambas experiencias. Por un lado, de acuerdo con lo que me contó, este momento en el que Edgar tuvo que asumir su homosexualidad se dio cuando él tenía aproximadamente 18 años, es decir, a finales de la década de los 70. En México, específicamente en la capital del país, estos años vieron surgir los inicios del Movimiento de Liberación Homosexual, lo cual, entre varias otras cosas, significa que vivir públicamente como una persona homosexual no estaba dentro de las posibilidades de vida de Edgar durante su niñez y adolescencia, incluso cuando él asumiera su orientación sexual. Por otro lado, como debido a la formación dentro de una familia

conservadora en el norte del país, Diego tampoco consideraba que ser homosexual estuviera dentro de su “canasta de posibilidades”, no obstante, es necesario diferenciar las dos situaciones ya que, en el caso de Edgar ésta era una situación generalizada, un clóset social en el que la homosexualidad no solo era un factor de discriminación, sino impensable.

Como lo expresó Xavier Lizárraga, “en México nos tardamos 10 años más en despertar en nosotros mismos la dignidad, nos tardamos 10 años en decidirnos a cultivar el orgullo de ser como somos, a reivindicar nuestras diferencias (...)” (Lizárraga en Schuessler y Capistrán, 2018, pp. 350-351). Aquí me detendré un poco porque vale la pena analizar las distinciones entre lo que relatan estos dos sujetos, sobretodo en relación a la posibilidad de ser homosexual en el ámbito público. En el caso de Edgar, aunque, como lo cuenta, desde niño tuvo experiencias sexuales con varones, incluso cuando estaba en una relación heterosexual, dichos episodios se limitaban a satisfacer el deseo sexual. Inclusive, al recordar los años en los que tenía sexo con hombres por dinero¹⁸, él destaca que lo hacía para “satisfacer [su] apetito” y porque, según su experiencia, “de eso se trataba”, es decir que la atracción que sentía hacia los hombres no afectaba al esquema normativo del género a partir del cual Edgar vivía. Como lo expone Butler (2001a), la expresión “identidad sexual” resulta contradictoria, en tanto que “la identidad se forma mediante la prohibición de alguna dimensión de la misma sexualidad que se supone que asume y, cuando está ligada a la identidad la sexualidad se socava siempre de algún modo a sí misma” (p. 117). Al analizar el relato de Edgar desde esta óptica se podría decir que, al no haber una prohibición o una represión explícita o violenta de la sexualidad, tampoco se podría hablar, en ese momento, de la conformación de una identidad sexual.

Como lo ha rastreado Laguarda (2007), la construcción de la identidad basada en la orientación sexual, específicamente el modelo gay, tiene como objeto la agrupación de los sujetos a partir de esta categoría como un grupo específico de personas que, en teoría, se encuentran en oposición o buscan la liberación de los sistemas tradicionales de género, parentesco y reproducción. Este punto es importante ya que resalta el componente social de la identidad, es decir, la identificación con sujetos que forjan un estilo de vida en el cual su

¹⁸ No empleo términos como trabajo sexual o sexo servicio porque mi informante no define esta etapa de su vida desde esa óptica.

orientación sexual es parte fundamental. En el caso de Edgar esto no era así y, mientras que sí aceptaba su deseo homosexual, no lo asumía (ni lo asume) como parte de su identidad. En el caso de Santiago (53 años) y Fernando (49 años), quienes son más cercanos a la generación de Edgar, es posible ver ciertas similitudes, puesto que, como analizo en el capítulo anterior, los tres ubican su homosexualidad como algo que no debe interferir en los aspectos públicos de su vida, específicamente el ámbito laboral.

Recalco de nuevo la importancia que tiene para esta investigación la relación entre la auto-aceptación y la identidad ya que, más que indicar que hay una cierta cronología general y compartida en los procesos de deconstrucción del clóset, me interesa resaltar la diversidad de éstos, anclada al contexto histórico en el que se dan. Para Jair, por ejemplo, la identidad es algo que aparece en un lugar central cuando describe el camino de la deconstrucción del clóset:

Realmente fueron esos tres años de la preparatoria en que ya, como toda la información que había estado recibiendo y todos los problemas que había estado, sí, ehm, como que se asentaron y en realidad, como que la forma en la que afronté la situación fue primero desde la perspectiva de la identidad y después de la de la sexualidad. O sea, como que yo empecé a salir del clóset, digamos, entre comillas, es decir, a decírselo a personas, antes de realmente decir *voy a tener mi primera experiencia sexual*, o antes de decir *voy a buscar ambientes de socialización homosexual* (Jair, 30 años).

Esto no quiere decir que el deseo sexual no tuviera un papel importante en la auto-aceptación de la diferencia para Jair, sin duda fue un detonante, sin embargo, lo que me parece destacable es que, como también lo explica Sedgwick (1990), la epistemología del clóset tiene mucho que ver con los cambios que se han suscitado en el pensamiento occidental (sobretudo el europeo y el norteamericano), los cuales han pasado de observar la homosexualidad como una serie de actos genitales prohibidos hacia algo definitorio de la identidad. Para que la metáfora del clóset tenga sentido, el sujeto debe de asumir una identidad a partir de la homosexualidad, más allá del acto genital de tener relaciones sexuales con otros varones.

Otro punto a discutir en este apartado es que la auto-aceptación de la diferencia, así como la conformación de la identidad, no son procesos meramente individuales, sino que son también procesos sociales. Para abordar esta cuestión retomaré una vez más el relato de

Diego, quien ubica como un primer momento en su “salida” del clóset, justamente el asumirse a sí mismo como homosexual a partir de un proceso autoreflexivo, sí, pero también de la exposición a discursos y opiniones distintas a aquellas con las que había crecido. Al migrar a la Ciudad de México para estudiar la universidad, después de vivir en el norte del país durante su infancia y adolescencia, el círculo social de Diego se expandió y le permitió cuestionar la pantalla heterosexual que había construido mientras vivía con su familia:

Cuando me vine a la Ciudad de México empieza este proceso de *pues no es tan malo*, ¿sabes? empiezo a tener amigos gays, empiezo a tener amigos que habían salido del clóset, que tenían parejas, empecé a tener contacto y empecé a darme cuenta que no era malo, que era una forma de vida, que era un gusto solamente, que no era algo, que no me definía como una persona menos [valiosa] (*Diego, 22 años*).

En un tenor similar, al hablar sobre su experiencia personal, Pablo (32 años) resalta que su pareja actual fue el catalizador más importante para dejar atrás el clóset que había construido. Aquí es necesario recordar que, para Pablo, el *performance* de la heteronormatividad estaba mediado por las normas de la religión cristiana, en tanto que él atravesó un proceso de intento de conversión, el cual implicaba verse a sí mismo como pecador. De esta forma, mi informante relata una presión muy fuerte por parte de su padre biológico¹⁹ para que él demostrara esta heterosexualidad, por lo que Pablo intentó tener novia en un par de ocasiones. Este caso es interesante, porque este informante ya había compartido su orientación sexual con su madre, y tuvo que pasar por este otro proceso de negación. No es sino hasta que decide abandonar la práctica de la religión cristiana y que, seguido de eso, conoce a su actual pareja es que, desde su discurso, Pablo tiene este proceso de auto-aceptación. Esta afirmación permite comprender la importancia de los primeros acercamientos a la socialización con individuos homosexuales en el proceso de deconstrucción del clóset:

Justo cuando rompí con eso de la religión, al poco tiempo conocí a mi pareja. Entonces, te digo que él me ayudó mucho en romper muchos paradigmas y estereotipos tontos, y gracias a él, yo empecé un camino de quitarme todas estas molestias en mi persona y ya no hubo necesidad de decirle [que

¹⁹ En su infancia, Pablo creció con el esposo de su madre como figura paterna, sin saber que, de hecho, su padre biológico era otra persona. Cuando creció, conoció a su padre biológico y comenzó a entablar una relación más cercana con él.

soy gay] a las personas. Las personas ya se daban cuenta quién era Pablo, entonces ya no fue tanto la introducción de: *mira, fíjate que...* Ya era como más natural (*Pablo, 32 años*).

Es así como también podemos comprender la relación entre la orientación sexual y el género. Recordando a Butler (2001a), el género se concibe como “compuesto justamente de lo que permanece inarticulado en la sexualidad” (p. 155), en este sentido, al existir una necesidad de relación lineal entre deseo, orientación sexual y género, se provoca una defensa de la identificación masculina que desemboca en lo que la autora entiende como la “carga homosexual no llorada” (p. 154), un duelo prohibido, como prohibido es el deseo que lo genera. Este duelo, quisiera argumentar, se logra tener, en menor o mayor intensidad, cuando el sujeto se vuelve consciente y acepta dicho deseo. Como lo describe César (21 años), el asumir su homosexualidad mientras estaba involucrado en una relación hetero lo llevó a experimentar un “doble duelo”, por la relación que terminaba, pero también porque, como él lo expresa, su heterosexualidad “estaba muriendo”. Si bien, como destaca Butler, la prohibición de la homosexualidad impide el proceso de duelo y, por tanto, vuelve al deseo sobre sí mismo generando la autocensura y el sentimiento de culpa, podríamos decir que, en el caso de César, la aceptación de ésta no termina por contrarrestar la censura y la culpa y también se puede considerar como un duelo, en este caso, de la expectativa de la heterosexualidad.

En este sentido, el duelo se da, como lo explica Butler (2004), cuando el sujeto acepta el hecho de que la pérdida que se atraviesa conlleva un cambio que probablemente sea definitivo, lo cual implica que el duelo sea una aceptación de llevar a cabo esta transformación aun incierta. Dicho esto, el deseo, en tanto que se construye socialmente, también genera un conflicto de intereses entre la persona y el grupo social y por ello debe ser sometido a algún tipo de normativa (Guasch, 2007, p. 112). En el caso de César la autoaceptación de este deseo conlleva una repercusión que él entiende como la muerte de su heterosexualidad. Como abordaré en el siguiente apartado, este duelo que describe mi informante es un duelo social, ya que implica, como lo describe Guasch, un conflicto con las expectativas sociales que prescriben la heterosexualidad del sujeto.

En las siguientes líneas abordaré con más detalle la confrontación del sujeto con la expectativa de la heterosexualidad, sobre todo en la familia. Como explica Balbuena, “[e]l

hogar suele ser uno de los primeros espacios en que muchos homosexuales conocen y aprenden a vivir o evadir [las] *políticas homofóbicas*²⁰, es decir, el sistema de reglas que inhiben las expresiones homosexuales con el objetivo de perpetuar un solo sistema sexual y un solo modelo familiar: el reproductivo y heterosexual” (2010, p.74). En este sentido, más allá de calificar estas interacciones como positivas o negativas, me interesa analizar las distintas formas en las que los sujetos, luego de haber aceptado su homosexualidad, se enfrentan a sus núcleos sociales más cercanos.

Deshacer la expectativa familiar al declararse

En el capítulo pasado abordé una de las temáticas recurrentes en las entrevistas que realicé con mis informantes, la cual comprendía que existe una expectativa social que supone que la orientación sexual de los sujetos debe ser la heterosexual. En las conversaciones con los varones que entrevisté, esta expectativa solía reflejarse en la completa omisión de la homosexualidad como una posibilidad para el sujeto, lo cual, en breves palabras, solía llevar a dichos sujetos a atravesar un proceso de construcción de un clóset en el que esta expectativa pudiera ser, de cierta forma, reflejada. Como también describen mis informantes, esta expectativa no solamente tenía que ver con la orientación sexual, sino que estaba fuertemente atravesada por normativas de género, sobre lo que debe y no debe ser un hombre en los distintos contextos en los que estos varones crecieron. En este apartado me interesa analizar las distintas formas en las que estos varones describen la experiencia de deshacer esta expectativa familiar respecto a la heterosexualidad y el papel que toman estos episodios en el proceso de deconstrucción del clóset.

De acuerdo con Guasch (2007), “la identidad masculina heterosexual se articula en torno al arquetipo de héroe. Y el héroe no puede ser frágil, débil, compasivo o cobarde. A veces ni siquiera puede ser solidario” (p. 123). Al haber crecido en entornos familiares en los cuales esta identidad era la deseable, es comprensible que todos mis informantes ubiquen la revelación de su homosexualidad ante sus padres como un punto clave, e incluso identifiquen estos momentos como su “salida” del clóset. Estos momentos, como retomaré más adelante, suelen estar envueltos por un halo de preocupación y tensión debido a las implicaciones,

²⁰ Cursivas añadidas.

posiblemente negativas, que dicha revelación pudiera tener en la relación de los sujetos con su familia.

Sobre esto, Sedgwick (1990) apunta que el *coming out*, en muchas relaciones, comprende el hecho de “cristalizar” intuiciones o convicciones que habían estado presentes desde hacía tiempo, incluso, a veces, estableciendo ya relaciones de poder con quienes tienen estas intuiciones. Sin embargo, la confirmación de dichas intuiciones o convicciones no necesariamente va de la mano de la aceptación de éstas, sino que también se ve atravesada por la heterosexualidad obligatoria. Cuando un sujeto homosexual toma el camino de expresar públicamente su orientación sexual, esto no lo exime de su relación con el clóset, en tanto que éste va más allá del individuo, es un dispositivo social que se traslada y se comparte. Como comprende Sedgwick (1990), este “secreto patógeno” se puede contagiar en tanto que, por ejemplo, la madre de una mujer homosexual podría concebir la “salida” del clóset de esta última como algo que ahora hace que ella (la madre) deba “entrar” o construir un clóset propio.

Este ejemplo propuesto por Sedgwick hace eco con la experiencia de Diego (22 años), quien durante nuestras conversaciones expresó especial resistencia por parte de su madre a que él pudiera hacer pública su orientación sexual a través de redes sociales. Para comprender mejor la situación particular de Diego, describiré más extensamente su relato. Al preguntarle a mi informante sobre cómo había sido su experiencia al contarle a sus familiares que era homosexual, Diego me comentó que, de hecho, esto había sucedido hacía poco tiempo. Durante nuestras conversaciones, mi informante había tocado el tema de que él pensaba que una de sus hermanas podía ser lesbiana. Como lo mencioné anteriormente, Diego y su hermana crecieron sin poder explorar muchos gustos ya que tanto él como ella preferían jugar y hacer actividades que en su familia se clasificaban como “de niña” o “de niño”. Al abordar el tema de las motivaciones que lo llevaron a decirle a su mamá y a su papá que él era homosexual, me comentó que su hermana había intentado suicidarse, lo cual lo afectó mucho, al punto de entrar en una fuerte depresión. Este hecho se relaciona con su declaración porque, como él lo explica, una de las razones por las que suponen que su hermana llegó a este punto fue que ella misma era homosexual y no lo quería aceptar. Todo esto llevó a Diego a entrar

en un proceso terapéutico, el cual le permitió hacer las pases con su propia homosexualidad y, luego de reflexionarlo, decidió que para él era necesario compartir esto con sus padres.

Para mi informante la declaración era una parte fundamental para poder vivir su homosexualidad de forma más abierta, por lo tanto eligió hacerlo durante un viaje de vacaciones que realizó a su ciudad de origen. Recordemos que Diego es originario del norte de México, en un estado en donde la homosexualidad sigue siendo un tabú social, que no suele abordarse de manera cotidiana. La motivación principal para declararse, según Diego, era poder tener una relación más abierta con su familia, y poder compartir otros aspectos de su vida con ellos, como por ejemplo, cuando tuviera una relación de pareja. Mi informante recuerda que fue un proceso tortuoso el poder deshacer la pantalla del “Diego heterosexual” que había construido durante su adolescencia, por lo que decidió contarle a todos los integrantes de su familia nuclear en distintos momentos, durante un mismo día. Los primeros en recibir la noticia fueron sus hermanos y hermanas menores, los/as cuales respondieron favorablemente, salvo uno de ellos, quien se preocupó por la reacción que pudiera tener su padre ante la noticia. Cuando llegó el momento de hablar con su mamá, Diego recuerda haberlo hecho a manera de un discurso que la preparara para la noticia; sin embargo, esta preparación no impidió que ella quedara sorprendida y que su primer reacción fuera cuestionar lo que su hijo acababa de contarle:

Mi mamá fue como de...sí se quedó pasmada, pasmada. Y me dijo, me acuerdo que su pregunta fue *¿cómo? ¿por qué? ¿estás seguro?* y yo *sí, estoy seguro*, y ya, fue todo lo que me dijo. Y fue en ese momento como yo creo que estaba tomándolo que se paró del cuarto y se fue, subió las escaleras y se fue a su cuarto y en ese momento sí escuché que lloró, o sea lloró (*Diego, 22 años*).

Como mi informante recuerda, esta reacción de su madre era el resultado no solamente de sus propios prejuicios sobre la homosexualidad, sino también, al igual que su hermano menor, de una preocupación por la reacción del padre. Se puede notar que la declaración de la homosexualidad se entiende, en este contexto, como un factor disruptivo en la dinámica familiar. Además de deshacer la expectativa de la heterosexualidad, puede ser incluso una amenaza a la vida de sus familiares. Al continuar con su relato, Diego describe cuando, en ese mismo día, decide hablar con su padre. En su recuerdo fue un intercambio brusco, tanto de su lado al comunicar la noticia, como de su padre al reaccionar:

Con mi papá le dije *tengo algo que contarte, eh, soy gay*. Así se lo dije: *papá, tengo algo que contarte: soy gay*. Y para mi papá fue: *¿cómo?, ¿por qué?, ustedes lo que quieren es matarme*, y yo le dije, *no papá*, y luego, la siguiente palabra que me dijo fue: *me han desgraciado la vida*, y luego me dice: *hubiera preferido estar muerto* (Diego, 22 años).

Analizando las reacciones iniciales que obtuvo mi informante al declararse con sus familiares, específicamente con sus padres, es claro que la declaración no es el final del clóset. De hecho, las respuestas violentas ante esta “caída del telón” podrían verse como una manera de reforzar el clóset en el sujeto, al rechazar lo que éste pone sobre la mesa. Como expone Sedgwick (1990), en tanto que el clóset es un dispositivo individual, así como social, las respuestas negativas ante la declaración denotan la edificación del clóset de los otros, en este caso, los familiares de Diego. De acuerdo con la autora, y como es posible leer del caso de Diego, revelar este “secreto patógeno”, sobretodo cuando se está inserto en una sociedad homofóbica, se hace bajo el entendido de que existe un riesgo potencial de causar una herida en ambos sentidos. Esto quiere decir que, mientras que puede darse la posibilidad de que quien revele la información sea quien sea lastimado, como también puede ser que sean los receptores de la noticia los que, como el padre de mi informante, expresen un deseo de morir en contra de lidiar con la homosexualidad de su hijo. En este sentido, no es menor que el padre de Diego haya expresado que “hubiera preferido estar muerto” ya que, viéndolo desde la perspectiva de Butler (2001a), los sujetos en los que resulta “más hiperbólica y defensiva” (p. 154) la identificación masculina, son también en quienes presentan mayor resistencia a reconocer la carga homosexual no llorada.

Un punto a resaltar sobre la experiencia de Diego es la temporalidad, la cual tiene mucho que ver con el contexto histórico que viven los sujetos. Por temporalidad me refiero, viéndolo de manera simplificada, al periodo de tiempo que pasó entre que Diego llegara a aceptarse como un hombre homosexual y decidiera declararse con su familia. Como lo describe, su proceso de auto-aceptación fue previo a el proceso de revelación con sus familiares, algunos meses después, a diferencia de Edgar quien esperó muchos años antes de decirle a sus familiares cercanos que era homosexual. Al respecto, me parece necesario hacer una salvedad, ya que, al contrastar los relatos de estos dos informantes, no quiero decir que una experiencia sea más “deseable” que otra, sino que, a pesar de que los procesos no son lineales, hay algo interesante de analizar en los tiempos de cada sujeto. Por un lado, Edgar,

quien pertenece a una generación mayor, tardó más en declararse ante sus familiares; sin embargo, a partir de su relato es posible ver que esto no fue un impedimento para que él pudiera experimentar su sexualidad con otros hombres desde su juventud. En contraste, Diego (22 años) pasó su toda su infancia y adolescencia reprimiendo sus deseos sexuales hacia otros varones; no obstante, luego de asumir su orientación sexual y de socializar esta parte de él con otros amigos de la comunidad LGBT, decidió que lo siguiente que debía hacer era contarle a su familia.

Lo anterior me remite a dos cosas que tienen que ver con el contexto histórico en el que cada informante creció. La primera es que, una posibilidad sobre el papel que juega la temporalidad en el proceso de deconstrucción del clóset es que para las generaciones mayores era más sencillo e incluso llamativo, vivir la homosexualidad de manera “oculta” o “secreta”. Como lo retrata Villaurrutia en su *Nocturno de los ángeles* (1936):

Las luces no son tan vivas que logren desvelar el secreto,
el secreto que los hombres que van y vienen conocen,
porque todos están en el secreto
y nada se ganaría con partirlo en mil pedazos
si, por el contrario, es tan dulce guardarlo
y compartirlo sólo con la persona elegida.

Me parece importante retomar las distintas facetas del secreto, ya que, si bien es cierto que éste puede ser un factor de opresión, no hay que descartar su potencial atractivo. Esta dulzura de guardar el secreto a la que hace referencia el poeta indica que hay algo estimulante en ocultarse y en compartir el secreto únicamente con aquellos a los que uno se siente sexualmente atraído. Como lo explica Sedgwick (1990), “después de todo, la posición de aquellos que creen que saben algo sobre alguien, que puede o no saber sobre sí mismo/a, es una de emoción y poder” (p. 80)²¹. Esta otra faceta del secreto afecta directamente en la temporalidad de las declaraciones, así como de las personas con quien el secreto se comparte. Esto me hace pensar que para las generaciones más jóvenes puede llegar a ser menos atractivo vivir su sexualidad en secreto, por lo tanto, la declaración temprana es más importante. Esto se relaciona estrechamente con el movimiento político de liberación

²¹ Traducción propia del texto original en inglés.

homosexual, en tanto que una de los principales ejes se sustenta en la necesidad de visibilizar la existencia de los sujetos homosexuales. Así pues, es necesario recalcar que cuando me refiero a Edgar, estoy hablando de alguien que no tiene una participación activa en el movimiento político, en contraste con Diego, quien constantemente reafirmaba su compromiso político.

Siguiendo con el relato de Edgar, durante nuestras conversaciones este informante enfatizó que, actualmente, su familia no tiene conflicto alguno con su orientación sexual, e incluso conocen y hacen parte a su pareja de las dinámicas familiares, sin embargo esto no siempre fue así, o no fue así en el momento en que Edgar decidió revelar este “secreto abierto”, en términos de Sedgwick (1990). Como él elabora su discurso, la motivación principal para compartir su orientación sexual con su padre y sus hermanos/as²² fue precisamente deshacer esta expectativa que había sobre su vida, ya que a los 38 años no se había casado (con una mujer), ni tenía planes para hacerlo. El día en que Edgar decidió tener esta conversación, planeó una cena en la cual reunió a sus familiares más cercanos:

Yo cociné, cocino desde niño. Les cociné, les di el postre, que hice un postre muy elaborado, y de postre final fue cuando les aventé el diablito [risas]. Fueron reacciones diversas. Te digo, mi hermano se levantó de la mesa a golpearme, me defendió mi cuñada. Mi otra cuñada le gritaba a mi hermano *te lo dije, te lo dije*. Y mi hermana lloraba, lloraba y lloraba; no estaba el que ahora es mi cuñado y padre de sus hijos. Y mi papá fue el único que se paró y me abrazó y me dijo *al fin lo dijiste (Edgar, 59 años)*.

En este breve extracto hay varios elementos para analizar. Por un lado, quisiera detenerme en la decisión de llevar a cabo esta declaración a modo de una cena familiar, ya que, a pesar del único de mis informantes que me contó una experiencia así, la idea de la revelación a partir de la puesta en escena de una reunión familiar fue una constante en varias de mis entrevistas. Por ejemplo, a pesar de que César (21 años) y Ernesto (27 años) no han compartido de forma explícita su orientación sexual con su familia, ambos expresan el deseo de hacerlo a partir de una cena u organizando una reunión familiar especial. Incluso Pablo, en el momento de decirle a su padre biológico y a su esposa que era homosexual, él empleó elementos como una exposición en la cual argumentaba, desde una postura cristiana, la

²² No lo hizo con su madre, pues ella ya había fallecido para ese entonces.

posición en la cual se encontraba. Me interesa resaltar esto para trazar puentes entre el origen del término *coming out*. Chauncey (1994) historiza este término desde los finales del siglo XIX y hasta las primeras décadas del siglo XX como un proceso de presentación en la sociedad gay. En esta línea, al analizar los relatos de mis informantes, pareciera ser que el *coming out* o el “salir del clóset” que cobra más relevancia es la puesta en escena en la cual la presentación en sociedad se realiza en el núcleo social más cercano: la familia.

Empleo la metáfora de la puesta en escena y la teatralidad en términos de Goffman (1956) porque me parece útil observar este tipo de sucesos desde la interacción, en tanto que, la deconstrucción del clóset, así como su construcción, son procesos tanto individuales como sociales. Durante la cena que Edgar planeó suceden varios cambios, ya que de principio podríamos decir que él es el actor, en tanto que él es quien llevará a cabo este *performance* de “salir del clóset”, y su familia es la audiencia, ya que serán ellos/as quienes lo espectarán. Sin embargo, en cuanto llega el postre se desata otro *performance* a partir de las variadas reacciones a la noticia, en el cual los actores son los familiares de mi informante. Parte de esta puesta en escena tiene que ver, como ya he revisado, con el duelo que conlleva esta grieta en el *performance* de la heteronormatividad, que a su vez provoca respuestas violentas como las de el hermano de Edgar. Como lo describen Butler (2001a) y Guasch (2007) en distintos términos, la homofobia, sobretodo la que surge de la identidad masculina heterosexual, es una manifestación del rechazo a la posibilidad de que un hombre pueda amar a otro hombre, por lo tanto, es importante continuar el relato de Edgar para analizar las motivaciones de las respuestas, tanto de su hermano, como de su padre, y cómo se relacionan con la construcción de la masculinidad.

Al ser el mayor de sus hermanos, Edgar recuerda que siempre fue una responsabilidad suya, en parte impuesta y en parte autoasumida, ser un ejemplo para sus hermanos, sobre todo los varones. Este rol implicaba varias cosas, desde la presentación personal de una forma que él consideraba adecuada y pulcra, pero sobretodo el “enseñar a ser hombre”, lo cual cobra mucha relevancia cuando me relata lo siguiente:

Uno de mis hermanos me reclamó muy aireadamente: *no lo acepto*. Digo, ahorita es mi mejor amigo, [pero en ese entonces] dice: *no lo acepto, porque no es posible que la persona que me enseñó a ser*

hombre, que me enseñó a conquistar a mi mujer, sea un puto. Así me lo dijo y me agarró a golpes hasta que entró su mujer (Edgar, 59 años).

Esta discordancia total entre ser homosexual y ser hombre es una característica clave de la acción de deshacer la expectativa familiar. Sobretudo llama la atención en este ejemplo la “no aceptación” de lo que el sujeto está expresando, con motivo de que quien enseña a ser hombre, debe serlo también siguiendo el modelo heterosexual. Como lo señala Guasch (2007), el modelo gay del siglo XXI resulta una amenaza para la heterosexualidad, en tanto que el sujeto gay, al adoptar una actitud masculina, pasa desapercibido.

Por otro lado, como lo abordé en el capítulo anterior al describir los aspectos delatores de la homosexualidad, el padre de Edgar tenía una idea particular sobre la personalidad de su hijo relacionada con su orientación sexual. A grandes rasgos, su padre asociaba el hecho de que, desde muy pequeño, Edgar fuera muy cuidadoso y pulcro con su apariencia con algo que no encajaba con su concepción de “hombre”, por lo tanto, le parecía coherente que fuera homosexual. Como lo describe mi informante, la respuesta de su padre al momento de la revelación es algo inesperado, sobre todo al compararla con las respuestas que obtuvieron otros de mis informantes, como Diego o Pablo, sin embargo, me gustaría resaltar otra parte del relato. El padre de Edgar, luego de abrazarlo y reafirmar que siempre había sabido este secreto, le dice a su hijo que iba a tener un camino muy solitario, que iba a estar solo toda su vida. Esta declaración es importante porque muestra que, incluso cuando se acepta este secreto, los sujetos siguen siendo medidos con la vara de la heterosexualidad y la homofobia, en tanto que no se concibe la posibilidad de amar a otro varón, por lo que el resultado inevitable para este sujeto será la soledad. Esta idea, anclada al “mito de la heterosexualidad” (Guasch, 2007), se puede manifestar de distintas formas. En el caso de Pablo (32 años), por ejemplo, la religión que practicaba su padre lo llevó, no solo a rechazar la orientación sexual de su hijo, sino a intentar cambiarla.

Retomaré el caso de Pablo ya que me parece sumamente ilustrador para mostrar que el proceso de deconstrucción del clóset es dinámico y no funciona, necesariamente, como una secuencia de eventos ordenados, sino que hay muchos ires y venires. Como expuse anteriormente, Pablo le dijo a su madre que era gay antes de comenzar a practicar el Cristianismo, a lo cual ella contestó, en el mismo tenor que el padre de Edgar cuando le

compartió que él se había dado cuenta que su hijo era homosexual desde que era un bebé, que ya lo sabía. Esto es interesante, ya que regresa al concepto del secreto abierto, es decir que los familiares de un sujeto homosexual, sobretodo las madres, ya saben de la orientación sexual de sus hijos/as, sin necesidad de que ellos/as la hagan explícita. Este “ya lo sabía” contiene una carga importante de estereotipos de género, usualmente asociando actitudes catalogadas como “femeninas” a la homosexualidad (en el caso de los varones). Sin embargo, en muchas ocasiones, como lo reafirma Fernando (49 años), este “ya lo sabía” proviene de una conexión especial entre progenie y progenitor/a:

Tú, creando un niño, consideras, si desde niño sabes cuándo le duele el estómago, cuándo es un llanto de dolor o un llanto de berrinche, cuándo es un llanto de agresión, ¿tú crees que no van a darse cuenta ellos de lo que eres? (*Fernando, 49 años*).

Adicionalmente, la idea de que las madres “saben” desde edades tempranas que su hijo puede ser homosexual tiene otras implicaciones para el sujeto. Como vimos en el capítulo anterior, la construcción del clóset tiene buena parte de sus cimientos en el afán de cancelar la sexualidad de los niños/as. Tener conocimiento o, incluso, intuir la orientación sexual del hijo y, aún así, no brindarle la oportunidad de desarrollarse fuera de la heteronormatividad, supone la existencia de dinámicas de poder que, de hecho, buscan cancelar la sexualidad del sujeto.

En esta línea, según el relato de Pablo, este “ya lo sabía” no estaba exento de una serie de prejuicios y estereotipos respecto a la homosexualidad, sobre todo relacionados a la posibilidad de contraer VIH siendo un varón homosexual:

Mi mamá pensaba que, si yo me metía con un hombre y no me cuidaba, automáticamente me iba a contagiar de SIDA y lo llamaba SIDA en ese momento. O sea, lo digo así porque lo pensaba así, que me drogara, que abusaran de mí (*Pablo, 32 años*).

Deshacer la expectativa familiar quizás no tuvo que ver únicamente con la orientación sexual en sí misma, sino con, como lo afirma mi informante, una re-educación sobre lo que significa ser homosexual. Esto no quiere decir que la homofobia no se haga presente, sino que se manifiesta a partir de otros prejuicios que tienen que ver con el contexto histórico-social en el cual la madre de Pablo, e incluso él mismo, estaban insertos. Esto llevó a Pablo por otro camino, en el cual el fin último era presentar a su pareja ante su familia, por lo cual necesitó

deshacer esta visión patologizante de la homosexualidad y crear una expectativa más cercana a la heterosexualidad. De esta forma, el tener una pareja estable con quien había estado aproximadamente seis años, y que éste fuera económicamente independiente y se dedicara a una profesión con alto reconocimiento social, fueron factores decisivos en la aceptación de su madre y de otros familiares. En palabras de Pablo “para ella era muy importante saber que mi pareja es una persona ¿cómo te diré? Vaya, estudiado, una persona buena en todos los sentidos, para ella, creo que la relajó muchísimo”.

Otro informante que reconoce la importancia de tener una pareja estable en el proceso de deshacer las expectativas que su familia había puesto sobre él es Jair (30 años). Al hablar sobre los momentos en que él compartió este aspecto de su sexualidad con su familia, específicamente con su madre, Jair recuerda que fue un trayecto turbulento durante algunos años. Recordemos que este informante nació y creció en un estado del norte del país en el que la mentalidad conservadora y represora de la diversidad sexual sigue siendo, a la fecha, bastante fuerte. Aunado a esto, la madre de Jair se convirtió a la religión cristiana un tiempo antes de que él naciera, lo cual, si bien no tuvo un impacto directo en él como lo fue en el caso de Pablo, sí moldeó las percepciones de su madre en torno a la homosexualidad. A diferencia de Edgar o de Diego, Jair no planeó, en un primer momento, un momento especial con sus padres; de hecho, decirle a su mamá que era homosexual fue algo repentino que surgió a raíz de otra conversación. Como lo recuerda mi informante, la reacción de su mamá en esa primera ocasión fue de rechazo, no hacia él como hijo, sino a la idea de que, dada su formación religiosa, su hijo estuviera pecando:

Y fue horrible, horrible, horrible, horrible, o sea, ella estalló en llanto me dijo que no puede ser que de que le estaba hablando que eso estaba súper mal, que no podía ser. Y peleamos por un buen rato y cada vez que tocábamos el tema terminábamos llorando peleándonos y sí o sea, una vez, o sea yo recuerdo como una cosa muy fuerte que ella me dijera (...) *no lo voy a aceptar* y es que, ya sabes, ¿no? *es una etapa es un pecado, etc, y no lo acepto y no lo voy a aceptar y me voy a morir y no lo voy a aceptar*. Y a mí me pareció, así, terrible (Jair, 30 años).

Dada esta reacción, Jair decidió no volver a tocar el tema durante un tiempo, ya que por un lado, solo suscitaba peleas con su madre y, por otro, no sentía relevante decirle a su padre, sobretodo por la preocupación de que, si reaccionaba de forma negativa, pudiera llegar a quitarle su apoyo económico. Esto permite ver las fuertes repercusiones que puede tener el

deshacer por completo una expectativa familiar que había sido preestablecida incluso antes de que el sujeto naciera. Dada la reacción tan negativa de su madre y, por consiguiente, la incertidumbre que esto generó en mi informante, Jair me explicó que durante ese tiempo, él incluso consideró, y estaba preparado para, romper la relación con su familia, en caso de que no pudieran aceptar su orientación sexual. No fue sino hasta que se mudó a la Ciudad de México y, específicamente, decidió vivir con su novio que le pareció necesario compartir su orientación sexual con su padre. En esa ocasión Jair planeó un viaje a su ciudad de origen para invitar a su papá a tomar algo y contarle que estaba iniciando una vida de pareja con su novio. Luego de una conversación en la que él trató de exponer los puntos que quería de forma racional, la reacción de su padre fue sorprendente para Jair, en tanto que tomó la noticia de forma muy tranquila, a diferencia de su madre, y, a pesar de que le dijo que no lo hacía feliz, también le reafirmó que este hecho no cambiaba nada en su relación de padre e hijo. La pareja “formal” de Jair, similar a como sucedió con Pablo, más que deshacer una expectativa, funcionó como una suerte de catalizador para iniciar la construcción de un nuevo tipo de relación con su familia en la cual la orientación sexual de mi informante no fuera más este secreto abierto del cual se tenía conocimiento, pero no se reconocía públicamente.

La siguiente parte del relato de Jair, luego de este episodio con su papá, tuvo que ver con la primera vez que presentó a su novio con su madre y padre durante un viaje que realizaron para visitarlo. Como lo recordó durante nuestras conversaciones, vivió con algo de tensión los momentos previos a este episodio. Anticipando la visita de sus padres, mi informante le dijo a su mamá que durante su visita a la ciudad, reservaran un espacio para conocer a su pareja. Aquí retomaré lo que compartió Jair para comprender el proceso constante y consciente de deconstrucción del clóset:

Mi mamá me dijo: oye estamos comprando los boletos para ir a la Ciudad de México, y le dije ah, muy bien, oye la verdad es que pues, como que yo estoy con mi novio en esto y aquello y como que no me parece justo que ustedes vengan y yo me desaparezca todo un fin de semana para entretenerlos a ustedes en la ciudad, y de plano deje a mi novio solo este fin de semana, básicamente, porque para mí es como una actitud de clóset, así como de voy a dejar a mi novio escondido y voy a pasar todo el fin de semana con mi familia como si no tuviera un novio para que...y lo que le dije fue, bueno, si quieres, o sea como que eso no me parece correcto, no estoy dispuesto a hacer eso, pues comamos un día con mi novio, por lo menos, ¿no? (Jair, 30 años).

Cabe resaltar que lo que Jair considera como una “actitud de clóset”, ya que, como he expuesto, el clóset puede ser un dispositivo de la biopolítica que busca controlar todos los aspectos de la vida de los sujetos desde un marco heteronormativo. En este caso, para Jair, el hecho de que sus padres pudieran reconocer que él tenía una pareja con quien compartía su vida, es un elemento primordial en la deconstrucción del clóset. Como lo explica mi informante, este encuentro más allá de ser la revelación de un secreto, muestra el peso de la sanción social y el reconocimiento público de la homosexualidad. Por lo tanto, para Jair, el ocultar su relación durante esta visita de sus padres hubiera sido equivalente a seguir procurando la heteronormatividad. De hecho, él mismo reconoce que si no hubiera decidido iniciar una vida de pareja que, de cierta forma, pudiera leerse como “tradicional”, al vivir con su novio, quizás nunca hubiera dado ese siguiente paso para incluir a su familia en su vida.

Como lo describe Foucault (1976) concebir el poder y cómo opera desde una visión jurídico-discursiva resulta insuficiente por varios factores. Uno de ellos es que, al verlo de esta manera, “[e]l poder sobre el sexo se ejercería de la misma manera en todos los niveles” (p. 103), sobretodo a partir de la prohibición profesada por las instituciones hacia el sujeto. No obstante, como podemos analizar en los testimonios de Pablo y Jair, el ejercicio del poder, en este caso la heteronormatividad, no se ejerce de forma lineal, uniforme, en la vida de los sujetos. Siguiendo a Jair, en el proceso de deconstrucción del clóset no solo está en juego la revelación de la orientación sexual, ni la prohibición directa de la homosexualidad, sino que, incluso cuando el secreto deja de serlo, el sujeto debe malabarear otras expectativas que también están atravesadas por dinámicas de poder. A continuación me avocaré a desarrollar la(s) forma(s) en que los sujetos homosexuales lidian con el ámbito público a partir de una administración estratégica de este secreto abierto.

¿Más de una salida? La constante decisión de declararse

Ahora quisiera retomar algunos datos obtenidos mediante el cuestionario en línea que realicé a 50 personas heterosexuales sobre la concepción de la expresión “salir del clóset”²³. La

²³ Para más información sobre cómo se llevó a cabo este cuestionario, revisar el apartado metodológico de esta tesis.

última pregunta que realicé en este instrumento fue si, en la opinión de los/as respondientes, ¿salir del clóset es algo que solo se lleva a cabo una vez en la vida de una persona? Para mi sorpresa, la mayoría de las respuestas (29) indicaron que, de hecho, salir del clóset no se llevaba a cabo una sola vez, mientras que 15 personas respondieron que sí era un momento único y 4 escribieron que este hecho dependía del sujeto, de su necesidad de comunicarlo, de qué tan públicas resultan ser estas declaraciones y de las situaciones “nuevas” a las que el sujeto se enfrenta. Estos datos son útiles para el análisis que llevaré a cabo en esta sección, puesto que abren una ventana a la discusión principal de esta tesis: el dispositivo del clóset no se desvanece mediante un momento específico denominado “salida”, sino que, en tanto que se construye, el sujeto también está en un proceso de deconstrucción en el cual resulta necesaria una reflexión y decisión constante para saber cuándo y con quiénes es seguro expresar públicamente la orientación sexual.

Hay que distinguir, a partir de los testimonios de mis informantes, que las formas en que esta decisión constante llega a darse es, por lo menos, en dos sentidos. El primero tiene que ver con sentirse en una posición de vulnerabilidad ante actos de homofobia, usualmente cometidos por otros hombres, lo cual deja a los sujetos en la necesidad de “ocultar(se)” o “entrar al clóset”. Ante esto, Sedgwick (1990) menciona un concepto interesante, denominado pánico homosexual²⁴, el cual surge de un concepto psiquiátrico y jurídico que comprende una estrategia de defensa por parte de personas homofóbicas (*gay bashers*), que esencialmente los “exhime” de sus actos de violencia, al ser una respuesta al “miedo” de ser cortejados por una persona homosexual. La autora toma prestado este término para denominar “la forma psicologizada en la cual los hombres occidentales experimentan la vulnerabilidad ante la presión social del chantaje homofóbico” (p. 21)²⁵, es decir, que les acusen de ser homosexuales.

En segundo lugar, relaciono esta constante indecisión entre declararse o no con una presunción de vulnerabilidad. Con esto me refiero a que los sujetos se encuentran constantemente en entornos en los cuales resulta incierta la respuesta frente a una declaración de su orientación sexual. Sin embargo, en varios relatos observo una tendencia a una

²⁴ *Homosexual panic*

²⁵ Traducción propia del texto original en inglés.

exposición estratégica de la orientación sexual que, en vez de ocultar, permita evitar las declaraciones constantes. Retomaré la discusión en torno a las resistencias del sujeto frente a la heteronormatividad, vistas desde un sentido estratégico. Siguiendo a Foucault (1988), el concepto *estrategia* puede entenderse desde distintas aristas, pero siempre tomando en cuenta que para que existan las estrategias deben existir también relaciones de poder. De acuerdo con este autor, como un “conjunto de medios establecidos para hacer funcionar o para mantener un dispositivo de poder”, en tanto que las estrategias constituyen “modos de acción sobre la posible, eventual, supuesta acción de los otros” (p. 19).

Más allá de evitar la vulnerabilidad, existen estrategias que funcionan más como un medio para no perder privilegios, en este caso, por “parecer heterosexual”, lo cual mantiene al sujeto en una posición de poder. Un caso interesante para analizar desde este prisma es el de Santiago (53 años), quien tiene una visión clara de las diferencias que para él existen entre el género y la orientación sexual; es decir, que el hecho de ser homosexual no debe afectar en la(s) manera(s) en que él se presenta ante la sociedad como hombre masculino. Para mi informante compartir su orientación sexual con alguien más no es una decisión a tomar a la ligera, sino que debe existir una relación más íntima, por lo cual espacios como la oficina no son una opción para expresar que es homosexual. Específicamente en el ámbito laboral, Santiago opta por “poner frenos” cuando sus compañeros llegan a hacer insinuaciones sobre su orientación sexual, sobre todo porque, como me cuenta, en su oficina él mismo ha escuchado de casos en los cuales las oportunidades de crecimiento se desvanecen por la sospecha de que alguien es homosexual:

Pues, es que no sabe uno cómo reacciona luego la gente. Luego dicen que hay muchos derechos y muchas cosas, pero siempre, luego tiene uno la idea que pueden afectarte o que puede haber un problema, aunque dicen que no. Pero, fíjate, acá dentro [de mi oficina] había una persona que iba a ocupar un cargo bueno y nada más porque lo vieron siempre con otra persona, con otro compañero, también y todo eso, no le dieron el puesto. No le dieron [el puesto] porque le decían que le daban el puesto pero que él tenía que irse a una sala y la otra persona a otra sala, no permitían ciertas cosas aunque se dice que están muy abiertos. Hay las marchas y todo, pero hay muchos tabúes en la sociedad que todavía hay que seguir luchando (*Santiago, 53 años*).

Por un lado, en este fragmento de entrevista se nota que Santiago prefiere no hacer pública su homosexualidad en la oficina por temor a que su desarrollo laboral se vea afectado. En la experiencia de otro compañero no queda claro si la homofobia fue la razón principal por la

cual le negaron este ascenso; sin embargo lo importante es que, para Santiago, eso es lo que sucedió. Esto indica una estrategia con el objetivo de mantener los privilegios que le confieren el ser varón en el mundo profesional. Como lo describe Sedgwick (1990), la imagen del clóset puede resonar con muchas formas de opresión, como la discriminación racial, étnica, misógina, entre otras; sin embargo lo característico del clóset y la orientación sexual es que ésta tiende a ser menos “visible”.

A diferencia de el color de piel o utilizar una silla de ruedas, ser homosexual es algo que debe “revelarse”, por lo tanto un varón como Santiago, quien luce y actúa de acuerdo a ciertos cánones de masculinidad, puede, como lo explica él mismo, elegir los momentos y las personas con quienes compartir que es homosexual para, entonces, conservar el dispositivo de poder como hombre. No obstante, también es necesario tomar en cuenta a lo que se refiere mi informante cuando dice que “uno nunca sabe cómo reacciona la gente”, lo cual no es algo menor considerando que “[e]n el contexto mexicano, la posición tanto de la mujer como de los homosexuales en referencia a la dominación masculina (...), es resultado de una construcción histórica pero también cultural” (Balbuena, 2010, p. 73).

Otro testimonio que puede echar luz sobre esta ambivalencia entre “revelar el secreto” o no es el de Fernando (49 años). Recordando su relato, quisiera enfatizar que, entre los informantes de mayor edad, él es quien, me parece, tiene una postura menos definitiva respecto a compartir públicamente su orientación sexual. A diferencia de Edgar (59 años) o Santiago (53 años), quienes rechazaban la posibilidad de que la línea entre lo público y lo privado se debiera difuminar, Fernando me reiteraba constantemente que a él no le importaba, en este punto de su vida, que cualquier persona supiera que es homosexual, sin embargo, tampoco le parece necesario, ni le interesa compartirlo en cada interacción que tenga. Algo interesante en el discurso de Fernando es que el que no le parezca necesario declararse constantemente como homosexual se relaciona con su visión sobre la situación actual respecto a los derechos de la diversidad sexo-genérica. De acuerdo con mi informante, por lo menos en la Ciudad de México, el acceso a los derechos ha avanzado a tal grado que ya no existe un peligro inminente de ser violentado, como sucedía en décadas anteriores:

Hoy en día con toda la diversidad que hay, y con tanto desmadre que se traen y que los derechos humanos, todo eso, ay yo creo que hasta, es más, se me hace que yo no necesitaría, me sé comportar

en el momento porque también, digo, no me pongo una máscara, y, también, no trato de ser, de demostrar a todo mundo de que soy gay porque a la gente no le importa con quién me acuesto, ¿no? No me interesa ponerme la máscara de jotita, porque no soy jotita, porque no me interesa, y decirle a la gente que soy gay abiertamente, no tienen ellos porque saber lo que yo siento ¿sí? Pero tampoco me interesa ocultarlo si se dan cuenta, no me pongo máscara para ninguno de los dos lados. Ahora que ya estamos más protegidos y que, pues, si sé que es un lugar de homofóbicos, pues, como que estaría medio pendejo irme a meter a un lugar así ¿no? En donde sé que si saben que eres homosexual te van agredir ¿no? (*Fernando, 49 años*)

Algo a resaltar es que el discurso de Fernando se asemeja a las opiniones de mis informantes más jóvenes, como César (21 años) o Diego (22 años), quienes expresan que, de hecho, es injusto que las personas homosexuales deban declararse constantemente. Sin embargo, una diferencia fundamental es que, de acuerdo con la visión de Fernando, la responsabilidad en quienes serían los receptores de la agresión, al “meterse a un lugar de homofóbicos”, mientras que para César y Diego, el no tener que declararse constantemente viene de la mano de una postura política.

Esta frontera que marca claramente dónde es apropiado mostrar la orientación sexual y dónde no es muy importante para comprender el proceso de deconstrucción del clóset. Más allá de las declaraciones repetitivas, esto muestra que el clóset es un dispositivo que sigue operando, incluso cuando el sujeto ha aceptado su orientación sexual. De tal forma, sobre todo para los informantes de generaciones mayores, la homosexualidad no es una categoría definitoria de su identidad, ni una bandera política, sino que se remite al campo de lo privado, de la intimidad, que no tendría por qué traspasar a sus vidas públicas, a sus lugares de trabajo. En este tenor, las estrategias que pueden emplearse en torno a la revelación de la orientación sexual también pueden tener otros objetivos, que tienen que ver menos con el ocultarse y protegerse y mucho más con hacerse visible. Por ejemplo, la forma en la que algunos de mis informantes construyen los espacios en los que viven puede ser otro nivel de análisis en la forma en la que los sujetos deconstruyen el clóset. Dado que solamente conocí los departamentos de Jair, Pablo, Edgar y Raúl, serán ellos a quienes podré emplear para ilustrar estas estrategias. Para esto, en aras de poder discutir algunos elementos que me parecen

relevantes, realizaré una comparación entre lo que pude ver en los departamentos de Pablo y Jair, por un lado, y el de Edgar, por el otro²⁶.

Pablo vive en una colonia hacia el centro de la Ciudad de México en una zona de estrato medio, en un edificio de departamentos con pocos pisos, con varios negocios populares alrededor. Mi informante me cuenta que vive con su pareja desde hace varios años, aunque este último pasa una buena parte del año en su país de origen. El departamento que comparten tiene tres recámaras y una estancia con varios adornos, espacio en el cual me recibió. De primera instancia, me pareció que resultaría fácil para alguien que entrara por primera vez a ese espacio, llegar a la conclusión de que los habitantes pertenecían a la comunidad LGBTQ+. Lo primero que llama la atención al entrar es una gran pintura de un hombre desnudo postrado en un sillón, la cual, según Pablo, siempre causa mucho impacto a quienes cruzan la entrada por primera vez, incluso llegando a incomodar a algunos integrantes de su familia. En otra de las paredes de la estancia principal pude identificar la, ahora famosa²⁷, obra del artista plástico Fabián Chairez llamada *La Revolución*, en donde se representa el personaje de Emiliano Zapata desnudo, portando zapatos de tacón alto, sobre un caballo con una notoria erección. Desde mi perspectiva, más allá de lo que representan estas obras y los símbolos que buscan comunicar, su localización en el departamento de Pablo tienen el claro propósito, además de adornar el espacio, de informar a cualquier visita que esta es la casa de dos varones homosexuales.

De forma similar, el departamento en el que viven Jair y su novio está repleto de objetos que indican la identificación con la comunidad LGBTQ+. Ellos viven en un condominio horizontal al sur de la Ciudad de México en una zona de estrato medio alto, en una calle con muchos árboles, frente a un parque. Incluso antes de subir las escaleras para llegar al departamento de mi informante, pude ver que en una de las ventanas se encontraba la bandera

²⁶ No incluiré observaciones del departamento de Raúl ya que únicamente pude ver una parte muy limitada de éste. Además este informante comparte su vivienda con *roomies*, por lo que no me parecen espacios comparables con mis otros tres entrevistados, quienes viven con sus respectivas parejas. Únicamente señalaré que Raúl vive en una colonia muy cercana a la “Zona Rosa”, conocida como el guetto gay en la Ciudad de México.

²⁷ En 2019 esta pintura fue expuesta en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México como parte de una muestra artística llamada *Emiliano Zapata después de Zapata*, la cual suscitó controversia entre sectores conservadores del país, e incluso provocando muestras de violencia hacia la comunidad LGBTQ+ por parte de los descendientes de Emiliano Zapata.

del arcoiris, indicando que, probablemente, ahí me dirigía. La estancia, donde llevamos a cabo las entrevistas, está enmarcada por un librero que contiene varios títulos referentes al estudio de las sexualidades y a la historia de la homosexualidad. En ambos casos los espacios comunican a quienes entren por esa puerta que, estos son lugares que recibirán de buena forma a quienes sean parte de la diversidad sexual y, por otro, que no se aceptarán muestras de violencia y homofobia.

En contraste a estos espacios, en el departamento de Edgar, quien también vive con su pareja desde hace varios años, no me fue posible identificar elementos similares a los que pude observar con Pablo y Jair. Este informante vive en la misma zona en la que vive Pablo, quizás en una parte más residencial, sin tantos negocios alrededor. Si tuviera que adjetivar este lugar diría que es austero, sin muchos adornos y, tampoco arte homoerótico. Me parece importante resaltar esto no con el afán de calificar las viviendas de mis informantes en una escala de mejor a peor, sino para hilar su discurso con la forma en que estos sujetos se presentan, incluso a través de los lugares que habitan. En este sentido, la visión de Edgar sobre la homosexualidad como algo que se limita a los actos sexuales, a lo que ocurre “bajo las sábanas”, concuerda con la ausencia de símbolos que indiquen una identidad política a partir de la orientación sexual. Una metáfora que este informante empleó en varias ocasiones durante nuestras entrevistas fue la de las regulaciones para los fumadores:

Lo siento una falta de respeto hacia el resto de la gente. Es como el fumar, ¿sí?, si yo voy fumando, hay gente que le molesta el humo del cigarro, entonces, hay gente que todavía le molesta el que dos hombres vayan de la mano. A lo mejor en dos mujeres es más normal, pero que vayan de la mano dos hombres es raro, aún todavía hay gente que lo rechaza mucho. El que vayan abrazados dos hombres, pueden ir abrazos así (gesto de abrazo sobre el hombro) y no se ve mal, pero sí hay una, lo veo más como respeto hacia el resto de las personas y porque me quiero respetar yo, no quiero que me falten al respeto, no quiero que me griten nada, entonces, por eso prefiero evitarlo. Siempre ha sido mi política (*Edgar, 59 años*).

En la misma línea, podríamos extrapolar la metáfora del clóset a la vivienda, en tanto que este es un espacio donde no solamente conviven él y su pareja, sino que reciben amistades, familia, e inclusive personas con quienes tiene relación laboral. El departamento de Edgar, justamente, no incomodaría a nadie, como las pinturas en la casa de Pablo podrían llegar a hacerlo.

Como he tratado de explicitar a lo largo de este apartado, existen ciertos signos asociados a la pertenencia del sujeto a una comunidad particular, en este caso a la identidad gay, o bien, al colectivo LGBT+. Esta asociación no surge de la nada, sino que está relacionada con la evolución y transformación del movimiento político que lucha por las libertades y derechos de dicha comunidad. Por lo tanto, analizaré la visión que tienen mis informantes en torno a la colectividad y de qué manera esto impacta en la deconstrucción del clóset, tanto individual como colectivo.

Los niveles de la colectividad

Al plantear la presente investigación uno de los factores que me interesaba explorar es la forma en la que un proceso que puede llegar a vivirse de forma solitaria, individualizada, es a la vez una experiencia compartida. En el supuesto de que podría existir un “salir del clóset” colectivo, materializado en eventos como la marcha del orgullo LGBTTTI+ de la Ciudad de México, me dispuse a observar esta manifestación con este lente. Lo que en realidad sucedió es que pude percatarme de que el movimiento de la diversidad sexual es multiforme, incluso cuando se aglomera bajo un mismo acrónimo. Como lo describe Butler (2017), “[n]o es que se asuma o produzca una identidad colectiva, sino que más bien se establecen relaciones dinámicas entre las personas en las que puede observarse cómo se activa el apoyo, la disputa, la ruptura, la alegría y la solidaridad” (p. 34).

Como lo expone Laguarda (2007) en su trabajo sobre la apropiación de la identidad gay en la Ciudad de México, “una estrategia útil en el intento por tornar visible la identidad gay a escala global y local, fue la realización de marchas (...)” (p. 70). En este sentido, es interesante que las primeras manifestaciones hayan surgido desde las posturas políticas de izquierda, más que desde el discurso del orgullo gay. Sin embargo, como lo muestra la investigación de Laguarda, a partir del segundo año en que se realizó esta marcha (28 de junio de 1980), los grupos activistas incorporaron este discurso en sus publicaciones, llevando a cabo la manifestación en el marco del Día Internacional del Orgullo Gay. Resalto esta dimensión porque es, justamente, a partir de la incorporación del imaginario de lo gay que la idea de “salir del clóset” toma un sentido de revelación. Siguiendo a Laguarda (2007):

La palabra gay supone la consolidación de la distinción homosexual/heterosexual construida durante el siglo XIX; refuerza la noción de una orientación sexual natural en los sujetos, pero le resta un posible carácter patológico. En general, los gays asumen que son homosexuales, pero consideran que la homosexualidad es una variante sexual, no una desviación o una enfermedad (p. 53-54).

Así pues, la manifestación pública se convierte en una constante reivindicación de esta identidad, por un lado por la “revelación” de que los/as homosexuales existen y, por otro, que al no estar enfermos/as, merecen un lugar en la sociedad. No obstante, el caso de la Ciudad de México es particularmente interesante, dado que las primeras marchas surgieron a partir de la organización de colectivos que comulgaban con la izquierda, por lo que resulta curiosa la transición a las marchas del orgullo que se organizan año con año. Al conversar con algunos de mis informantes, me pareció interesante la opinión de Edgar, en especial porque pertenece a la generación en las que surgen estas manifestaciones (la década de los setenta), no se vea identificado con ellas actualmente:

Asistí a las primeras marchas del orgullo y de no sé qué, cuando era una bonita marcha, cuando ibas había vestidas, había quien se ponía alas, en fin, pero había un orden, había un porqué. Había gente que iba, digo, yo iba normal, había gente que iba con su familia, pero hoy es como muy, ya luego se degeneró mucho, ya hoy no sabes a qué vas. ¿Cuál marcha? O sea, ahora ya solo ves un montón de gente que no lleva ningún orden. Antes terminaba en un discurso, terminaba en varias cosas, terminaba en un mitin, hoy no, hoy llevan la bandera y todos gritan y les agarra la lluvia porque siempre llueve, y ya, digo, les gusta eso.

E: Entonces, ¿ahorita ya no vas a la marcha?

R: No, desde hace muchos años.

E: Ok, ¿cuándo sí ibas?

Recién llegado aquí, fui en noventa y...es más, fui antes, fui desde el 90 hasta como por el 99 – 2000, 2001. Ya cuando se empezó a degenerar, cuando ya, eh, cuando ya ciertos personajes iban a exhibirse metiéndose consoladores a la vista de todos dije *hasta aquí*. O sea, ya esto no es, ya esto es exhibicionismo, ya no es marcha de aceptación, de *miren, habemos muchos y habemos abogados y habemos doctores, habemos ingenieros, habemos médicos*. O sea, antes se viajaba por contingente y hoy, y los antros iban al final, pero antes iban los contingentes, y tú te metías al contingente y te conocía la gente. Inclusive servía para hacer relaciones, y hoy no, hoy no sirve para eso, hoy no veo que sirva para nada, hoy no veo que sirve para nada (*Edgar, 59 años*).

El testimonio de Edgar es interesante porque, más allá de la “degeneración” a la que alude mi informante, permite analizar una función importante de las marchas del orgullo, que, creo yo, sigue vigente. Para Edgar, estas manifestaciones tenían (o tienen) entre sus funciones, la labor de mostrar ante la sociedad que los gays no son degenerados, sino que, en sus palabras,

“habemos muchos y habemos abogados y habemos doctores, habemos ingenieros, habemos médicos”; es decir, que los gays son “gente normal”, “gente bien”, lo cual tiene mucho que ver con la identidad gay, arraigada en la Ciudad de México. Aquí también quisiera precisar que las primeras marchas a las que se refiere Edgar no fueron las primeras, sino que ya llevaban, por lo menos, diez años haciéndose, lo cual me lleva a preguntar por qué este informante ubica las manifestaciones de los años noventa como las primeras. Durante nuestras entrevistas, mi informante me contó que él migró de la Ciudad de México hacia Veracruz por un largo periodo de tiempo, lo cual podría explicar que no haya sido testigo de las marchas del orgullo en la capital del país durante esos años. Sin embargo, también es importante considerar que durante los primeros años del movimiento de liberación homosexual en México, una buena parte de la comunidad, sobre todo de varones homosexuales, no estaba al tanto del activismo político, o no estaba interesado en participar de él. Regresando al trabajo de Laguarda, cabe considerar que “la identificación explícita del socialismo con la liberación homosexual establecida por las organizaciones de la ciudad de México, tendía a apartar a la mayoría de sus seguidores inmediatos, fundamentalmente pertenecientes a los sectores medios” (2007, p. 78).

Del testimonio de Edgar, también rescataré que, de acuerdo con su visión, las marchas también suelen ser un espacio de relacionamiento, de creación de redes más allá del ligue. La marcha, además de la función de comunicación hacia el exterior, tiene una función hacia el interior de la comunidad muy importante: el volverse parte de ella, pertenecer al “ambiente”. Esta expresión se apega mucho más a la idea del *coming out* que describe Chauncey (1990), en tanto que “entras” o “te presentas” en el ambiente. Así, aunque, como lo describe Laguarda (2007), el ambiente tiene mucho más que ver con la vida nocturna, la primera asistencia a la marcha del orgullo puede también llegar a ser, para varios, una entrada a la comunidad. Como me contó Diego, la primera vez que asistió a una marcha, fue también la primera vez que sintió orgullo y que, además, pudo convivir con personas de la comunidad LGBT+:

El antepasado fue mi primer *Pride* y fue porque ya me había aceptado, te digo, soy una persona que cree mucho en las cosas, en las luchas, entonces yo fui a marchar, fui a la marcha. Fui muy feliz, muy emocionado porque obviamente como que una vez que te aceptas y vas al *Pride* es como “güey,

por fin puedo” como, orgulloso, ¿no?, gay y orgulloso, marica y orgulloso (...), me fui cómodo, no me llevé nada, como, de la comunidad, de la banderita, no me llevé nada, hice un cartel, solamente hice un cartel, como, no me acuerdo qué decía, pero hice un cartel para la marcha. Y la vi [a mi amiga] en Reforma, me junté con ellos y fue un gran momento porque, para mí, fue darme cuenta de que somos muchos, que había mucha gente y convivir con la gente, con la gente gay, gente lesbiana, gente bisexual, entonces fue un gran momento, lo recuerdo mucho, para mí fue muy significativo (*Diego, 22 años*).

Como lo destaca Butler (2017), la exclusión de los espacios de aparición significa también la negación del derecho de pertenencia a una comunidad, por lo tanto “la acción plural y pública es el ejercicio del derecho a ser parte de la comunidad, y ejercitando ese derecho se está creando el espacio de la aparición” (p. 65). En el relato de Diego, es posible notar un sentimiento de pertenencia a la comunidad y, sobretodo, un sentido de pertenencia a la identidad gay y lo LGBT, distinta a la que se percibe en el testimonio de Edgar. En este tenor, podríamos decir que la “entrada” al ambiente de Diego se llevó a cabo cuando asistió a su primera marcha, la cual, como lo cuenta, estuvo marcada por la sorpresa y la ingenuidad de no saber qué esperar. Conforme avanzó la conversación, Diego explica que hizo uso de los diversos símbolos que permiten identificar a la comunidad, como la bandera LGBT, y confiesa que para las siguientes ediciones, su plan es “festejar, llevar mi playera, llevar mi glitter, es como muy así, pero también retomar la lucha política, porque, pues, politólogo (risa)”.

Como muestra el discurso de Diego, el fenómeno de la marcha del orgullo es complejo, en tanto que es una manifestación política, a la vez que también resulta una oportunidad para mostrarse como parte de esta colectividad, del ambiente. Esta constante tensión entre “lo político”, es decir, la exigencia de derechos y el festejo, la reflejan las opiniones de algunos de mis informantes. Por ejemplo, Jesús (29 años) confiesa lo siguiente:

O sea, sí tenía como este concepto de... no sabes ya ves que dicen que este concepto como de carnaval y que la verdad nada más van a hacer como, nada más como a exhibirse y cosas así. Sí estaba yo, como un poco de acuerdo ahí, porque, pues, ves cosas en, por videos de *Youtube* y cosas así, y sí luego ves así, pero, pues, si se supone que es una marcha para exigir derechos y para exigir igualdad y que te, no sé, que vayan así *drags* y cosas así que pueden...yo sí estaba como en contra, ¿no? (*Jesús, 29 años*).

Esta opinión, similar en algún sentido a la de Edgar, refleja la desarticulación entre la lucha política y el derecho a la aparición de sujetos con distintas expresiones de género, e incluso

excluye las manifestaciones características del “ambiente gay”, como la fiesta, con la exigencia de derechos y libertades. Sin embargo, más adelante me explica que, a partir de que empezó a asistir a la marcha, su opinión cambió y se percató de que “pues sí, es el ambiente gay como tal, o sea, sí se van a divertir, pero también esa misma diversión pues si o sea, hay personas que son *drags*, personas que, no sé, travestis y así y les gusta y está padre e igual convives con alguna de ellas y no tienes ningún problema, al contrario”. En esta misma línea, Jair me comenta que a él siempre le ha gustado la marcha y que, de hecho, encuentra disfrute en sus contradicciones:

Creo que me gusta porque es una celebración, digamos de la identidad, como por ser casi como una terapia de shock hacia la sociedad, digamos, hacia el mundo exterior, respecto a todas las formas en que las personas son libres. Y son libres en función de su sexualidad, de su identidad, de su expresión corporal, y por tanto, es un, yo lo considero como una cosa que es una fiesta, y que es una fiesta que es política (...) Luego hay unas contramarchas que me parecen muy interesantes que están al interior de la marcha expresándose en contra de todo lo que les parece inapropiado de la forma de la manifestación pública. Y hay, por ejemplo, unos grupos, así, anarco-queers, que van vestidos de, creo que es negro y morado, que son como grupos que no adoptan el lenguaje de la diversidad sexual, ni de las siglas LGBT, pero que algunos se distinguen desde la categoría *queer*, u otros, más bien como feminista, este, y anarquista, pero lo que me gusta mucho de que estén ahí es que van y se manifiestan, y haz de cuenta que van como cortando la marcha, entonces, se paran en frente de un contingente, seguramente tienen unos tambores y demás, y gritan sus consignas y simbólicamente interrumpen la marcha y la paran, y luego se quitan y hacen lo mismo más adelante. Y a mí, no sé por qué, pero me encanta que eso suceda (*Jair, 30 años*).

Como destaca Jair, la marcha puede ser “una terapia de *shock* hacia la sociedad”, aunque, desde mi experiencia observando esta manifestación, me parece que esta manifestación se puede analizar desde la importancia de mostrarse ante la misma comunidad.

Al asistir a la edición 41 podría decir, incluso, que ésta es un escaparate, un escenario en el cual se realiza un *performance*, precisamente, del orgullo, del *pride*, para lo cual “hacerse ver” es fundamental. No es que la revelación de la orientación sexual quede en un plano menos importante, sino que, más bien, hay una serie de signos corporales e indumentarios que funcionan como identificadores y que logran comunicar la pertenencia a una comunidad. Como lo describe Goffman (1956), una fachada social tiende a institucionalizarse en función de expectativas estereotipadas²⁸, lo cual permite que se genere

²⁸ En inglés: *stereotyped expectations*.

un significado estable de esta fachada. Esta fachada se convierte en una “representación colectiva” y un hecho en sí misma (p. 17). Aquí quisiera que el término “expectativas estereotipadas” se comprendiera no como algo peyorativo, sino como algo que, de cierta forma, se espera, que no sorprende. En el caso de la marcha del orgullo, la fiesta es un aspecto clave que, precisamente, evoca a la identidad gay y que abona al significado de despatologización. No obstante, además del ambiente festivo, existen distintos elementos que ayudan a dar sentido colectivo a esta “fachada social”, por ejemplo la bandera de arcoiris utilizada en diversas presentaciones (ropa, productos, colgada en la fachada de edificios, etc).

Además de estos elementos, una de las principales cuestiones que me resultan importantes para este análisis es ubicar las distintas expresiones corporales que se pueden ver en esta marcha/desfile. Por ejemplo, durante mi asistencia a la 41 Marcha del Orgullo en la Ciudad de México pude observar, en el caso de los varones, varios elementos que se repetían, como el uso de faldas o tacones, tradicionalmente designados para mujeres, rostros maquillados, uñas pintadas o postizas, y prendas que mostraban buena parte del cuerpo, como ombligueras, shorts muy pequeños y, en muchos casos, hombres desfilando en ropa interior. Continuando con la metáfora teatral, la importancia de las formas en que aparecen los cuerpos radica en que estos “son actores subyugados y empoderados que tratan de arrebatar la legitimidad a un aparato estatal (...) para constituir ellos mismos su propio teatro legítimo” (Butler, 2017, p. 89). Sin embargo, esta lucha por la legitimidad puede ser vista de distintas formas por los sujetos. Desde mi perspectiva, quizás sea en estos desafíos a las normas tradicionales de género donde radica buena parte de la “degeneración” a la que se refiere Edgar, en tanto que las líneas entre el género y la orientación sexual se difuminan. Es decir que las manifestaciones en la marcha van más allá de hacer visible que “cualquier persona” puede ser gay (abogados, médicos, ingenieros, etc), sino que, según mis observaciones, la importancia radica en hacer visible la diferencia y el derecho de aparición a partir de esa diferencia.

En palabras de Butler (2017), “cuando los cuerpos se reúnen en la calle, en la plaza o en otros espacios públicos es lo que se podría llamar el ejercicio performativo de su derecho a la aparición, es decir, una reivindicación corporeizada de una vida más vivible” (p. 31). De

esta manera, más que un derecho de aparecer ante la sociedad heterosexual, la marcha del orgullo es un ejercicio de aparecer ante quienes resultan similares al sujeto. Por eso identifico una función del *coming out* mucho más apegada a lo que describe George Chauncey (1990) durante los años entreguerras en Nueva York, lo cual significaba, para los hombres homosexuales (*fairies* y *queers*) una suerte de presentación en sociedad, tomada de las costumbres de la sociedad burguesa en la cual las mujeres jóvenes “salían” o “eran presentadas” en sociedad. Así, cuando los *fairies* o los hombres homosexuales comenzaban a descubrir los distintos círculos en donde se podía vivir su sexualidad de forma más libre, al mismo tiempo que empezaban a ser conocidos en dichos círculos, a este proceso se le consideraba el *coming out*. Así pues, es importante decir que la marcha del orgullo, como bien lo expone Jesús en su relato, no se remite únicamente al trayecto por las calles del centro de la ciudad, sino que se enmarca dentro de una serie de actividades durante este día, sobretodo las fiestas que distintos bares y antros suelen organizar para festejar el día del orgullo.

Pasando a otro punto que llamó mi atención durante el recorrido desde el Ángel de la Independencia hacia las calles del Zócalo de la Ciudad de México, me parece necesario recordar que el clóset, como lo señala Sedgwick (1990), traspasa las fronteras del sujeto. El clóset no es algo que únicamente viven las personas homosexuales, sino que, en el proceso de deconstrucción, el sujeto se encuentra con el clóset de otras personas, por ejemplo, de sus familiares. Durante la marcha pude ver carteles y personas llevando mensajes en sus playeras que decían, por ejemplo, “soy mamá de un hijo gay”, lo cual indica una revelación ante la comunidad con quien se identifica su hijo y con la sociedad heterosexual. Resalto este aspecto dentro del análisis de la deconstrucción del clóset ya que, como he mencionado, éste es un proceso tanto social como individual. Con esto, más allá de exponerlo como un proceso de interacción, quiero señalar que los sujetos se encuentran en un estado de *precaridad*, lo cual se refiere a, en términos de Butler (2017), “una condición impuesta políticamente merced a la cual ciertos grupos de la población sufren la quiebra de la redes sociales y económicas de apoyo mucho más que otros” (p. 40). Por lo tanto, no es menor que existan este tipo de manifestaciones en la marcha del orgullo, pues muestran un avance en la aceptación del sujeto distinta a la que hemos visto hasta este momento.

Podemos decir que la deconstrucción del clóset llega a involucrar también el proceso de aceptación familiar, en tanto que inciden en el estado de *precaridad* de los sujetos. De esta manera el clóset se deconstruye no únicamente a partir de la declaración o de la aparición del sujeto homosexual, sino que también se deconstruye desde los otros. Citando una vez más a Butler (2017):

La vida del otro, la vida que no es nuestra, es también nuestra vida porque, sea cual fuere el sentido de nuestra vida, este se deriva precisamente de esa sociabilidad, de ese ser que ya existe, y depende desde el principio de un mundo de otros, formado por y en un mundo social (p. 111).

Entendiendo al clóset como un dispositivo de la biopolítica que disciplina la forma en la que existe el sujeto, las manifestaciones públicas en donde se ejerce el derecho de aparición ante el otro y ante uno mismo son un medio de petición de justicia, de resistencia a la *precaridad*, pero también son un pilar fundamental en la construcción del sujeto.

Reflexiones

En este capítulo mi intención fue demostrar que, más allá de la declaración, o lo que podría considerarse la “salida del clóset”, el proceso de deconstrucción del clóset es complejo. Al releer los relatos de mis informantes es claro que, para varios, el aceptar para sí mismos que eran homosexuales fue y continúa siendo un momento crucial en sus vidas. Organicé este capítulo con estos apartados con el objetivo de plasmar que, mientras que el proceso personal de aceptación es, sin duda, fundamental para deconstruir este dispositivo biopolítico, la interacción social juega un papel de igual importancia. Por lo tanto, fue importante plantear que la declaración tiene muchas más implicaciones que el simple hecho de decirle a ciertas personas que uno es homosexual.

Lo anterior es, de cierta forma, una respuesta a los datos que obtuve al realizar el cuestionario en línea a personas heterosexuales. Ante la pregunta ¿cómo describirías lo que significa la expresión “salir del clóset”? muchas de las respuestas empleaban términos como “aceptar”, “ser abiertamente homosexual”, “declarar”, “hacer público” y, una más llamativa: “aceptar su propia sexualidad sin importar la opinión de los demás”. Esta última respuesta me llenó de curiosidad, sobretodo por el cierre que implica un desinterés en las reacciones de los otros. Si bien no cabe duda de que haya personas despreocupadas por lo que piensan

los demás de su orientación sexual, lo que se pudo observar a partir de los testimonios de mis informantes es que la declaración es necesaria en tanto que busca la reacción (idealmente positiva) de ese otro con quien se comparte.

En este capítulo vimos que uno de los principales efectos que tiene la declaración de la homosexualidad es deshacer la expectativa (heterosexual) de la familia. Este proceso también es complejo en tanto que, entran en juego los estereotipos y prejuicios de la familia. De esta forma, la frase “ya lo sabía” hace pensar que más que una declaración, el sujeto estaba confirmando algo de lo que ya se tenía conocimiento. Esto, más que hacer la labor de declararse más sencilla, a veces resulta más compleja, ya que no solo es a la expectativa de la heterosexualidad con la que el sujeto se enfrenta, sino también a las ideas preconcebidas del otro respecto a lo que significa ser homosexual. Es justamente por eso que los sujetos homosexuales emplean diversas estrategias que les permiten evitar, en la medida de lo posible, estas declaraciones obligatorias, lo cual los obliga a estar híper-conscientes de la posible respuesta que pueden recibir en distintos contextos.

A manera de resumen, este capítulo muestra las diversas aristas dentro del proceso de deconstrucción del clóset y las implicaciones que este tiene en el sujeto. Este proceso no tiene un fin claro para el sujeto, ya que depende en gran medida del contexto y los recursos que éste tenga para enfrentarse a las normas de una sociedad heteronormativa. No obstante, el avance en la lucha por los derechos de la comunidad LGBT y la creciente apertura a la diversidad sexo-genérica en la Ciudad de México, parece indicar que estos enfrentamientos con las normas son cada vez menos necesarios. En el siguiente capítulo abordaré, desde los testimonios de mis informantes, una de las discusiones que han motivado en gran medida esta tesis: la posible desaparición del clóset.

Capítulo V

La (posible) futura desaparición del clóset

A lo largo de los dos capítulos anteriores analizamos el proceso de construcción y deconstrucción del clóset a partir de las experiencias de un grupo de varones homosexuales habitantes de la Ciudad de México. El objetivo de estas páginas es mirar más allá del binomio “entrada-salida” del clóset para comprender mejor la enorme complejidad que presenta este fenómeno. No obstante, queda un tema que queda por profundizar y es el de la posible desaparición del clóset. Esta idea ya ha sido explorada en diversos trabajos teóricos y empíricos en décadas anteriores y, sobretodo, se basan en los grandes cambios que han sucedido en las vidas de las personas homosexuales desde el comienzo del movimiento político de liberación en distintos países. Por ejemplo, lo que Seidman (2004) entiende como la vida “más allá del clóset” (*beyond the closet*) se refiere a que, en el Estados Unidos post-Stonewall, ya no existe un velo alrededor de la homosexualidad y los hombres gay y mujeres lesbianas han dejado de ser invisibles ante la sociedad. Asimismo, el autor recalca lo que él ubica como la diferencia clave entre la vida en el clóset y la vida más allá de éste es que, en la última, los sujetos no toman decisiones que afectan radicalmente sus vidas para evitar ser expuestos como homosexuales.

En este último capítulo abordaré esta discusión, principalmente, desde los testimonios de mis informantes, para así analizar lo que significa este constante avance hacia una vida más vivible (Butler, 2017). Primero me enfoco en algunas de las diferencias que envuelven lo que mis entrevistados entienden como el “salir del clóset” actualmente, sobretodo resaltando las discordancias que surgen de la diferencia de edad y las diferentes perspectivas sobre la creciente visibilidad de las personas homosexuales. Luego reflexionaré sobre la disyuntiva entre la búsqueda de la visibilidad de sujetos de la diversidad sexual que busca el movimiento político, que incluye, por supuesto, la declaración de la orientación sexual y, por otro lado, la lucha en contra de la declaración obligatoria. En el tercer apartado analizo lo que mis informantes describen como el futuro y lo que, desde sus posiciones, depara a las generaciones más jóvenes. Por último, me aproximo, desde el planteamiento de la desaparición del clóset, al cuestionamiento de las categorías y las dicotomías en torno a los

sujetos con deseos homoeróticos y de qué forma juega la metáfora del clóset en las vidas de sujetos que no se identifican dentro de este discurso dominante.

Las distintas perspectivas sobre “salir del clóset”

Conforme avanzaron las conversaciones con mis informantes, surgió la posibilidad de que el término, y más allá del término, la acción de “salir del clóset” pueda ser algo del pasado. Al reflexionar sobre este punto me percaté de que, si bien existe una idea, más o menos, general de que hay una mejora constante respecto a la aceptación de la homosexualidad en la sociedad mexicana, las perspectivas sobre la situación actual difieren en los testimonios de algunos de mis informantes. Estas perspectivas se encuentran atravesadas, de acuerdo con mi análisis, por la generación a la cual pertenecen. Específicamente se observan posturas discordantes entre los entrevistados de mayor edad y los más jóvenes respecto a la vigencia de lo que podría considerarse un rito de paso para sujetos no heterosexuales.

El primer punto que quisiera destacar es la idea de mis informantes mayores sobre la situación que las generaciones jóvenes viven hoy en día respecto a su sexualidad. Al conversar con Fernando (49 años), él fue muy enfático conmigo respecto a su opinión sobre “salir del clóset”, puesto que, para él, esta expresión había perdido vigencia, en tanto que hace referencia a un momento histórico en el cual ser homosexual se asociaba a la clandestinidad, a algo prohibido en la sociedad y que, por tanto, al ocultarse mediante ciertas acciones u omisiones, debía hacerse explícito cuando el sujeto quisiera vivir su sexualidad de forma pública. En contraste con esto, Fernando me explica que, desde su visión, actualmente esto ya no sucede, ya que las generaciones más jóvenes, de 20 años para abajo, no sienten la necesidad de ocultarse, ni de hacer explícito el hecho de que son homosexuales:

Mira, como te comenté, la salida del clóset es algo bien raro y algo, como, un tema muy, muy antiguo ¿no? Porque anteriormente sí estabas en el clóset, pero por lo gay no creo que ya exista ese termino. Si le pudiéramos preguntar a alguien con 25 años, con 20 años y digo *¿Cuándo saliste del clóset?* - *Pues, es que, nunca entré, siempre fui igual ¿no?*, creo yo. Entonces, la salida del clóset, como te comenté, nunca fue, mmm, pues algo que estuviera muy marcado ¿no? Este, simplemente fue el, el aceptarte, pero *¿salir del clóset?* Se me hace difícil a veces el, el término, a qué referirte con salir del clóset, *¿a decirle a todo mundo que eres gay?* Mmm, no pues no lo haces, porque no hace falta, no hace falta que les digas *ya me gusta estar con hombres en lugar de mujeres ¿no?* (Fernando, 49 años).

Fernando plantea que existe una diferencia entre el proceso de aceptación de la orientación sexual y lo que se entiende por “salir del clóset”. En la opinión de mi informante, estos son dos procesos diferentes, en tanto que el primero es algo individual que el sujeto debe de atravesar, mientras que el segundo se refiere a la declaración pública, la cual ha quedado obsoleta. Mi informante ubica el “estar en el clóset” como algo que ocurría en generaciones pasadas, en las cuales los hombres que no podían vivir su homosexualidad de forma pública tenían que “vivir una doble vida”.

Lo que propone Fernando, hace eco con algunos planteamientos teóricos que proponen la superación del clóset. En su investigación sobre la transformación de la vida de personas gays y lesbianas en Estados Unidos (específicamente Nueva York), Steven Seidman (2004) indica que la vida de las personas gay en la época actual es muy distinta a lo que era hace un par de décadas, en tanto que existe una mayor posibilidad de elegir cómo vivir, lo que se traduce, en muchos casos, en que estas vidas se parezcan mucho más a aquellas de las personas heterosexuales “convencionales” y menos a las de los homosexuales que vivían en el clóset en años pasados. No obstante, este mismo autor recalca que esto no quiere decir que las brechas de desigualdad hayan desaparecido, puesto que la heterosexualidad sigue manteniendo un estatus social superior, resguardado por el Estado, sus instituciones e incluso la cultura popular. Como lo pone Seidman, existe una contradicción importante en la forma en que los sujetos gay viven actualmente: “muchos individuos pueden elegir una vida más allá del clóset, sin embargo todavía deben vivir y participar en un mundo en el que la mayoría de las instituciones mantienen la dominación heterosexual” (2004, p. 6)²⁹.

Para comprender desde dónde está hablando Seidman (2004) es importante resaltar dos puntos. El primero es la definición puntual que este autor comprende por “estar en el clóset” y la segunda tiene que ver con el contexto en el cual él llevó a cabo su investigación y, por consiguiente, el contexto en el que yo llevé a cabo la mía. De acuerdo con la visión de este autor, hay una diferencia muy grande entre ocultar la orientación sexual en ciertos espacios y/o situaciones y tomar decisiones definitivas en la vida para aparentar ser

²⁹ Traducción propia del inglés.

heterosexual. En este tenor, el discurso de Fernando hace sentido con lo que plantea Seidman, en tanto que ambos observan el clóset como, en palabras de Seidman, un “patrón social” que moldea la vida de las personas³⁰, o, como lo pone Fernando, algo que lleva a las personas a vivir una “doble vida”. Desde el discurso de Fernando lo anterior también tiene que ver con el incremento de la visibilidad de la diversidad sexual en la ciudad, así como con una transformación en la forma en que los jóvenes viven su sexualidad:

Es lo que estamos viviendo ahora, yo lo veo con muchos jovencitos que, bueno, en mis tiempos un lugar gay incluso no tenía ni bandera, sabías que era gay pero no tenía una banderota que estuviera anunciando en todas partes. En mis tiempos no te estabas besuqueando en la calle, güey, ahora en el metro, en la calle, se van besuqueando, se van toqueteando. Han cambiado, creo que exageran en ocasiones, ¿sí? Y que, si quieren ser respetados, creo que también deben respetar a la gente, y si hay niños, no tienen porque ocultárselo, pero tampoco tienen que ser, porque ellos están viv..., están apenas conociendo y, están con padres heterosexuales, según, entonces que vean a dos hombres besándose, pero de una forma ya más sexual, mmm, no lo veo bien. Ni en una mujer, ni en una pareja heterosexual, ni en una pareja gay ¿no? (*Fernando, 49 años*).

Esto me lleva al segundo punto que quisiera plantear en relación con la investigación de Seidman (2004), el cual se relaciona con el contexto social y geográfico en el cual se analiza el clóset. Como bien lo explicita Seidman, la vida de las personas gay en Nueva York quizás no refleja la situación de todas las personas gay en Estados Unidos; de la misma forma, es importante recordar que mis informantes están insertos en el contexto de la Ciudad de México y gran parte de sus referentes remiten a este lugar. Este hecho no es menor cuando buscamos analizar la posibilidad de la desaparición del clóset, ya que la capital del país, de forma similar a la ciudad de Nueva York, no refleja la situación del resto del país, sobretodo en cuestión de acceso a derechos civiles para personas homosexuales. Desarrollaré este punto un poco más en el siguiente apartado, sin embargo, me parece fundamental para entender que, si bien la apertura y, de cierta forma, la aceptación a la diversidad sexo-genérica en la ciudad puede ser mayor, esto no se traduce necesariamente en la superación del clóset. De este modo, considero que Seidman (2004) reduce estas decisiones que moldean la vida de las personas a aspectos, de cierta forma, “permanentes”, como el casarse con una pareja heterosexual. Desde mi perspectiva la constante decisión de declararse es

³⁰ “Life-shaping” social pattern (2004, p. 8)

también parte del clóset, en tanto que también moldea la forma en la que el sujeto se presenta ante el otro.

No podemos pasar por alto que la orientación sexual y, sobretodo, la forma en que el clóset incide en la vida de los sujetos homosexuales está estrechamente ligada con las expectativas de género que la sociedad les otorga. El clóset no se termina con la “aceptación” de la homosexualidad o la obtención de derechos civiles, sino que el sujeto atraviesa por un proceso de deconstrucción que obedece a la naturaleza performativa del género. Siguiendo a Butler (2017), “si el lenguaje actúa sobre nosotros antes de que nosotros mismos emprendamos acción alguna, y sigue actuando en todo momento de nuestra actuación, entonces tenemos que pensar que la performatividad de género es en primera instancia “asignación de género”” (p. 68). Con esto quiero decir que, si bien las generaciones más jóvenes, por lo menos en el contexto de la Ciudad de México, tienen la posibilidad de elegir de qué forma vivir su sexualidad de forma pública, esto es solo una parte del proceso de deconstrucción del clóset. Esto me permite resaltar que es justo en la contradicción que percibe Seidman (2004) sobre el clóset y la desigualdad propiciada por la dominación heterosexual, en la cual considero que el clóset, de hecho, no ha sido superado.

La razón por la cual me permito estar en desacuerdo con los postulados de Seidman (2004) va por dos caminos. El primero, como ya lo mencioné, tiene que ver con el hecho de que la permanencia de la dominación de la heterosexualidad en las diversas instituciones que atraviesan a los sujetos, la llamada heteronormatividad, es la que permite que el clóset siga vigente. Como lo explican Serrato y Balbuena (2015) desde una perspectiva foucaultiana, “la legitimación del orden sexual se ha materializado históricamente a través de diferentes instituciones o dispositivos disciplinarios” (p. 159), así pues, siguiendo a este par de autores, coincido en que la deconstrucción del clóset “[n]o es sólo el hecho de enunciarse como homosexual en un contexto heteronormativo; es confrontar poco a poco, en la cotidianeidad, a través de recursos y prácticas transgresoras, la política sexual del espacio familiar” (2015, p. 178). Con esto no quiero decir que el clóset no ha sufrido cambios a lo largo del tiempo, ya que, sobretodo cuando consideramos los caminos que recorren los sujetos para llegar a la enunciación de la homosexualidad. Por ejemplo, no es lo mismo que alguien haga explícita su orientación sexual frente a su familia a los 38 años, para dar freno a las expectativas de

formar una familia heterosexual, en el caso de Edgar (59 años), que hacerlo para poder tener una relación más abierta con sus familiares desde una edad más temprana, como Jair (30 años) o Diego (22 años). Esto remite a que, en ambos casos, se elige romper con las normas familiares; la motivación para transgredir estas normas desde la juventud, indica que los sujetos no están dispuestos a vivir una “doble vida”, como lo afirma Fernando (49 años).

Lo anterior me lleva al segundo punto en el cual sustento que el clóset no puede pensarse como algo superado, y tiene que ver con la necesidad de los sujetos de llevar a cabo una elección. La performatividad del género comprende, en primera instancia, una asignación de género (Butler, 2017), lo cual significa que antes de que el sujeto pueda elegir, existen una serie de normativas que le constriñen a reproducir ciertas expectativas del género asignado. En tanto que el clóset puede ser entendido como un recurso de la biopolítica que controla el cuerpo y la sexualidad de los sujetos, también impide cuestionar la heteronormatividad (Serrato y Balbuena, 2015). En los testimonios que pude recuperar al entrevistar a mis informantes, todos indican uno o varios momentos en los que eligieron transgredir de una u otra forma estas expectativas, lo cual indica un proceso de deconstrucción de dicho recurso biopolítico. Por lo tanto, para poder afirmar que la vida de las personas homosexuales ya no se encuentra mediada por el clóset, esta necesidad de elegir en qué momentos y situaciones se transgreden las normas tendría que dejar de existir. Dicho esto, en los siguientes apartados me enfocaré a describir lo que, desde mi análisis, encuentro como posibilidades en la transformación del clóset.

Visibilidad necesaria vs. declaración obligatoria

Al abordar los distintos significados que tiene para mis informantes el “salir del clóset” surgió una tensión que es difícil ignorar. Por un lado, el movimiento político que se gestó desde la década de los 70 en México, y años antes en otras partes del mundo, y que continúa en nuestros días, siempre ha buscado, entre sus múltiples objetivos, la visibilidad. De esta forma, nombrarse homosexual ante los demás no solamente tiene un elemento liberador para el individuo, sino que tiene un potencial político importante. Así como Butler (2017) indica que la reunión de los cuerpos en espacios públicos es un “ejercicio performativo de su derecho a la aparición” (p. 31), las declaraciones, en sus múltiples manifestaciones, también lo son.

Además, declararse homosexual en contextos, no solo heteronormativos, sino explícitamente homofóbicos, es un acto de valentía.

Este punto es interesante, sobretodo visto desde la perspectiva del orgullo (*pride*), ya que, el declararse le brinda al sujeto la capacidad de poder decir, como lo exclama Diego (22 años), “marica y orgulloso”. En este sentido, el haberse declarado también puede hacer que quienes lo hayan hecho tengan sus reservas de relacionarse sexo-afectivamente con quienes no lo han hecho. Como lo describe Jair (30 años), cuando tenía entre 19 y 20 años, él tenía la convicción política de no involucrarse con personas que estuvieran “en el clóset”:

Yo decía: *no me voy a involucrar, siquiera sexualmente, con una persona que está en el clóset, o sea, por una cuestión política, así, como que yo sentía que lo que yo estaba haciendo era súper heroico y me había costado mucho trabajo, eh, que requería muchísimo esfuerzo y trabajo y amor propio, decidir, definir tu identidad, decirselo a las personas, y, lo que yo pensaba es que me parecía injusto que alguien pudiera vivir su sexualidad homosexual sin salir del clóset. O sea, como que yo creía que, o sea conmigo si quieres coger, pues no va a ser. Seguramente con alguien cogerás, pero conmigo no porque qué injusto y chinga tu madre. Y si quieres pasarla bien, pues, ve y escóndete, lo cual es súper contradictorio con todo lo que dije antes [risas] (Jair, 30 años).*

La contradicción a la que se refiere Jair tiene que ver con que, actualmente, él entiende que declararse no es una cuestión de blanco o negro. A diferencia de lo que pensaba cuando tenía 20 años, Jair ahora me explica que es necesario comprender los distintos contextos en los que un sujeto está inserto. Esto quiere decir que la declaración no es algo que se le puede exigir a todas las personas homosexuales, justamente porque, dependiendo del contexto, como menciono en el capítulo anterior, las respuestas pueden ponerle en una situación de gran vulnerabilidad.

En este tenor, la contraparte de la necesidad de visibilizar la diversidad sexual es, precisamente, la injusticia que supone para los sujetos no heterosexuales, el tener que declararse para validar su deseo dentro de una sociedad heterosexual. Esta es la tensión a la que me refiero en líneas anteriores, en tanto que “salir del clóset” puede ser una herramienta política que permite hacer visible a un grupo y sus luchas, pero también es un factor que reitera la desigualdad entre hetero y homo. Dicha tensión la pude notar también desde la perspectiva de las personas heterosexuales, ya que las respuestas recibidas a la pregunta “¿salir del clóset es algo necesario para las personas no heterosexuales?, dentro del

cuestionario en línea que realicé³¹, fueron diversas. Por un lado, varias respuestas iban sobre la línea de la injusticia, es decir, reparaban en que, dado que aun no existe la aceptación suficiente sobre la homosexualidad, sigue siendo necesario para las personas no heterosexuales declararse. No obstante, por otro lado, algunos/as respondientes recalcan que no debería ser algo necesario y que, de hecho, las personas no heterosexuales tienen el derecho de no declararse si así lo deciden; es decir, la declaración es un proceso personal y que depende de cada sujeto. Por último, unas cuantas respuestas tocaron el tema de la necesidad de “salir del clóset” para los otros, es decir, que argumentaban que sí es necesario que una persona homosexual haga explícita su orientación sexual, en tanto que así permite a los/as demás conocerle y convivir mejor. Me pareció interesante retomar estas reflexiones ya que denota la importancia de cuestionar el “salir del clóset” como algo que va más allá de la “liberación” del sujeto, o de la posibilidad de vivir de forma más auténtica.

Al reflexionar sobre este tema, Jair comenta que, ciertamente, “es agotador e injusto y la cuestión es que, no creo que la gente deba, digamos, de hacer explícita su orientación sexual, es que la gente debería poder, ¿me explico? Lo que creo que es injusto es que alguien como yo diga *tienes que salir del clóset, porque eso es lo que está bien y así contribuyes*, y es como, para mí realmente es, pues es injusto para esa persona también, porque el asunto es que no tendría que ser una acción política, sino que simplemente forma parte de su vida”. Como lo expresa mi informante, vivir de forma abierta la sexualidad no debería de ser un acto político y, de acuerdo con la visión de otros informantes como Fernando, ha dejado de serlo, pues la declaración ha perdido importancia. Sin embargo, quisiera señalar que quizás en el “no debería ser político”, hay, de hecho, una lucha política. Para aclarar un poco más este punto, retomaré los testimonios de César (21 años) y Diego (22 años). Mientras conversábamos sobre las razones por las cuales no había decidido declararse explícitamente con muchas personas, César me respondió que, por un lado, esta es una conversación que quisiera tener con su mamá y su papá, sin embargo, el *tener que* hacerlo le causaba un conflicto:

³¹ Para más información sobre cómo se realizó este cuestionario, revisar el apartado metodológico de esta tesis.

Creo que casi no lo he dicho, es que también hay un tema como con eso, o sea, como que pues, no sé, toda mi vida, a partir como de la adolescencia o prepa la gente. He visto a la gente salir con publicaciones en Facebook ¿no?, explicando cómo son, y como muchos ya lo sabíamos o lo intuíamos. Y yo siempre he sido como de los que creo que hay que normalizarlo. O sea, si la gente heterosexual no sale de ningún lado, pues yo tampoco tendría que salir de ningún lado ¿no? (*César, 21 años*)

Hago énfasis en el acto político que subyace a la decisión de no declararse ya creo necesario identificar estos matices. No es lo mismo, me parece, no declararse por miedo a la reacción del otro, o, por ejemplo, en el caso de Ernesto (27 años) y Raúl (36 años), quienes no ven necesario hacerlo explícito porque ya no tienen presión de su familia a mostrar un estilo de vida heterosexual, que no declararse por una convicción política. Lo que se puede leer en el relato de César es una clara oposición a la obligación de hacer algo que las personas heterosexuales nunca deben, siquiera, cuestionarse. De forma similar, al conversar con Diego sobre este tema, enfatiza que una de las luchas políticas que le parece más importante es la de lograr que las personas dejen de asumir la sexualidad de alguien más. Por lo tanto, él prefiere alentar a las personas a que le pregunten si es gay:

Yo lo publico, y si alguien tiene el valor de preguntarme y decírmelo, pues se lo digo con toda sinceridad ¡sí!, para que se rompa un poco el tabú del tema de la homosexualidad, y que dejen de asumir en general, una mini lucha, que dejen de asumir tu sexualidad ¿no? ¿Por qué la gente asume de entrada que eres heterosexual? ¿por qué la gente cree eso? O sea, ¿por qué no pueden asumir que eres gay de entrada y preguntan como, ¿eres heterosexual? Como que ha sido, así ha sido mi lógica respecto a, por eso no lo digo, por eso sí me gusta que me pregunten porque siento que es una forma de confrontación, pero positiva, de que, romper un tabú (*Diego, 22 años*).

La postura de Diego es sugerente, ya que emplea las redes sociales como una forma de evitar la declaración “cara a cara” y, por otro lado, pone la responsabilidad de la declaración en el sujeto heterosexual. No hay que dejar de lado que esta confrontación de la que habla Diego, además de resistir la declaración, tiene que ver también con desafiar constantemente estereotipos de género. En este sentido, los ejercicios performativos (Butler, 2017) como publicar fotos en redes sociales de la marcha del orgullo, o llevar en el cuerpo transgresiones como maquillaje o una diadema de flores, como me cuenta Diego, son clave para lograr la desarticulación del clóset. Sin embargo, no todos mis informantes están de acuerdo en la necesidad de estas acciones y, en cambio, critican el hecho de que, en su opinión, las generaciones más jóvenes, visibilicen tanto su sexualidad. Un ejemplo de esto es el discurso

de Fernando respecto a las transgresiones de género que puede observar en los hombres homosexuales más jóvenes:

Yo creo que ahorita los chicos deberían de meterse un ratito al clóset porque sí están demasiado liberales ¿no? Ya es, desde temprana edad se les nota [que son gays]. [Aunque] también, a veces podrías confundirte, y eso también ha servido, yo creo, para camuflajearse, porque muchos se pintan las uñas de negro, porque es la moda de los chicos. Hay muchísimos chicos, ahora que yo he visto en la calle, que se pintan las uñas como las mujeres, de colores o todas de un color y una diferente, ya traen las uñas largas. Muchos, muchos y llámese con traje, con mezclilla, con ropa rota, de todos los tipos he visto muchos hombres que ya tienen las uñas, jovencitos, en su gran mayoría, son puro jovencito que traen uñas pintadas, que traen muchísimo maquillaje, traen plastas, se les nota, digo, ni siquiera bien ¿no? La moda, las tendencias, pues las tenemos que respetar, pero sí, lo que decías, entre la línea de lo masculino y lo femenino como que está cada vez menos, menos notorio, ya muchos con falda, y no me gusta. No siento que sea cómodo (*Fernando, 49 años*).

Como lo expone Fernando, su crítica va encaminada a las “modas” de la juventud, sin embargo, hay también una fuerte resistencia a fracturar las normas de género. Por lo tanto, la sugerencia de que los chicos deben “meterse un ratito al clóset” indica un deseo de mantener un cierto pudor que va de la mano con las normas de género.

De forma similar, Edgar hace énfasis en que él identifica una diferencia muy clara entre lo que significa “libertad”, es decir, la obtención de diversos derechos y, por otro lado, “libertinaje”, lo cual, en su opinión, se refiere a perturbar los derechos del otro. Al conversar sobre las implicaciones que ha tenido en este binomio (libertad-libertinaje) la manifestación colectiva, mi informante señala lo siguiente:

A mi me enseñaron mucho, o aprendí muy bien la diferencia entre libertad y libertinaje. Esa libertad que conseguimos, ese poder salir a la calle y, si quieres tú, ir abrazados, o tomarnos, que pudiéramos tomarnos de la mano en un restaurante, algo así, se convirtió en un libertinaje. Pero sí es como un salir, es mostrar que existe esa comunidad, ¿sí?, y que es muy grande. Eso es lo positivo que veo de la famosa marcha.

Libertinaje, ¿como en qué sentido?, ¿cómo lo describirías?

Libertinaje es cuando rebajas esa línea. La libertad es poder ejercer tus derechos, pero también tienes obligaciones, y es poder hacer lo que quiero sin atentar contra los derechos de otros, o los otros terceros. El libertinaje es cuando ya rebajas esa línea. Es como el ejemplo del no fumar, es cuando estoy fumando en un lugar que no se debe fumar. Eso para mí es libertinaje (*Edgar, 59 años*).

En este fragmento se puede observar que, para Edgar, la libertad tiene límites muy claros y al aplicarlos a la visibilidad que permite la Marcha del Orgullo, él entiende que esa línea se

cruza porque no se respeta un pudor “mínimo”, como también resalta Fernando. En este sentido, la metáfora que emplea mi informante es útil para comprender su visión, ya que propone los distintos ejercicios performativos, incluso como los más gráficos como los que él menciona (“ciertos personajes iban a exhibirse metiéndose consoladores a la vista de todos”), son algo que contamina (como humo de cigarro) el orden de las normas de género.

Ahora bien, antes de pasar al siguiente apartado, quisiera abordar un punto interesante que surge en esta disyuntiva entre buscar la visibilidad de la homosexualidad y combatir la declaración obligatoria. Al preguntar a mis informantes si estarían dispuestos a relacionarse sexo-afectivamente con alguien que estuviera “en el clóset”, es decir, que no viviera de manera pública su homosexualidad o que tuviera que separar su vida social entre quienes conocen su orientación y quienes no, casi todos contestaron de forma negativa. Por ejemplo, Jair fue uno de los más enfáticos en explicar que, cuando era más joven y recién comenzó a vivir su sexualidad de forma más abierta, no estaba dispuesto a estar con alguien que no aceptara públicamente su orientación sexual:

No [risas]. Como que ahorita no sé muy bien por qué no, pero recuerdo que cuando estaba más joven que ahora, y recién había salido del clóset, y tenía como 19 años, 20 años, decía *yo no me voy a involucrar, siquiera sexualmente, con una persona que está en el clóset*, o sea, por una cuestión política, así como que yo sentía que lo que yo estaba haciendo era súper heroico y me había costado mucho trabajo, eh, que requería muchísimo esfuerzo y trabajo y amor propio, decidir, definir tu identidad, decírselo a las personas, y, lo que yo pensaba es que me parecía injusto que alguien pudiera vivir su sexualidad homosexual sin salir del clóset (*Jair, 30 años*).

Desde la óptica de Jair, en ese entonces, existía una suerte de desigualdad entre aquellos que decidían exponerse y declarar su orientación sexual y aquellos que preferían vivir en el anonimato. Mi informante veía esta desigualdad como algo injusto, ya que los que no se declaraban contaban del privilegio que les brindaba la presunción de heterosexualidad. Mientras su homosexualidad permaneciera en secreto, ellos no estaban en riesgo de sufrir las violencias que sufren los sujetos que se han declarado homosexuales. Más adelante en nuestra conversación, Jair me dice que su manera de entender este fenómeno ha cambiado y que, como lo menciono en líneas anteriores, le parece incluso injusto que la declaración de la orientación sexual deba, necesariamente, ser un acto político. Sin embargo, su postura frente a estar con alguien que nunca aceptará su orientación sexual sigue siendo negativa.

En sentido similar, Fernando (49 años) me explica que él no le ve sentido a estar con alguien que no se acepte a sí mismo, o que “viva una doble vida”, sobretodo porque para él, estar con alguien así tiene implicaciones morales que no le parecen bien. Él lo piensa, especialmente, desde la idea de relacionarse con un hombre casado, que, al estar con él, estaría siendo infiel a su esposa y familia. De acuerdo con el discurso de Fernando, a él le costaría trabajo estar con alguien que no sea abiertamente homosexual, sobretodo porque él prefiere “evitar broncas”:

Me costaría trabajo. La verdad sí. Porque basta con las amigas para teparle el ojo al macho, pus va a estarse, accediendo a muchas cosas ¿no? O que le gusten también, o es bisexual, ya todo mundo es bisexual, y, este, es un problema. Pero, prefiero que sea una persona gay, definitivamente sí. Y no me gusta la gente que tiene, si fuiste casado y ya te divorciaste ok, ya eres hombre libre, ya, punto y aparte, pero si sigues viviendo con tu pareja, no le entro. No le entro porque no, no me gusta tener broncas (*Fernando, 49 años*).

A diferencia de estos testimonios, Santiago no tiene esta idea de rechazo sobre el estar con alguien que decide no declarar públicamente su orientación sexual. Como él lo ve, eso es algo personal, por lo que no tendría problema si la otra persona no vive su sexualidad de forma pública. Sin embargo, tiene una opinión similar a la de Fernando respecto a las posibles complicaciones que implican el relacionarse con un hombre casado:

Sí, hay una persona que es casada, yo lo buscaba mucho para salir y luego, bueno, yo no tengo problema, *el del problema eres tú. Sí, yo llego a mi casa y ya, pero tú tienes que llegar a tu casa, tienes que decir a qué hora llegaste y que esto, que lo otro*. Entonces, sí, como dos o tres veces también [salí con alguien casado], te digo que salen casados y todo, ya sería problema de él. Haz de cuenta, ya tú no te cargarías problemas ajenos, le dices *mira, yo soy así*, y él que te diga *no pues yo soy así*, entonces si quieres adelante, pero yo no soy el que deba de decirle a la familia, o que tengas que andar descubriéndote. Aparte, a veces me da, como que es muy conflictivo eso de tener a una persona que sea así, porque no te sientes libre de ir acá a gusto, siempre vas a saber que van a estar sus hijos o que va a estar su esposa, en cualquier momento van a llamarle, se va a tener que ir y todo eso, entonces no hacerse ilusiones con personas de ese tipo, porque no nunca es seguro (*Santiago, 53 años*).

Algo que llama la atención de estos últimos dos testimonios es que ambos señalan una relación directa entre “estar en el clóset” con haberse casado con una mujer y haber tenido una familia en un esquema heterosexual. En este sentido, quienes están en el clóset son los sujetos que decidieron, como lo pone Seidman (2004), tomar decisiones definitivas en sus vidas para encubrir el hecho de que su orientación sexual es distinta a la heterosexual.

A partir de estos ejemplos, mi intención ha sido mostrar que, si bien, como dice Seidman (2004), en lugares como la Ciudad de México, la vida de las personas homosexuales no es lo mismo que en décadas pasadas en cuestión de acceso a derechos y libertades civiles, aún existen muchas resistencias que no permiten asegurar que hoy por hoy el clóset es algo del pasado. No obstante, ahora quisiera abordar algunos puntos que permiten vislumbrar un futuro en el cual la desaparición del clóset sea una posibilidad real.

La visión del futuro

En las siguientes líneas me enfocaré en recuperar lo que mis informantes vislumbran para el futuro, poniendo énfasis en la paulatina desaparición del clóset como un dispositivo que mantiene la opresión de los sujetos no heterosexuales. En este sentido, me gustaría recuperar lo que Butler (2017) reflexiona sobre la posibilidad de tener una buena vida. Esta autora recalca que, para comenzar a pensar en qué clase de vida podría ser considerada una “buena vida”, primero es necesario tener “una percepción de mi vida, y esta debe presentarse ante mí como algo que yo podría dirigir, no como algo que me lleva” (p. 197). Si lo observamos desde la perspectiva de los sujetos que analizo, esto significaría que su vida tendría que estar libre de dispositivos que dicten cómo deben vivirla. El clóset, en este sentido, se encuentra en directa oposición a la posibilidad de llevar una buena vida.

Al abordar el tema con mis informantes, todos expresaron que conforme ha avanzado la lucha por los derechos de la diversidad sexual, la necesidad de “salir del clóset” tiende a ser cada vez menor. Esto tiene que ver, en buena medida, con la creciente apertura y acceso a distintos contenidos mediáticos que incluyen representaciones menos estereotípicas de la comunidad LGBT. Un ejemplo de esto es el caso del hermano menor de César (21 años) y su experiencia de “salir del clóset”. Como lo describí brevemente en el capítulo III, el hermano de mi informante también es homosexual, lo cual ha sido un factor que ha inhibido a César para hablar abiertamente de su sexualidad con su familia. Al momento de la entrevista, el hermano de mi informante tenía 15 años; sin embargo, César me cuenta que fue incluso a una edad más temprana en la que él (su hermano) decidió declararse. De acuerdo con su relato, la forma en la que mi informante “descubrió” que su hermano podría ser homosexual está relacionada a los contenidos que éste consumía a través de YouTube:

La tercera en la que sí dije *oh fuck*, fue con sus búsquedas de YouTube, o sea, como qué veía. Creo que era en la época en la que empezaban los video-bloggers, entonces empezaron videobloggers de todo tipo ¿no? (...) y también había como, este, Youtubers gay, [por ejemplo] Pepe y Teo, los Jonas Vloggers³², y así ¿no? O sea, sí había, como, una incipiente comunidad youtuber gay. Entonces, un día prendo la compu y veo las búsquedas de ahí, de YouTube, porque, pues, él es niño y obvio no sabe que se guarda, yo veo, así como, no sé, o sea, búsquedas de salir del clóset, de videos de tal, y, este, cosas gays de YouTube, dije *wow, borrar historial (César, 21 años)*.

Dado que el foco de la entrevista no era la experiencia de su hermano, no me detendré en analizarla, sin embargo, me parece muy importante resaltar las claras diferencias con lo que mi informante vivió. La más importante es el acceso a contenido creado específicamente para la comunidad LGBT. Este no es un tema menor, ya que, al contrastarlo con los relatos de los otros informantes, ninguno de ellos recordó haber tenido un referente positivo de un hombre homosexual en los medios de comunicación. Incluso para César esta no fue algo a lo que él tuviera acceso; al preguntarle sobre los referentes que él ubicaba de personajes homosexuales, me contó que eran muy escasos y, como él estaba acostumbrado a ver televisión junto con su abuela cuando era niño, el contenido que más consumía eran las telenovelas. En este sentido, a través de internet, el hermano de César se vio beneficiado por el acceso a las experiencias de otras personas, en este caso, video-bloggers. Como lo explica Eribon (2000), “[e]s evidente que las “salidas del armario” individuales se favorecen mucho con la existencia de una visibilidad colectiva” (p. 28). El autor hace referencia a las manifestaciones como la Marcha del Orgullo o la *Gay Pride*; sin embargo, creo que esta visibilidad colectiva de la que habla también aplica a la visibilidad que la comunidad LGBT pueda tener en medios de comunicación.

Este ejemplo respalda varias de las opiniones de los otros informantes, cuando hablan comparativamente de su experiencia de “salida” vs la de las generaciones más jóvenes. Al hablar de este tema con Jesús (29 años), él confía en que “tendría que ser de esa manera en unos años. Sí creo que puede existir la posibilidad en la que no tengamos que decir exactamente si somos gays o no somos gays o no. Creo que, que precisamente por eso las marchas y por eso, como, expandirse un poco más, ¿sabes? Para que, pues, en un futuro así,

³² Pepe y Teo y los Jonas Vloggers son canales de YouTube con contenido dirigido, en su mayoría, a la comunidad LGBT. En sus inicios, varios de sus videos estaban orientados, precisamente, a relatar sus historias de “salida del clóset”.

no haya eso, o sea, no haya tener que estarle explicando a medio mundo lo que eres o que te estén preguntando.” Así pues, lo que espera Jesús es que la creciente visibilidad de la comunidad LGBT genere un cambio lo suficientemente potente como para dejar atrás la heteronormatividad. De manera similar, Pablo (32 años) reflexiona sobre este tema y me cuenta que, sin duda, un mundo sin la necesidad de declararse sería uno más sencillo; sin embargo, también identifica que el estar en este constante proceso de construcción y deconstrucción del clóset puede llegar a brindar ciertas herramientas a los sujetos homosexuales:

Pues a lo mejor, me imagino que si no fuera necesario salir del clóset, a lo mejor mi vida hubiera sido más simple ¿no? Y no hubiera entendido tantas cosas que ahora entiendo... porque también gracias a salir del clóset te adueñas de muchas cosas, incluso te adueñas de la seguridad de ti mismo, así que volviendo a la pregunta y a la respuesta... pues pasaría transparente para todos ¿no? Como una pareja heterosexual, que no es necesario que lo digas, lo dan por hecho... este ejercicio que de pronto hacían de voltear los papeles, es decir, *oye mamá, oye papá, oye amigo, soy heterosexual, en un mundo gay...* Entonces, pues, creo que no hubieran existido todas estas complicaciones que viví y que mi vida hubiera sido como más fácil... cero o a lo mejor no cero pero menos agresiones, menos preocupaciones tanto mías como de mi familia, no sé, una aceptación total, fácil, limpia (*Pablo, 32 años*).

Algo digno de resaltar de estos futuros o mundos hipotéticos es que hay informantes de generaciones mayores, como Fernando (49 años) y Edgar (59 años) que no lo ven como un futuro, sino como algo que ya está sucediendo, mientras que las generaciones más jóvenes lo siguen viendo como algo que sucederá, pero que no es una realidad aun. Al preguntarle su opinión sobre esto, Raúl (36 años) identifica que todavía existen factores que impiden que este mundo sin clóset llegue a ser una realidad:

E: Y ¿tú crees que en algún, o sea, que hoy en día todavía es necesario salir?

R: Yo creo que sí, aún. Tal vez si estuviéramos como en otra sociedad donde no, como te decía la última vez, no fuera necesario confirmarse, como no es ahora confirmar, este necesario confirmar si eres heterosexual. Pero no estamos en ese supuesto ideal.

E: Y ¿tú crees que mejoraría, como, la situación en general de la comunidad si no fuera necesario hacerlo explícito?

R: Pues en un mundo ideal yo creo que sí, pero pues está difícil, ¿no?

E: ¿Por qué? ¿Por qué lo ves difícil?

R: Pues no sé, la religión, las personas, no todas las personas piensan igual, hay gente con mente muy cerrada, estados completos con, como muy cerrados de mente (*Raúl, 36 años*).

Lo que se puede leer en este fragmento de entrevista es que, a pesar de que la lucha por los derechos de las personas de la diversidad sexual hayan y sigan avanzando en ciertos aspectos, las instituciones que sostienen a la heterosexualidad obligatoria y a los estereotipos de género siguen persistiendo. Como indica Butler, “[s]i no podemos persistir sin ciertas formas sociales de la vida, y si las únicas a nuestra disposición son las que trabajan en contra de la posibilidad de nuestra existencia, nos hallamos en un trance difícil, si no imposible de solucionar” (2017, p. 211).

En este mismo tenor, quisiera resaltar que hay varios matices en la discusión de la posible desaparición del clóset. Por un lado, como puede leerse en el caso del hermano de César, hay factores que indican que las generaciones más jóvenes pueden llegar a tener una mayor gama de herramientas que les permita declararse homosexuales de manera menos violenta. No obstante, esto es distinto a decir que las generaciones jóvenes ya no “salen del clóset”, como, de cierta forma, lo ve Fernando (49 años). Por otro lado, lo que sí podría decirse a partir de los testimonios de mis informantes es que, conforme pasa el tiempo, los sujetos tienden a prestarle menos importancia a la declaración. Además de la postura política que refiero en el apartado anterior, en oposición a la declaración obligatoria, el proceso de deconstrucción del clóset también implica un paulatino desinterés por explicitar la orientación sexual en distintos contextos. Por ejemplo, al hablar con Jesús (29 años) me queda claro que él ya no encuentra necesidad en decirle a las personas, ya sean cercanas o no, que es homosexual, ya que, una vez más, confía en que los factores delatores de la homosexualidad harán su labor:

Pues, fijate que no, ya no fue necesario como de *ay hola, ¿sabes qué? Soy gay*. O sea, no, ya no fue como que necesario hacerlo, ¿sabes? Creo que la gente se iba dando cuenta, igual si me lo preguntaban no tenía problema, pero no fue como que *ay, sí*. O sea, para mí no era como muy importante estarle diciendo a todo el mundo. O sea, como que ya después dije *bueno, pues soy así, y no tengo como la necesidad de estarle diciendo a todo el mundo*. Así como cuando eres heterosexual, pues no tienes como la necesidad de estarte presentando como heterosexual, creo que tampoco como homosexual es necesario estarte presentando. Creo que, con mis tías, por ejemplo, tuviera un poco más de problema, porque igual mis tías sí son así de... súper religiosas y todo, pero luego, por ejemplo, una de ellas sí es como que hace ya bromillas, ¿no? O sea, de *mira, pues a ti que te gusta [los hombres]* y no sé qué, o sea, ¿sabes? Pero yo, o sea, nunca se los he dicho así de *oye, ¿sabes qué?* Pues, es que creo que ya a estas alturas, no. Ya, o sea, digo, lo saben las personas importantes en mi vida, en este caso son mis hermanos y que no tienen ningún problema, porque pues mis papás

ya murieron, y entonces pues no, o sea, la verdad es como que no, no. Te digo, no tengo como esa necesidad de estarlo explicando. No sé, es raro, pero no (*Jesús, 29 años*).

Esta postura es similar a la de Diego, en tanto que mi informante, en caso de tener que declararse, prefiere hacerlo de manera reactiva, es decir, ante una pregunta. Lo que Jesús explica en este pequeño extracto es interesante porque no es precisamente que el sujeto ya no se declare porque los otros se pueden dar cuenta a simple vista, aunque este sea un factor que contribuya, sino que el sujeto mismo pone fin a la etapa de la(s) declaración(es). Con esto quiero decir que, por más que los estereotipos de género jueguen un papel importante en la forma en que las personas identifican la orientación sexual de alguien más, eso no es lo importante aquí. Lo que hay que resaltar es que mi informante decide ya no tener que declararse, incluso con personas con las que nunca habló abiertamente del tema, porque no le parece necesario. Las bromas a las que se refiere Jesús son un indicio de que, si bien no se habla abiertamente, hay un entendido tácito entre sus familiares. Esta postura la puedo ver también con Ernesto (27 años), quien, a pesar de que nunca ha hablado del tema con sus padres, ha podido observar cambios en el comportamiento de su madre:

O sea, sí quisiera, como, algún día hacer esto de *oye, a ver, qué pedo, si sabes que soy gay, ¿no?* Porque yo no me comporto distinto como soy en la calle a como soy con mis papás, incluso mi mamá me ha visto, la verdad es que yo a veces veo mucho a los hombres (risas), o sea, mi mamá me ha cachado viendo hombres y solo como que se ríe, y así. Pero no hablan del tema, ¿sabes? (*Ernesto, 27 años*).

Estas acciones, u otras como el uso de sustantivos neutros como “pareja” en lugar de “novia”, son los que hacen que mi informante deje de ver la declaración como algo necesario para establecer una relación con sus familiares, como lo fue, por ejemplo, en el caso de Diego. No obstante, me parece importante señalar que, a pesar de que mis informantes expresan una cierta indiferencia ante la declaración, en todos los casos estos sujetos tuvieron que decidir compartir su orientación sexual con alguien más. Es decir, en todos los testimonios, incluso en el caso del hermano de César, les pareció necesario “salir del clóset” ya fuera con familiares o amistades.

Como lo muestran los relatos de Jesús y Ernesto, hay ciertas acciones y respuestas que le permiten al sujeto evitar la declaración; sin embargo, qué tanto podemos afirmar que estas evasiones son una muestra de avance en la deconstrucción del clóset o si, más bien,

son otras manifestaciones de éste, una transformación en las declaraciones que también hacen que el sujeto modere su presentación ante los otros. Exploré la idea de que los espacios que habitan los sujetos funcionan como medios de comunicación no verbales que permiten evitar las declaraciones, durante varias de las entrevistas surgió un tema que me pareció indispensable retomar: las redes sociales. A continuación esbozo lo que me parecen otro tipo de estrategias empleadas por los sujetos en el proceso de deconstrucción del clóset a través de su presencia en internet.

La transformación de la(s) declaración(es)

Como lo menciona Owens (2016) en su trabajo sobre Facebook como medio importante en el *coming out* de jóvenes gay y bisexuales, el uso de las redes sociales ha sido transformativo en los procesos de “salida” del clóset de las nuevas generaciones, ya que posibilita otro tipo de comunicaciones, más allá de la declaración cara a cara. Por lo tanto, me parece interesante resaltar en esta sección el papel que juegan las redes sociales en la presentación de los informantes, especialmente con relación a su orientación sexual. Este fue un hallazgo que no tenía previsto al momento de realizar las entrevistas, sin embargo, conforme fue avanzando el trabajo de campo, me di cuenta que la presencia en línea cobraba particular importancia en el proceso de deconstrucción del clóset. Uno de los mayores atractivos que llegan a tener las plataformas virtuales como Facebook, Instagram o Twitter es que quien las utiliza puede, de cierta forma, construir la imagen que quiere dar de sí mismo/a, mediante la curaduría de contenidos e información que comparte en ellas. Al hablar del clóset, las redes sociales pueden actuar como una suerte de filtro que le dan la posibilidad al sujeto de compartir ciertos aspectos con la comunidad de la que forma parte en estas plataformas.

Uno de los primeros informantes que evocó la relevancia de estas plataformas fue Jair, quien me explicaba que las redes sociales, sobre todo Facebook, habían fungido como una mediación en el proceso de revelar su orientación sexual con una de sus hermanas, ya que lo empleaba, entre otras cosas, para compartir posturas políticas, sobre todo en torno a la diversidad sexual:

Por ahí de 2007 habré abierto como un perfil de Facebook y mi hermana era mi amiga en Facebook y, pues ya llegó un momento en el que yo simplemente empezaba a compartir pues toda clase de

contenidos, me vine a la Ciudad de México a estudiar una maestría (...) y en mis redes sociales como que compartía toda una serie de informaciones, posturas, sobre diversidad sexual que, digamos, de alguna manera, aunque no tenía por qué ser así, de alguna manera como que, pues sí como que, pues dejaban más o menos claro, si no mi orientación sexual, por lo menos mi opinión al respecto (*Jair, 30 años*).

Precisamente, como lo describe Jair, las redes sociales son mediadoras entre el sujeto y la sociedad. Para emplear términos de Goffman (1956), podríamos incluso decir que estas plataformas pueden llegar a ser consideradas escenarios, lo cual no quiere decir que lo que se comparte en ellas no sea real, sino que es solamente una parte de lo que el sujeto desea mostrar a su(s) audiencia(s). En este sentido, las redes sociales han abierto para varios de mis informantes, la posibilidad de evitar las declaraciones constantes, sobre todo con personas con las que no tienen una relación muy cercana, como amistades de la infancia, o incluso familiares lejanos. Por ejemplo, César (21 años) me contó que él ha encontrado utilidad en las redes sociales para no tener que decir “soy homosexual”, por lo que publica fotos con la bandera LGBT, en la marcha del orgullo y otras publicaciones que sirvan como una declaración tácita. Para Diego (22 años), el uso de las redes sociales también le permitió abrirse y aceptarse a sí mismo, mediante los contenidos a los que le daba *like* o que compartía:

O sea, y creo que ha sido mi lucha de que la gente deje de asumir mi sexualidad, o sea que no asuman que simplemente, *ah, si eres hombre eres heterosexual*, entonces, sí para mí es una parte, es una parte de decirle al mundo *sí, soy gay, soy gay y existo*. Después de aceptarme a mí mismo fue un proceso incremental de ir publicando poco a poco, de no tener miedo a darle *share*, a darle *like* a la foto de un hombre guapo, ¿sabes? Para mí fue parte del proceso, pero creo que lo más importante fue aceptarme y después de aceptarme, te digo, es como la frase que me mencionaste, se sale del clóset todos los días, en estas cositas. ¿Por qué? pues, o sea, porque es, no sé si es el mundo actual que vivimos las redes sociales, pero es una forma también de decir *este es Diego, Diego es todo esto y además es gay, esto es Diego*, para mí es un proceso junto (*Diego, 22 años*).

Si bien las redes sociales pueden funcionar como mediadoras entre los círculos sociales relativamente cercanos, es imposible pasar por alto la importancia que cobran éstas en la expansión de mensajes y comunidades. Como sucede con mis informantes, el publicar ciertos contenidos sobre la diversidad sexual, o una fotografía en la marcha del orgullo no es únicamente una forma de evitarse declaraciones constantes, sino que una parte fundamental de hacerlo es demostrar que ellos mismos son parte de esa comunidad. Lo

anterior tiene distintos cruces, por ejemplo, con la política, ya que, como se puede ver en las experiencias de estos tres informantes, las publicaciones que permiten “evitar” la declaración de la orientación sexual están relacionadas con símbolos de la lucha política, como la bandera LGBT+ y las manifestaciones públicas como la marcha del orgullo. De tal forma, estos símbolos pueden ser empleados, incluso por quienes normalmente no se consideran como políticamente activos, como Jesús:

No soy como muy de estar como publicando cosas, ¿sabes? O sea, sí soy como de publicar, no sé, fotos y así, igual comentarios que son como medio jotos o cosas de ese tipo, con mis amigos y así. No soy como tal de... súper de estar publicando artículos, no sé, de lo LGBT, y de, no sé, de que salió tal ley o tal cosa, la verdad no, no soy como muy de eso, pero, por ejemplo, esta marcha que pasó, acudí y sí subí como una publicación donde ponía precisamente así como de *pues, sean felices siempre, que nada les impida ser felices, sean felices como quieran ser*, y ya le puse así que por el *Pride* y cosas de ese tipo. Y creo que a veces sí está padre, ¿sabes? como género, o sea, como género homosexual gay, lésbico o como quieras llamarle, sí está padre que entre nosotros sí haya como ese tipo de... no sé, como ¿unión? (*Jesús, 29 años*).

En este testimonio es claro que, a pesar de que él mismo expresa que usualmente no publica mensajes políticos, el sentido de pertenencia a una comunidad le resulta importante. Igualmente, Jesús resalta que, además de aludir a esta unión entre sujetos similares, también cree que compartir mensajes de este tipo es importante para hacer ver a quienes, en sus palabras, están cerrados a aceptar la diversidad sexual, “que todos somos al final iguales, o sea que habrá gustos diferentes, pero al final todos somos iguales” (*Jesús*).

Algo a resaltar sobre este punto es que las redes sociales también permiten a los sujetos elegir con qué personas compartir su orientación sexual, tal como lo hacen fuera de ellas. Por ejemplo, al preguntarle a Santiago (53 años) si él tiene algún tipo de filtro sobre las cosas que publica en redes sociales, él me confirma que sí, e incluso tiene más de una cuenta de Facebook con el fin de marcar esta separación entre amistades y relaciones laborales. Recordemos que para este informante la división entre vida privada y vida pública, en este caso vida laboral, es muy importante, por lo tanto, él ha decidido tener distintos perfiles para, en uno, poder “salir en traje de baño” y, en otro, mantener una apariencia adecuada para “cosas del trabajo o cosas legales” (*Santiago, 53 años*).

El papel de las redes sociales en la presentación del sujeto es interesante y, sobretodo, me interesa abordarlo dentro de la discusión de la posible desaparición del clóset porque nos

deja ver varias cosas. Por un lado, la capacidad de estas herramientas socio-tecnológicas de comunicar un mensaje, en este caso que el sujeto es homosexual, permite que éste tenga más posibilidades de vivir la sexualidad de forma pública sin enfrentarse, necesariamente, a la violencia física que pudiera suscitarse en una declaración frente a frente, como en el caso de Edgar y su hermano. Sin embargo, me parece necesario remarcar que el hecho de contar con una pantalla como mediadora, no impide que el sujeto, de hecho, sufra otro tipo de violencias homofóbicas. En este sentido, llega a ser común pensar que emplear las redes sociales le brinda a quien las usa una suerte de halo protector detrás del cual el sujeto no puede ser violentado. No obstante, las violencias que se suscitan en estos espacios “virtuales” no son menos reales que las que suceden directamente en los cuerpos de los sujetos, como los golpes o los insultos en la calle.

El otro punto para discutir es que, precisamente, las redes sociales no son un mundo alterno en el cual los parámetros de la heteronormatividad dejen de operar. Como lo muestra el testimonio de Santiago, las posibilidades de evitar las declaraciones múltiples mediante sus redes sociales dependen enteramente de la forma en que el sujeto haga uso de éstas. En el caso de mi informante, tal como mantiene una línea clara entre sus relaciones laborales y su vida íntima, así lo hace también en los espacios de socialización en internet. Asimismo, Jair reflexiona sobre la dificultad de identificar de manera clara los límites entre el clóset y las distintas facetas del sujeto que decide, o no, compartir con ciertos círculos sociales:

Pero, en realidad, pues, la gente sale del clóset porque quiere que su sexualidad tenga una expresión pública, si no, no existiría la orientación sexual. Entonces, obviamente yo me pregunto un poco lo que te decía, lo de, *a veces lo hago con mis papás, a veces hago cosas con mis papás que no haría con mis abuelos, o con mis hermanas que no haría con mis papás*, y tal. Y claro que me pongo a preguntarme, qué tanto es la orientación sexual y qué tanto es, simplemente, lo que es apropiado de lo que es inapropiado (*Jair, 30 años*).

Lo que expresa Jair en estas líneas me parece de suma importancia porque, justamente, pone el dedo en la fina línea, entre lo que involucra un *performance* del sujeto en la vida cotidiana (Goffman, 1956) y el clóset. Esto resalta uno de los cuestionamientos principales de esta tesis y es, precisamente, la falsa dicotomía que se genera mediante la metáfora de estar “dentro” o “fuera” del clóset. Por lo tanto, en el siguiente, y último, apartado me propongo

explicar de qué forma entiendo la desaparición del clóset en relación con el desmantelamiento de dicotomías como homo-hetero.

La desaparición de las dicotomías

La idea de que el clóset ha perdido vigencia en el presente no es algo nuevo. De manera general, el movimiento de liberación homosexual que se gestó en la década de los 70 en varios países del mundo occidental ha permitido que las personas homosexuales, sobretodo en las grandes ciudades, dejen de llevar una doble vida, escondiendo su sexualidad (Seidman, 2004; Altman, 2015). Mientras que estos acercamientos se sustentan en estudios históricos, me parece importante resaltar el contexto en el cual se puede decir que el clóset ha desaparecido. Por un lado, estas aproximaciones se hacen a partir de la observación de los efectos del movimiento político en el mundo anglosajón, el cual está asociado a la identidad gay y, más recientemente, al acrónimo LGBT. Como lo explica Laguarda (2007), “[u]na estrategia útil en el intento por tornar visible la identidad gay a escala global y local, fue la realización de marchas en las que se expresaban consignas que aludían a la libertad por conquistar (...)”. Estas libertades por conquistar de las que habla el autor son precisamente los prismas desde los cuales se puede observar la desaparición del clóset.

Por otro lado, a pesar de que, en el contexto de México, estas observaciones resultan aplicables, sobre todo, en la Ciudad de México y algunas otras en las cuales el activismo de la diversidad sexual ha ganado terreno en la lucha por el acceso a los derechos civiles, es necesario reflexionar en qué contextos es una posibilidad factible pensar en la desaparición del clóset. Como lo muestran los testimonios de mis informantes, vivir en un contexto como el de la Ciudad de México es muy diferente a lo que puede llegar a vivirse en otros estados del país. Incluso desde posiciones socio-económicas privilegiadas como las de Diego y Jair, la óptica y las reflexiones sobre la declaración de la homosexualidad de estos sujetos resaltan los obstáculos añadidos que significaban el crecer en entidades en las cuales no existían (o existen) las libertades que tienen los sujetos en la Ciudad de México. Esta distinción se nota en las restricciones que Diego tiene cuando regresa de visita a su ciudad de origen:

Yo aquí en la Ciudad de México me visto como yo quiera, pero sí, cuando voy a [mi ciudad de origen] tengo límites hasta qué me puedo poner y qué no me puedo poner. Como que sí respeto

todavía, o sea, el Diego que se viste aquí es muy diferente al que se viste en [ciudad de origen]. Sí me pongo alguna ropa, pero yo creo que ya ponerme esta diadema de flores es mucho. Como que sí le mido, sí le mido al agua, sí mido el terreno. No tampoco voy *ay, ya llegué*, y llego en tacón, sí mido hasta dónde puedo y qué es lo que puedo hacer (*Diego, 22 años*).

Cito este extracto para resaltar que las libertades obtenidas a partir de los movimientos políticos de sujetos homosexuales dependen mucho del contexto del sujeto; en este sentido la desaparición del clóset es también contextual.

Quisiera apuntar que, para poder hablar de una desaparición o superación del clóset, es necesario que los sujetos se identifiquen con esta metáfora. Si bien la presente investigación retoma testimonios de varones distintos, también es cierto que sus referencias son similares, y todos se identifican, o identificaron en cierto punto, con la idea de “salir del clóset”. Sin embargo, es fundamental preguntarse qué sucede en los contextos en los cuales los sujetos ni siquiera se identifican con la categoría homosexual. Como lo ha señalado Núñez Noriega (2001), la categoría “homosexual” ha sido calificada como un proceder interpretativo etnocéntrico, en tanto que “utiliza los conceptos de un discurso médico, moderno y occidental” (p. 16). De la misma forma, pretender que el concepto del clóset es aplicable en todos los contextos sería también una aproximación etnocéntrica, además de errónea.

Lo anterior no quiere decir que la homofobia no sea una problemática generalizada, ni que los sujetos no vivan distintas formas de opresión fuera de los centros urbanos en los que el discurso del *coming out* es el dominante. Al decir que el clóset no es aplicable en todos los contextos, me refiero a que no todos los sujetos con preferencias homoeróticas están dispuestos o, siquiera, interesados en asumir una identidad que los defina desde su deseo sexual, o no, desde los términos de la identidad gay. En este sentido, la desaparición del clóset está ligado también a la problematización y cuestionamiento de las categorías homo-hetero. Esto, por un lado, significaría que los sujetos pudieran ejercer la sexualidad de forma mucho más libre, más allá de las bardas de la heteronormatividad, pero también indicaría una superación de la dicotomía que envuelve al sistema sexual tradicional. Superar el clóset permitiría también abrir la mirada hacia otro tipo de manifestaciones de los homoerotismos en los cuales, quizás, la declaración no es un factor relevante.

Este último punto me hace pensar en la investigación de Tinat (2017) sobre la vida de un hombre homosexual en un pueblo de Michoacán. En este trabajo, la autora destaca, sobretodo, el cuerpo como medio principal para relacionarse con otros sujetos desde el homoerotismo. En el relato que describe Tinat, Diego, su informante, resalta los factores que determinan la manera en que su deseo se construye. Por ejemplo, las relaciones sexuales con hombres casados, sobre las relaciones con “otros homosexuales”, a quienes no concibe como posibles parejas sexuales por “ser lo mismo”, es decir, jugar un papel receptor en el acto sexual penetrativo. En este caso, la centralidad del deseo homoerótico desde el cuerpo que es penetrado, es la que construye la identidad de Diego como homosexual, por encima de la identidad política que busca la declaración. Esto es interesante ya que, de acuerdo con Tinat:

Diego no es un homosexual con actitudes provocantes; al contrario, el ejercicio de su sexualidad - que de por sí es desviante a los ojos de la comunidad- se hace con prudencia y discreción porque así es como puede garantizar su propia libertad y no tener problemas con los demás. (p. 69)

Sin embargo, como lo describe la autora, su informante también emplea su cuerpo como parte de esta centralidad del deseo homoerótico. Acentuando su delgadez, el pelo largo y al portar bigote, Tinat describe la forma en que Diego se presenta ante el pueblo como homosexual. Esto hace eco con lo que Butler (2017) resalta sobre la performatividad del animal humano, la cual “se desarrolla a través de los gestos, de los movimientos al andar, de las formas que adopta la movilidad, el sonido y la imagen” (p. 208).

Retomo a Tinat (2017) para ilustrar las limitaciones que tiene el concepto “clóset” para analizar distintos sujetos con deseos homoeróticos. En el caso de mis informantes, todos reconocieron, aunque hoy en día algunos lo vean de distinta manera, al proceso de aceptación y declaración de su orientación sexual desde la metáfora del clóset. Sin embargo, las experiencias que recopilé a través de mis entrevistas son tan solo una pequeña parte del sinnúmero de vivencias posibles, sobre todo cuando volteamos la mirada hacia otros contextos fuera de la Ciudad de México. Así pues, para hablar de su desaparición, primero debemos identificar si este clóset es reconocido desde la experiencia de los sujetos.

Reflexiones

Para concluir este último capítulo, retomaré la discusión abordada en el capítulo III sobre la agencia de los sujetos. Me parece importante recordar una vez más al lector/a que, si bien he estado analizando al clóset como un dispositivo de la biopolítica que controla la vida de los sujetos, éstos no son sujetos pasivos. Incluso cuando alguien decide no vivir de forma pública su sexualidad, es necesario señalar que ésta es una decisión consciente y que responde a diversas estrategias para sobrevivir en un mundo heteronormativo. Al hacer referencia a la posible desaparición del clóset mi intención no es tampoco plantear una dicotomía entre libertad y opresión, entre dentro y fuera, sino que lo planteo como un lugar de reflexión ante las categorías hegemónicas que enmarcan las sexualidades, por lo menos en los contextos urbanos-occidentales.

A lo largo de este capítulo mi objetivo fue plantear las distintas perspectivas desde las cuales mis informantes prevén el futuro del clóset. Como lo mencioné anteriormente, pude identificar dos posturas principales, una desde los informantes con más años, que indica el fin del clóset en el presente, y otra que vislumbra un futuro en el cual la declaración será más fácil o, incluso, innecesaria para las generaciones más jóvenes. Al mostrar estos matices, también me interesa señalar que la desaparición del clóset no significa lo mismo para todos los sujetos. Por ejemplo, mientras que para Pablo (32 años) esto significaría un mundo menos violento para las personas homosexuales, para Edgar (59 años) y Fernando (49 años), esto implica la nostalgia por la pérdida de la discreción en el ejercicio de la sexualidad.

Otro punto para resaltar lo que significaría la desaparición del clóset para las normas y estereotipos de género. El fin del clóset tendría que ser no solo el fin de la declaración obligatoria, sino el fin de la heteronormatividad que hace que los sujetos deban vivir en constante vigilancia de sus movimientos, actitudes, gustos, etc. No obstante, esto es otro punto en el cual algunos de mis informantes difieren, haciendo énfasis en que los hombres homosexuales deben comportarse “como hombres”. Es precisamente por esto que me parece precipitado hablar de una era postclóset, como lo hace Seidman (2004), ya que, desde mi perspectiva, la superación del clóset no significa únicamente la posibilidad de tomar a tu pareja de la mano o, incluso, contraer matrimonio en ciertas entidades del país, sino poder desechar lo que en esta investigación llamo los “factores socioculturales que delatan la

homosexualidad”. Si bien la desaparición del clóset supondría la superación de la “notoriedad” de la orientación sexual desde los estereotipos de género y de las dicotomías, también es importante tomar en consideración que, en el contexto actual, el nombrarse homosexual permite también la construcción de una identidad política que, en la colectividad, es capaz de aparecer, de ser visible y de reclamar derechos.

Por otro lado, la superación del clóset nos permite pensar en un mundo distinto. Tal como lo describe Fausto-Sterling (1993) cuando habla de un mundo utópico en donde exista una sociedad en que la sexualidad sea algo que se celebre por sus sutilezas, en vez de ser temida o ridiculizada. En este mundo el poder sería compartido, no se ejercería mediante mecanismos que impiden a los sujetos su desarrollo y les obligan a comportarse de manera “normal” para evitar distintos tipos de violencia. Siguiendo a esta autora, si esta utopía fuera realidad las dicotomías como hombre-mujer, heterosexual-homosexual quedarían superadas y, por lo tanto, la declaración quedaría sin sentido. Lo que demuestran los testimonios de los informantes en este estudio es que los cambios necesarios para alcanzar una sociedad más allá de las dicotomías pueden tomar muchas generaciones. A pesar de los derechos civiles obtenidos a lo largo de las últimas décadas, salir del clóset sigue siendo una interacción social que implica la posibilidad del rechazo. Pensar en un mundo más allá del clóset sería hacerlo con sujetos furtivos de la sexualidad, disidentes del régimen de la diferencia sexual (Preciado, 2019), libres de los mecanismos del biopoder que buscan desaparecer las diferencias mediante la opresión.

Conclusiones

El camino que recorrí para llevar a cabo esta investigación no fue sencillo ni lineal, sino que estuvo lleno de decisiones y disyuntivas, no muy distintas a las que surgen a lo largo del proceso de deconstrucción del clóset. Al abordar un objeto de estudio del que se ha escrito tanto, en distintos momentos, me fue complicado definir la óptica desde la cual podría aportar a la conversación en torno al clóset. La construcción del problema de investigación me llevó a explorar distintas posibilidades en las cuales mis intereses giraban en torno a las relaciones entre la masculinidad y el salir del clóset y la manera en que los sujetos van formando su identidad de género. Luego de formular y reformular distintas versiones de la pregunta de investigación y de los objetivos que quería plantear para ésta, comprendí que mi verdadero interés se encontraba en el proceso de “salir del clóset” en sí. Sin embargo, no quería ver este proceso como el medio para llegar a un fin (la constitución de la identidad), sino analizarlo en sí mismo, como algo que no tiene principio ni final claro y que, a veces, no termina.

Con esta idea en mente, quisiera recordar la pregunta de investigación, así como el objetivo principal con los cuales inicié el trabajo de campo durante el verano de 2019. Tras varios irs y venires, decidí que el centro de la investigación debía estar, como lo menciono en líneas anteriores, en el proceso de salir del clóset. Sin embargo, conforme más reflexionaba, más incómodo me parecía el concepto “salir”, así que, luego de llevar a cabo algunas entrevistas exploratorias, determiné que mi propuesta sería desde la óptica de la deconstrucción. La pregunta con la cual emprendí el trabajo de campo fue la siguiente: **¿En qué consiste el proceso de deconstrucción del clóset de varones homosexuales que residen en la Ciudad de México y qué particularidades y puntos en común se encuentran en sus experiencias subjetivas?** En esta pregunta busqué englobar mis dudas respecto a un proceso que, a pesar de ser algo en común para muchos hombres homosexuales, me parecía imposible que fuera igual para todos los sujetos. De esta manera, al plantear el proceso como una construcción/deconstrucción, mi intención era adentrarme a todas las particularidades y cuestiones que normalmente se pasan por alto cuando se analiza este objeto de estudio. Por lo tanto, el objetivo general que planteé en los inicios de esta investigación se centró en resaltar las experiencias subjetivas de diez varones homosexuales que residen en

la Ciudad de México, así como comprender y analizar los procesos de construcción y deconstrucción del clóset y su papel en la construcción de dichos sujetos.

Me parece importante recordar estos planteamientos en las últimas páginas de esta tesis ya que me permite reflexionar sobre las decisiones que siguieron a estos cuestionamientos iniciales. Aquí me detendré un poco para analizar los aportes que brindó la metodología empleada al estudio del clóset. Uno de los retos metodológicos de estudiar la construcción y deconstrucción del clóset a partir de entrevistas biográficamente orientadas es contar con un discurso que mis informantes ya habían armado y probablemente relatado anteriormente. Con esto me refiero a que, hablar de los momentos en los cuales nos declaramos como sujetos homosexuales suele ser algo frecuente; es un tema que surge normalmente cuando se conoce a otra persona homosexual, una forma de poner en común mediante experiencias similares. Por lo tanto, fue necesario mantener en claro que lo que yo estaba buscando no eran relatos coherentes que pudieran ordenarse de forma cronológica, sino el entramado de experiencias particulares, que se dan, precisamente, porque afectan al sujeto que está inserto en un contexto más grande. Resalto esto como un reto o una tensión en la metodología empleada porque no es útil analizar los relatos de vida de los informantes desde la premisa de que tienen una identidad única y coherente, en este caso la de ser homosexuales. Como lo explica Bourdieu (1989):

Intentar comprender una vida como una serie única y suficiente en sí misma de acontecimientos sucesivos sin otro nexo que la asociación a un “sujeto” cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre, es por lo menos tan absurdo como intentar dar razón de un trayecto en el metro sin tomar en cuenta la estructura de la red (...). (p. 31)

Principales hallazgos de la investigación

El capitulado analítico de la tesis se articuló en tres momentos: construcción, deconstrucción y la posible futura desaparición del clóset. A partir del análisis de los datos recabados de los testimonios de mis informantes, destaco cinco puntos principales dentro de esta tesis:

- a) El clóset no reprime únicamente la orientación sexual, sino que regula diversos aspectos en el sujeto.**

A lo largo de esta tesis abordé un punto que, desde mi revisión bibliográfica, e incluso desde el trabajo empírico, suele tomarse por sentado: la orientación sexual puede notarse incluso sin que el sujeto se declare. Como lo describe Carlos Monsiváis, “[n]o hay entonces algo semejante al clóset, al ocultamiento de la orientación sexual. Sólo la revelan quienes por su voz o su lenguaje corporal *cargan con la cruz de su parroquia*³³” (2010). Matizando la opinión de Monsiváis, no concluyo que el clóset no existe para quienes “cargan con la cruz de su parroquia”, sino que lo que esta investigación muestra es la relevancia que tienen estos “aspectos que delatan la orientación sexual” en el proceso de construcción del clóset. En el caso de los varones homosexuales, estos aspectos tienen que ver con el desvío de las normas de la masculinidad hegemónica; sin embargo, lo que pude observar a partir de los relatos de los informantes es que el desafío ante el “deber ser” de un hombre (heterosexual) abarca también cuestiones intelectuales, ocupacionales y otros rasgos de personalidad que no se limitan a una voz aguda o a un ademán delicado.

b) Los sujetos no están desprovistos de agencia, sino que toman decisiones estratégicas para sortear la heteronormatividad.

Un punto que me interesó mucho resaltar es que, a diferencia de otras perspectivas sobre el clóset, para mí este mecanismo no constriñe la agencia del sujeto, sino que la habilita. Con esto me refiero a que la construcción del clóset es, precisamente, una manifestación del sujeto ante las restricciones de la heteronormatividad. De esta forma, todas las acciones u omisiones que mis informantes llevaban a cabo para ocultar, o bien, “aparentar” que no eran homosexuales eran decisiones. Lo que quisiera dejar en claro en estas últimas líneas de la investigación es que, como lo retomo a lo largo de la tesis, si bien el clóset es un mecanismo de biopoder que oprime a los sujetos homosexuales, esto no significa que el sujeto no es tal hasta el momento en que se declara, sino que, como sujeto, emplea diversas estrategias para sobrevivir los contextos heterosexistas en los cuales se encuentra.

³³ Cursivas añadidas.

c) El clóset lo construye el sujeto mismo, pero éste también es construido a partir del clóset.

El tercer punto tiene que ver con el anterior. Siguiendo la línea de Butler (2001a), entiendo las normas, en este caso la heteronormatividad, como algo que actúa sobre los sujetos, pero también como algo que los sujetos mismos actúan. De esta forma, las normas ciertamente son socialmente construidas al mismo tiempo que construyen sujetos. En el contexto de esta investigación encontré que la construcción del clóset es un proceso en el cual mis informantes se construyeron como sujetos a partir de ciertas normas de género que impedían aceptar su sexualidad, o bien, aceptarla ante los demás. En este sentido, es importante apuntar que esta construcción del clóset y del sujeto no siempre resulta coherente y consistente, sino que puede variar conforme a los grupos o las audiencias ante las cuales el sujeto se presenta. Aunado a la presentación del sujeto, estas normas construyen de distintas formas a los sujetos, mientras que algunos las asumen como parte de su cotidianeidad, hay otros que se resisten a ellas dentro del proceso de deconstrucción del clóset. La deconstrucción del clóset no está condicionada a la superación o no de la heteronormatividad, sino a la experiencia subjetiva del sujeto respecto de las normas. Varios de mis informantes reproducían discursos heteronormativos y binarios respecto al género; sin embargo, no reconocían las normas como opresivas, mientras que otros buscan escapar ciertos comportamientos que reproducen estas normas.

d) Las declaraciones son múltiples y complejas

Uno de los puntos importantes a resaltar de este estudio, y que otras investigaciones abordan (Adams, 2011; Monroy Limón, 2007; Perrin-Wallqvist y Lindblom, 2015, entre otros), es el hecho de que los sujetos no declaran su homosexualidad una sola vez durante su vida, sino que, dependiendo de las circunstancias, es un acto que se repite constantemente. Esto es un efecto del heterosexismo que envuelve a la sociedad, el cual presume que los sujetos son heterosexuales hasta probar lo contrario. Sin embargo, más allá de que el sujeto deba de ratificar su identidad ante los otros, lo que me parece relevante de mencionar como un hallazgo es la multiplicidad de formas en las que los sujetos se declaran. La “salida del clóset” evoca comúnmente la imagen del sujeto frente a sus familiares o conocidos y enunciando las

palabras “soy homosexual”, o “soy gay”, o “me gustan los hombres” en el caso de los varones; no obstante, las conversaciones con mis informantes permitieron ver que existen múltiples estrategias para, en primer lugar detectar si es seguro declararse en ciertos contextos y, en segundo, poder hacerlo mediante ciertas acciones que permitan develar su orientación sexual sin tener que decirlo.

Una de las estrategias que considero más reveladoras, sobre todo en la actualidad, es el uso de las redes sociales como un medio que les permite, más que declararse, confirmar su orientación sexual e identidad. Varios de mis informantes más jóvenes comentaron en nuestras entrevistas que compartir fotografías de ellos mismos asistiendo a marchas del orgullo LGBTTTI+, artículos referentes a los derechos de esta comunidad o, incluso, darle “me gusta” a fotografías de hombres que les parecían atractivos, eran algunas de las formas en las que ellos podían evitar las declaraciones constantes con sus conocidos. Esto cambia la dinámica de la interacción en tanto que el medio de comunicación del mensaje es otro. La pantalla como intermediaria le brinda al sujeto distancia de algunas reacciones, como los golpes físicos que recibió Edgar; no obstante, declararse en una publicación en Facebook, a través de un tuit o compartiendo una foto en Instagram, no exime al sujeto de las violencias homofóbicas que implican el hecho de hacer pública la homosexualidad.

El impacto de las redes sociales en las interacciones de los sujetos es cada vez mayor. La forma en la cual éstas permiten que las personas compartan distintas facetas de sus vidas hace que los sujetos tengan mayor agencia en su presentación en la vida cotidiana (Goffman, 1956). La capacidad de elegir quién puede ver el contenido que se publica no es exclusivo de las redes sociales, en los testimonios presentados en esta investigación se observa cómo los informantes regulan sus acciones dependiendo del contexto social en el que se encuentren; sin embargo, estas plataformas le dan la posibilidad a quien las usa de restringir o expandir el mensaje (de la declaración) según lo decidan. Adicionalmente, las redes sociales abren las posibilidades para conectar con sujetos similares y tener referentes de personas homosexuales más allá de los estereotipos que se muestran en los medios de comunicación convencionales. Esto se demuestra en el testimonio de César sobre la experiencia de su hermano menor, quien ha podido aceptar y compartir su sexualidad desde una edad más temprana que César, debido a que ha tenido acceso a contenido *online* dirigido a la

comunidad LGBT+ y realizado por integrantes de este colectivo. La relación entre la deconstrucción del clóset y las redes sociales abren una veta de investigación que será necesaria para seguir indagando en las formas en que los sujetos que se ubican fuera de la norma heterosexual interactúan.

e) La categoría del clóset parece estar en disputa

Este punto es, desde mi óptica, el más importante y uno que no había vislumbrado al iniciar esta investigación: la posible futura desaparición del clóset. Desde el análisis de los datos que obtuve a partir de las conversaciones con mis informantes, pude percatarme de dos posturas bastante claras: por un lado, los informantes mayores (49 años en adelante) se inclinaban más por pensar que el clóset y salir de él era algo del pasado, que las nuevas generaciones no conocerían, por lo menos como ellos lo vivieron. Por el otro, y la opinión más común, es que el clóset eventualmente se desvanecerá y quedará en el pasado; sin embargo, y sobretodo por la homofobia presente en el país (y en el mundo), la mayoría de mis informantes no ven la declaración obligatoria como algo superado. Más allá de concluir si el clóset desaparecerá o no, lo anterior me llevó a la reflexión sobre qué sucedería si, en efecto, esto fuera una realidad.

Dicho esto, podría concluir que el clóset sigue siendo algo muy actual para muchos varones homosexuales; sin embargo, éste tiene particularidades distintas a las experiencias de quienes lo vivieron hace 20 o 30 años. Asimismo, es importante considerar que la metáfora del clóset y, por lo tanto, su posible desaparición, se encuentra ligada estrechamente con la lucha política por la visibilidad y la obtención de derechos y libertades civiles, así como con la identidad gay. Por esto, habría que considerar que una posible desaparición del clóset podría implicar también la posible desaparición de categorías como homo-hetero, las cuales, si bien, separan la realidad de manera dicotómica, también funcionan de manera estratégica para brindar visibilidad a las minorías que continúan en la lucha inconclusa contra la homofobia y el heterosexismo.

Limitaciones y rutas para seguir

Quisiera tomar un espacio en las conclusiones de esta tesis para reflexionar sobre las limitaciones de ésta. Como lo expliqué en el apartado metodológico, mi enfoque en esta investigación era mantener el foco en las experiencias subjetivas de mis informantes, mostrando así las diferencias y matices que puede llegar a tener una experiencia que suele tomarse como algo “en común”. En esta línea, mi objetivo nunca fue presentar un análisis que aludiera a la representatividad o a aportar un nuevo modelo identitario desde el cual analizar a los sujetos homosexuales. El número de informantes no fue una limitación en el análisis de los datos, ya que los testimonios recabados fueron, por un lado, muy distintos entre sí, con particularidades que brindaron claves importantes al análisis y, por el otro, se encontraron también varios puntos en común que permitieron tejer los hallazgos presentados. En un inicio, mi intención era encontrarme con relatos de sujetos con características sociales más distantes entre sí; sin embargo, el desarrollo del trabajo de campo y el empleo de la técnica de muestreo por bola de nieve limitó esta posibilidad. Al final, los varones con quienes conversé resultaron ser cercanos en términos de contexto socioeconómico y acceso a educación formal. Resalto este punto porque me parece que ampliar el espectro a otros sujetos, que no necesariamente pertenezcan a la clase media o media-alta, podría enriquecer mucho el análisis, sobretodo de las estrategias para sortear la heteronormatividad.

De forma similar, otro factor que valdría la pena en futuras investigaciones es volcar la mirada hacia otros contextos fuera de la Ciudad de México. En el caso de mi investigación, algunos de mis informantes aportaron visiones desde la experiencia de migración a la Ciudad de México desde otras entidades del país; sin embargo, una posible ruta en la que podría continuar esta investigación sería, justamente, explorar otros contextos, como lo han hecho otras investigaciones (Núñez Noriega, 2001; Balbuena, 2015; Serrato y Balbuena, 2015; Carrillo y Fontdevila, 2011; Tinat, 2017; entre otras referencias). Este punto es relevante ya que, sobretodo en el capítulo V de esta tesis, resalté la estrecha relación que existe entre la metáfora del clóset y la identidad gay, la cual suele estar más arraigada en contextos urbanos. Esto no quiere decir que, en contextos rurales, por ejemplo, no existan mecanismos del biopoder que operen sobre y desde los sujetos; lo que resultaría interesante es observar de

qué forma operan estos mecanismos alejados de los referentes identitarios que en ciertos contextos resultan han sido asimilados de manera tan profunda.

Finalmente, un reto que me ha presentado esta investigación es el equilibrio entre los relatos de mis informantes. En el apartado metodológico mencioné que los tiempos de entrevistas con los distintos varones con los que me reuní no fueron uniformes, así como tampoco lo fueron los lugares y los contextos en los que conversamos. Esto se nota a lo largo de las páginas de análisis, pues es claro que hay informantes que tienen más peso en la construcción de los argumentos que presento. Lo anterior tiene que ver con dos factores que me parece fundamental recalcar: por un lado, como ya lo mencioné, hubo algunos informantes, como Jair, Diego, Fernando y Edgar, con quienes tuve sesiones de entrevista más largas y en las que pude profundizar en algunos puntos en mayor medida que con otros informantes, como Raúl o Jesús, y, por lo tanto, sus voces se ven reflejadas con mayor peso en la escritura final. Sin embargo, creo que, de forma más importante, la presencia más constante de las voces de algunos informantes sobre la de otros tiene que ver con mi propia influencia como varón homosexual en este análisis. A lo largo de estas páginas he tratado de remarcar que esta investigación está permeada por mi propia experiencia con el clóset; sin embargo, lo que se plantea en esta tesis va más allá del sesgo, ya que muestra las particularidades y coincidencias de distintos sujetos que han tenido una experiencia en común, pero con contextos y perspectivas distintas.

Destaco este último punto con el fin de hacer explícito para quien lea esta tesis que el análisis y los hallazgos que expongo no buscan presentar una verdad universal y definitiva. Desde mi perspectiva, estudiar el clóset resulta más rico cuando nos detenemos en las experiencias individuales de quienes se identifican con este mecanismo y, así, dejamos que estos relatos cuestionen nuestra propia percepción. Lo que traté de hacer con mis informantes fue, justamente, llevarlos a cuestionar sus propias experiencias y reflexionar sobre ellas; sin embargo, sería erróneo pensar que este proceso se dio de forma unidireccional, que estas reflexiones no me afectaron, ni modificaron mi propia visión del clóset.

Reflexiones finales

Como bien lo apunta Seidman (2004), la vida social (*social world*) ha hecho del salir del clóset un deber ético para que los sujetos homosexuales sean “fieles a sí mismos” (*to be true to oneself*). Esta idea ha estado presente en mi pensamiento desde que empecé a plantear el problema de investigación y continúa mientras redactaba estas conclusiones, pues, por más que se busque un discurso de motivación y de “autocuidado” alrededor del salir del clóset, tener que tomar la constante decisión revelar la orientación es un proceso violento e injusto. Si bien es cierto que las circunstancias han ido mejorando paulatinamente, el hecho de que una persona que no es heterosexual o que no encaja en los moldes de género considerados “normales” tenga que dar a la sociedad una explicación sobre el porqué y, además, someter su existencia a juicio de esos otros, es signo inequívoco de que el clóset no es algo del pasado.

Como lo enuncia Núñez (1997), “la homofobia es la práctica, socialmente regulada y avalada de tener y expresar miedo con violencia; una ansiedad que previamente ha sido creada en un proceso de socialización” (p. 72). Así pues, cuando hablamos de homofobia, normalmente viene a la mente la imagen de un grupo conservador, quizás religioso, que vocifera discursos de odio hacia la comunidad LGBT, sin embargo, y mucho más descorazonador, es el hecho de que la homofobia es algo que muchos hombres homosexuales aprendemos desde pequeños. Más allá de la lucha por el matrimonio igualitario y más allá de las campañas corporativas que celebran el mes del orgullo, es esa práctica de tener y expresar miedo con violencia, violentándonos a nosotros mismos con el fin de regular nuestra propia sexualidad es la que debe ser, sin duda alguna, desmantelada.

Recuerdo cuando, en los inicios de este camino turbulento de investigación, comentaba con un grupo de varones homosexuales lo que me proponía con esta tesis que ahora concluyo. En esta conversación se me cuestionó la necesidad de seguir indagando en algo que ya ha sido estudiado tantas veces y desde hace tiempo. En ese momento, y durante gran parte del proceso del estudio, esta pregunta me mantuvo incómodo, sin embargo, me gustaría concluir con lo siguiente: desde mi perspectiva estudiar el clóset es y seguirá siendo necesario e indispensable mientras existan personas que, como mis informantes, deban lidiar con la carga de la declaración. Es por eso por lo que las experiencias individuales importan, porque nos dan una mirada hacia el funcionamiento de las estructuras. Citando de nuevo a

Núñez, “la homofobia institucionalizada, estructural, se reproduce en prácticas efectuadas por personas de carne y hueso” (1997, p. 79). Espero, entonces, que este trabajo sea un aporte al corpus de trabajos que buscan desentrañar las relaciones de poder que afectan a los sujetos no heterosexuales y, de manera más enfática, que mi análisis y reflexiones sean una contribución a la posible futura desaparición del clóset.

Referencias bibliográficas

- Adams, T. (2011), *Narrating the closet. An autoethnography of same sex attraction*, California, Left Coast Press.
- Altman, D. (2013), *The End of the Homosexual?*, Queensland, University of Queensland Press.
- Aveline, M. (2006), “Did I Have Blinders on or What?” Retrospective sense making by parents of gay sons recalling their sons’ earlier years, *Journal of Family Issues*, 27 (6), Pp, 777-802, DOI: 10.1177/0192513X05285613
- Balbuena, R. (2010), La construcción sociocultural de la homosexualidad, Enseñando a vivir en el anonimato, *Culturales*, VI (11), Pp. 63-82.
- (2015), *Gays en el desierto. Paradojas de la manifestación pública en Mexicalli*, Mexicalli, UABC/ Mantarraya Ediciones.
- Beaty, L. (1999), Identity development of homosexual youth and parental and familial influences on the coming out process, *Adolescence* 34 (135), P. 597.
- Bertaux, D. (1989), Los relatos de vida en el análisis social, *Historia y Fuente Oral*, 1, 87-96, Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/27753230>
- Brah, A. (2004), “Diferencia, diversidad, diferenciación”, en AA.VV, *Otras inapropiables, Feminismos desde las fronteras*, Madrid, Traficantes de sueños, pp. 107-136.
- Bourdieu, P. (1989), La ilusión biográfica, *Historia y fuente oral*, 2, *Memoria y biografía*, Pp. 27-33, Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/27753247>
- Butler, J. (2001a), *El género en disputa*, Ciudad de México, Paidós.
- (2001b), *Mecanismos psíquicos del poder, Teorías sobre la sujeción*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- (2004), *Undoing gender*, Nueva York, Routledge.
- (2017), *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*, Barcelona, Paidós.
- Carrillo, H y J. Fontdevila, (2011), Rethinking Sexual Initiation: Pathways to Identity Formation Among Gay and Bisexual Mexican Male Youth, *Arch Sex Behav*, 40, Pp. 1241-1254, DOI: 10.1007/s10508-010-9672-6

- Cass, V. (1984), Homosexual Identity Formation: Testing a Theoretical Model, *The Journal of Sex Research*, 20 (2), 143-167, Recuperado de:
<https://www.jstor.org/stable/3812348>
- Chauncey, G. (1990), *Gay New York, Gender, Urban Culture, and the Making of the Gay Male World 1890-1940*, Nueva York, Basic Books.
- Diez, J. (2010). “El movimiento Lésbico-gay”, en A. Tepichin, K. Tinat, y L. E. Gutiérrez de Velasco, *Relaciones de Género*, Ciudad de México, El Colegio de México, pp. 135-154.
- Eribon, D. (2000), *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- Fausto-Sterling, A. (1993), The Five Sexes: Why Male and Female are not Enough, *The Sciences*, March-April 1993, Pp. 20-25, Recuperado de:
<https://www.researchgate.net/publication/239657377>
- Foucault, M. (2017) [1976], *Historia de la sexualidad, La voluntad de saber*, Ciudad de México, Siglo veintiuno.
- (1988), El sujeto y el poder, *Revista mexicana de sociología*, 50 (3), Pp. 3-20.
- Gibson, D. (2000), Seizing the moment: The Problem of Conversational Agency, *Sociological Theory*, 18 (3), pp. 368-382.
- Goffman, E. (1956), *The Presentation of Self in Everyday Life*, Edinburgh, University of Edinburgh Social Sciences Research Centre.
- Grov, C., D. S. Bimbi, J. E. Nanin y J. T. Parsons, (2006), Race, Ethnicity, Gender, and Generational Factors Associated with the Coming-out Process among Gay, Lesbian, and Bisexual Individuals, *The Journal of Sex Research*, 43 (2), Pp. 115-121, Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/20620236>
- Guasch, O. (2002), *Observación participante*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- (2007), *La crisis de la heterosexualidad*, Barcelona, Laertes.
- Gutiérrez, L. (2014), Homosexualidad en México a finales del siglo XIX, *Signos literarios*, 19, Pp. 77-103.
- H Robinson, K. (2012), ‘Difficult citizenship’: The precarious relationships between childhood, sexuality and access to knowledge, *Sexualities* 15 (3/4), Pp. 257-276, DOI: 10.1177/1363460712436469.

- Laguarda, R. (2007), *Ser gay en la Ciudad de México: lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*, Ciudad de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, tesis de doctorado.
- Mahmood, S. (2006), Feminist Theory, Agency, and the Liberatory Subject: Some Reflections on the Islamic Revival in Egypt, *Temenos*, 42 (1), Pp. 31-71.
DOI: <https://doi.org/10.33356/temenos.4633>
- Monroy Limón, L. (2007), *¿De la homofobia a la aceptación? Encuentros y desencuentros cuando mujeres lesbianas salen del clóset frente a sus familias*, Ciudad de México, El Colegio de México, tesis de maestría.
- Monsiváis, C. (2010), Homofobia, *Nexos*, Marzo 2010, Recuperado de <https://www.nexos.com.mx/?p=13621>
- Núñez Noriega, G. (1997), “Deconstruyendo la homofobia. Una lectura política del erotismo”, en Martínez de Castro, I., E. Araoz Robles y F. Aguilar Almada, *Género y violencia*, Sonora, El Colegio de Sonora, pp. 71-93.
- (2001), Reconociendo los placeres, desconstruyendo las identidades. Antropología, patriarcado y homoerotismos en México, *Desacatos, primavera-verano 2001*, pp. 15-34.
- Owen, Z. (2016), Is it Facebook Official? Coming Out and Passing Strategies of Young Adult Gay Men on Social Media, *Journal of Homosexuality*, 64 (4), pp. 431-449.
Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.1080/00918369.2016.1194112>
- Perrin-Wallqvist, R y J. Lindbloom (2015), Coming out as gay: A phenomenological study about adolescents disclosing their homosexuality to their parents, *Social Behavior and Personality*, 43 (3), pp. 467-480, <http://dx.doi.org/10.2224/sbp.2015.43.3.467>
- Pons Rabasa, A. (2018), “Vulnerabilidad analítica, interseccionalidad y ensamblajes: Hacia una etnografía afectiva”, en A. Pons y S. Guerrero Mc Manus, *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista*, Ciudad de México, UNAM-IIIJ, pp. 24-29.
- Preciado, P. (2019), “Carta de un hombre trans al antiguo régimen sexual”, en P. Preciado, *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*, Barcelona, Anagrama, pp. 305-309.
- Rojas, M. (2013), “Lo biográfico en sociología: Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de especificar conceptos”, en M. Tarrés (coord.) *Observar, escuchar y*

- comprender: sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, Ciudad de México, El Colegio de México, pp. 171-198.
- Scott, J.W. (2001) [1992], “Experiencia”, *La ventana*, 13, pp. 42-73.
DOI: <https://doi.org/10.32870/lv.v2i13.551>
- Sedgwick, E. (1990), *Epistemology of the Closet*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.
- Seidman, S. (2004), *Beyond the Closet, The Transformation of Gay and Lesbian Life*, Nueva York, Routledge.
- Serrato, A y R. Balbuena (2015), Calladito y en la oscuridad. Heteronormatividad y clóset, los recursos de la biopolítica, *Culturales*, 3 (2), pp. 151-180, Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=69442860005>
- Sewell, W. (2006), Una teoría de estructura: dualidad, agencia y transformación, *Arxius de Ciencies Socials*, 14, pp. 145-176.
- Taylor, S. J. y R. Bogdan (1996), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Nueva York, Paidós.
- Tinat, K. (2014), “Itinerario metodológico”, en K. Tinat, *Los pijos de Madrid, Reflexiones sobre la identidad y la cultura de un grupo de jóvenes*, Ciudad de México, El Colegio de México, pp. 29-55.
- (2017), “Del cuerpo al género. Lectura etnográfica del caso de un hombre homosexual en un pueblo de Michoacán”, en Tinat, K. y T. Alvarado, *Sociología y género. Estudios en torno a performances, violencias y temporalidades*, Ciudad de México, El Colegio de México, pp. 51-81.
- Vargas, S. (2014), “Saliendo del clóset en México”, en R. Parrini y A. Brito (coord.) *La memoria y el deseo. Estudios gay y queer en México*, Ciudad de México, Programa Universitario de Estudios de Género, pp. 151-175.